OS ESTIGOS DEL OSPITAL

Marta Rojas

SOBRE EL LIBRO

PRIMERA EDICION

Testigos del Hospital es una fuente de información histórica, de primera mano, en trono a la gloriosa fecha del 26 de julio de 1953 que marca el inicio de la lucha armada por la liberación de Cuba, encabezada por Fidel Castro con el asalto al Moncada.

En el lema de esta encuesta de investigación histórica: **"Catorce años después, el pueblo escribe su historia"** revela por si mismo la identidad de los informantes y ello, lejos de quitarle, le imprime más valor a este trabajo realizado con la urgencia que exige una publicación periódica diaria, pero no impensadamente.

En cuanto a su estilo, alejado de toda chabacanería, mantiene con absoluta fidelidad la forma de expresión de los entrevistados. En todo instante la autora respeta la forma y el contenido de los testimonios y a su vez consigue mantener el interés y la unidad requerida en una obra de este tipo. El periodista se olvida de si mismo y da rienda suelta a sus entrevistados, consciente de que cuando los protagonistas de un hecho o sus testigos hablan, ninguna narración puede tener más fuerza que la versión en vivo que ellos den de esos hechos.

Los paréntisis usados con frecuencia en este original reportaje dan respuesta oportuna a cada duda que pueda surgir en el lector. Asimismo los encuentros provocados entre protagonistas y testigos, como por ejemplo el de una de las alumnas—enfermeras y Melba Hernández, combatiente del hospital,

NURSES WHO TESTIFIED IN COURT:

IDELISA BALGÁN FRESCO
HERMINIA DELGADO CORTÉS
AMALIA DÍAZ CONDE
DELIA HERNÁNDEZ
MARIA ANTONIA MÁRQUEZ P.53
JOSEFINA MIRÉ ALAVO P.99(?) 113
CAMELIA RODRÍGUEZ P.91

LOS TESTIGOS DEL HOSPITAL / Marta Rojas

26 DE JULIO DEL 53

CATORCE AÑOS DESPUES EL

PUEBLO ESCRIBE SU HISTORIA

A los pueblos de América:
el relato de una cruda realidad,
posible en tantas tierras del continente;
de una pura lección de heroísmo que
devino en victoria.

26
de
JULIO
del
53

LOS TESTIGOS DEL HOSPITAL

Marta Rojas

1784.5
R63
1967

TODOS
LOS
DERECHOS
RESERVADOS.
IMPRESO
POR
EDICIONES
GRANMA
LA HABANA,
CUBA.

PORTADA
Y
DISEÑO
DE
CHAGO

Los testigos del hospital

1

El hospital "Saturnino Lora" constituía una retaguardia de los revolucionarios. Al fallar el plan de tomar por sorpresa el "Moncada", segunda fortaleza militar de la tiranía en 1953, los combatientes del hospital defendieron esa posición hasta consumir en la pelea la última bala de una pistola, agotado ya el parque de las escopetas y disparada la última cápsula del magazine de una ametralladora Thompson ocupada a un oficial enemigo muerto en combate.

Cuando ya había sido ordenada la retirada a los combatientes del "Moncada" por el propio Fidel, el grupo del hospital civil seguía peleando fieramente para proteger a sus compañeros de la posta tres y del Palacio de Justicia; la orden de cese al fuego no llegó nunca a los combatientes del "Saturnino Lora" porque Fernando Chenard, el mensajero que debió llevarla, fue capturado en el camino hacia el hospital rodeado totalmente de guardias y policías reciamente armados. Chenard fue asesinado más tarde.

Al mando de los héroes del hospital se hallaba Abel Santamaría, segundo jefe del movimiento revolucionario, que nutrió la avanzada más gloriosa de la generación del centenario de Martí.

Una veintena de jóvenes no todos armados y con reducido parque impidió, mientras pudieron combatir, que centenares de soldados tomaran el hospital, y se libró un combate desigual que se prolongó dos horas y cuarenta minutos.

"¡Se nos están acabando las balas!"... "¡Se nos están acabando las balas" —eran las palabras que con profunda angustia el valiente Abel repetía una y otra vez. Esas palabras las recuerdan testigos del hospital.

Testigos del "Saturnino Lora" hablaron con Abel y con el doctor Mario Muñoz, que sería el primer prisionero asesinado.

Testigos del hospital vistieron de enfermos a los revolucionarios para hacerlos pasar inadvertidos a los guardias de la tiranía.

Testigos del hospital también combatieron.

Testigos del hospital fueron de los primeros aliados del movimiento revolucionario que estrenó su heroísmo el 26 de julio de 1953.

En la *Historia me Absolverá* dice Fidel: *"Se ha repetido con mucho énfasis por el gobierno que el pueblo no secundó el movimiento. Nunca había oído una afirmación tan ingenua y, al propio tiempo, tan llena de mala fe. Pretenden evidenciar con ello la sumisión y cobardía del pueblo; poco falta para que digan que respalda la dictadura, y no saben cuánto ofenden con ello a los bravos orientales. Santiago de Cuba creyó que era una lucha entre soldados y no tuvo conocimiento de lo que ocurría hasta muchas horas después. ¿Quién duda del valor, el civismo y el coraje sin límites del rebelde y patriótico pueblo de Santiago de Cuba? Si el "Moncada" hubiera caído en nuestras manos ¡hasta las mujeres de Santiago habrían empuñado las armas! ¡Muchos fusiles se los cargaron a los combatientes las enfermeras del Hospital Civil! Ellas también pelearon. Eso no lo olvidaremos jamás".*

Hoy sabemos que no sólo las enfermeras colaboraron con los revolucionarios, también hubo empleados y enfermos que lo hicieron de algún modo: Ramón Pez Ferro, el único de los jóvenes combatientes que sobrevivió en el hospital, además de Haydée Santamaría y Melba Hernández, pudo salvarse porque el veterano Tomás Sánchez, recluido como enfermo en el "Saturnino Lora", se lo arrebató de las manos a los guardias y afirmó que era su nieto que lo acompañaba en la sala.

La represalía al heroísmo de los combatientes fue el crimen, y las primeras víctimas del terror las encontró Chaviano en el hospital, donde sus soldados hicieron veintidós prisioneros a la vista de todos en el "Saturnino Lora".

Primero la soldadesca enardecida y luego la "inteligencia" del régimen de Batista pusieron en práctica todos los métodos imaginables para silenciar a esos testigos del hospital civil, que habían visto salir con sus propios pies, en calidad de prisioneros, a veintidós combatientes, veinte de los cuales eran asesinados horas después en el cuartel "Moncada", después de horribles torturas, haciéndolos aparecer en la versión oficial de los sucesos como "asaltantes muertos en combate".

En primer lugar las alumnas de tercer año de enfermería que trataron de ayudar a los revolucionarios a salvarse cuando éstos agotaron todos los recursos del combate, luego algunos empleados y no pocos enfermos recluidos en el hospital, fueron esos testigos comprometedores, irradiados del proceso judicial que se libró después.

Fidel también se refiere a ello cuando en su alegato *La Historia me Absolverá*—pronunciado en la salita de estudio de las enfermeras del "Saturnino Lora" el 16 de octubre de 1953— expresa, refiriéndose a los crímenes que el régimen pretendía ocultar a toda costa: *"Pero véase cómo no han permitido venir a este juicio muchos testigos comprometedores y que en cambio asistieron a las sesiones del otro juicio. Faltaron por ejemplo, todas las enfermeras del Hospital Civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión: no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos veinte hombres vivos, además del doctor Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonios muy peligrosos".*

Al juicio celebrado a los combatientes en la Audiencia de Santiago tampoco llevaron a todas las enfermeras, sino sólo a aquéllas que estaban trabajando en sus aulas en el turno de madrugada, pensaba el supervisor militar del hospital que podrían persuadirlas para que falsearan la verdad, no logrando ese propósito, como fue el caso de la enfermera Camelia Rodríguez.

La bruma o el misterio en relación con los hechos del hospital se tendió el mismo 26 de julio de 1953. A la mañana siguiente de los sucesos el periódico "Prensa Universal", de Santiago de Cuba, sólo dejaba entrever, en el párrafo que transcribimos, un indicio del monstruoso crimen. Decía el periódico: *"El único centro hospitalario que no pudo vi-*

sitarse fue el "Saturnino Lora", situado precisamente frente al cuartel "Moncada" y en parte escenario de la tragedia, por lo que la prohibición de entrada, emanada de los centros militares superiores era estricta".

No obstante el silencio artificial impuesto por la tiranía, los crímenes fueron denunciados por los propios revolucionarios, aparte de que las primeras pruebas se acumulaban en las fotos tomadas en las instalaciones del "Moncada" la tarde del 26 de julio, y en los certificados de los médicos forenses que examinaron los cadáveres haciendo constar en las actas detalles tan reveladores como éstos: *"Se examina un cadáver que viste camisa de kaki y pantalón blanco, al parecer de enfermo, que presenta un letrero que dice "Sala Sexta", zapatos avellanados...". "Se examina un cadáver que viste pantalón blanco al parecer de enfermo que dice o presenta un letrero que dice "Salo Op.". "Se presenta el cadáver de un desconocido que viste pantalón kaki y debajo del mismo pantalón blanco de enfermo y camisa blanca de enfermo. . ."*

Sin embargo, estos certificados donde además se describía el estado del cadáver, los tipos de heridas y muestras de torturas no fueron aportados como pruebas en el juicio y su existencia se ocultó entonces.

A medida que transcurrían los años, a pesar de no quedar dudas del crimen, los detalles que le precedieron se perdían en el tiempo. Los únicos que podían dar fe de todo cuanto aconteció en el hospital civil además de Haydée y Melba que denunciaron ante el Tribunal el asesinato de sus compañeros, eran las personas que estaban en el hospital durante el combate y después del combate: las enfermeras, los enfermos y empleados.

Hace un año cuando hicimos una entrevista al combatiente Ramón Pez Ferro, conocimos por él que fue un enfermo quien lo ayudó a escapar. Pez Ferro fue detenido después como sospechoso y encartado en la Causa 37 con sus demás compañeros, pero el Tribunal no logró probar su participación y resultó absuelto en el juicio.

El relato de Pez Ferro nos inspiró a hacer un trabajo de investigación histórica para reunir un mayor número de datos sobre la acción heroica del hospital civil, que con tanto ahínco la tiranía quiso borrar. Primero traté de localizar al veterano que tomó a Pez Ferro como su nieto; para ello me dirigí al nuevo hospital provincial de Oriente en busca de las historias médicas de los enfermos recluidos en el "Saturnino Lora" en aquel tiempo; pero fracasé en esa pista, pues las historias en aquella fecha no se llevaban como hoy y las boletas de ingreso habían sido quemadas como documentos inservibles cuando el hospital fue trasladado al edificio que actualmente ocupa. Seguimos indagando sobre algún tipo de inscripción donde constara el movimiento de enfermos en el demolido hospital "Saturnino Lora" y, finalmente, hallamos en los archivos del nuevo centro los libros de entrada donde aparecían esos datos, pero donde no siempre constaban las direcciones completas, pero sí los nombres de los pacientes, la fecha de ingreso y alta y una referencia al pueblo de origen. En contados casos, también la dirección del domicilio en aquella fecha, desde luego.

En el caso del veterano, encontramos la dirección correcta, pero el mambí había muerto, centenario. hacía dos años.

En esta escabrosa tarea de encontrar los viejos libros y reunir las direcciones tuve la cooperación del médico Juan Martorell, del responsable de Codificación del Hospital, compañero Docil, y de tres empleados de su departamento que en las horas de almuerzo durante varios días me ayudaron a revisar los volúmenes; así también cooperó en la localización de las alumnas de tercer año de enfermería, la actual directora de la Escuela de Enfermeras de Santiago de Cuba, compañera Camila Malo de Molina. De ese modo logré reunir cerca de doscientos nombres y direcciones probables de personas que estaban en el hospital en aquella fecha memorable.

Luego de una selección minuciosa, atendiendo en primer lugar a la ubicación de las salas o departamentos del hospital donde estaban alojadas esas personas y a esas edades de entonces, comencé a visitarlas, no todas fueron encontradas, pero sí las que más datos podían aportar; entre ellas casi todas las alumnas-enfermeras que estuvieron cerca de los combatientes, y a las que se irradió del juicio por resultar testigos comprometedores para la tiranía.

Los relatos de estos testigos del hospital los grabé en cintas magnetofónicas y luego los transcribí; he querido vaciarlos con la mayor fidelidad, prescindiendo en muchos casos de las correcciones de la sintaxis, para que sean los propios entrevistados, el pueblo mismo quien escriba su historia.

Golpearon
a los heridos ante
sus ojos

2

Entrevista simultánea a:
Silvia Polo
María Caridad Malo de Molina
Micaela Pérez
Clara Pérez
Ena Pérez

Alumnas de tercer año de la Escuela de Enfermeras del Hospital Civil "Saturnino Lora" el 26 de julio de 1953. Ellas conocieron a muchos de los combatientes del Hospital, curaron a los heridos revolucionarios en plena acción; vieron salir vivos a veintidós detenidos, presenciaron las primeras torturas a los jóvenes heroicos, por parte de la soldadesca enardecida: fueron cinco de los testigos del Hospital que la tiranía no permitió que declararan en el juicio a las que se amenazó y coaccionó.

Hoy revelan datos de extraordinario valor histórico en el curso de una entrevista en dos partes realizada de modo simultáneo en la oficina de la Dirección de la actual Escuela de Enfermeras de Santiago de Cuba.

Marta: Yo lo que deseo de este diálogo es que ustedes traten de recordar todos los hechos que pre-

senciaron el 26 de julio de 1953 en el Hospital "Saturnino Lora". Los detalles, por insignificantes que parezcan en este caso, pueden ser útiles para la historia.

Vuelvan a vivir mentalmente el amanecer del 26 de julio; les pedimos algo que es duro para ustedes, pero es importante que hagan un esfuerzo. Por ejemplo podemos comenzar recordando cuál fue la primera de ustedes que se dio cuenta que estaba ocurriendo algo distinto.

Silvia: La compañera Ena Pérez fue la que nos despertó: esa noche nosotras no trabajamos, estábamos durmiendo pero nos despertaron los tiros, los pasos de las personas que estaban en el Hospital y la voz de Ena.

Marta: ¿Dónde estaba situado el salón dormitorio de la escuela? ¿Al lado del local donde se celebró el 16 de octubre de aquel año el juicio de Fidel?

Silvia: Sí, en el pasillo final; cuando uno entraba al Hospital tomando a la izquierda, a continuación de los cuartos de pensionistas, al lado del salón donde se celebró el juicio de Fidel.

María Caridad: Por ese pasillo nosotras vimos al doctor Muñoz, después fue que supimos que era el doctor Muñoz.

Marta: ¿En qué momento vieron al doctor Muñoz por primera vez?

María Caridad: Yo recuerdo que la compañera Ena Pérez, que era mi compañera de dormitorio por lo regular, acostumbraba a levantarse la primera siempre, desde que comenzamos a estudiar. Ella fue al servicio a asearse; al regreso me dijo agitándome en la cama: "Oye hermana, hermana, han. matado a Batista ¡han matado a Batista!" y me sacudió, sí me desperté; y yo le dije ¿pero qué pasó niña? "Que han matado a Batista ahí afuera..." y me dijo ella: "Ahorita se va a formar el lío, tírate, unifórmate que todo el mundo está corriendo en el Hospital". Entonces fue que nos levantamos y presenciamos; yo vi en compañía de ella que en distintas direcciones del Hospital iban corriendo unos soldados y fue cuando por el pasillo de pensionistas vimos entre esos muchachones al Dr. Muñoz que se dirigía hacia el dormitorio de nosotras. Mario Muñoz seguía hacia el fondo por el pasillo que daba a un zaguán que tenía una puerta que daba a donde ahora está el Hospital Oncológico. El buscaba una puerta de escape para ver cómo se podía salir en caso que se necesitara; fue entonces que le dijimos que el fondo daba para el Cuartel Moncada y que andar por ahí era peligroso porque de esa dirección venían los tiros. Luego él volvió por allí y decía que buscaba la puerta porque ya llevaban mucho rato de tiroteo y nos dijo que le buscáramos una sábana blanca para salir con ella a la azotea, pero por fin no se hizo lo de la sábana.

Marta: Cuando usted se refiere a "ella" ¿es Ena Pérez?

María Caridad: Sí a Ena, ella es la que da la voz de alarma en el dormitorio y dice: "Han matado a Batista", y es cuando le pregunto: ¿quién ha dicho eso niña?, y ella me contesta:

"El Hospital está revuelto, está regado, dicen que han matado a Batista". Entonces yo salgo al pasillo con la ropa prácticamente de dormir y es cuando veo entrar a los jóvenes corriendo y al doctor Muñoz y la impresión que yo capté cuando veo a Muñoz que va al fondo del pasillo buscando una puerta es que no era de Santiago, que no conocía el lugar, la ubicación del Moncada, o si no él no se dirige hacia el fondo.

Marta: ¿Ena, cuando usted dice que han matado a Batista es porque se lo escuchó decir a alguien?

Ena: Cuando yo sentí el ruido y me asomé al pasillo vi pasar al doctor, que resultó ser el doctor Muñoz y le pregunté qué pasaba y él me dijo: "que han matado a Batista".

Marta: ¿Y las otras compañeras que están aquí qué vieron en aquellos momentos?

Silvia: Nosotras nos vestimos con nuestros uniformes y salimos a ver qué pasaba. Nos acercamos a la puerta y allí estaban dos mujeres que eran Haydée y Melba y estaba un joven al que llamaban Gómez Mena, o Gómez... (Gómez García); entonces nos metimos en el cuarto número ocho de pensionistas donde teníamos a una compañera operada, le habían amputado un brazo a consecuencia de un accidente que sufrió. A ese cuarto llevaron a varios muchachos heridos, uno en la pierna, otro en el vientre y otro en la cabeza.

Clara: Había un joven con una guayabera blanca y un pantalón de dril hacendado que llevaba una cajita con una jeringuilla en la mano, le preguntamos que quién era él y nos dijo: "soy un enfermo, a mí me dan unas hemoptisis frecuentemente y yo vengo siempre con mi jeringuilla y cuando paso por un centro hospitalario entro para que me inyecten"; en eso el doctor Mario Muñoz, que estaba con su bata de médico, vino del cuarto número 10 de pensionistas y es cuando él se arranca el bolsillo de su bata donde estaba escrito su nombre. Creo que la compañera Mercedes González recogió el

bolsillo de Muñoz. Es en eso que el doctor Chamat le dice: "¿por qué te quitas el bolsillo que te identifica como médico?", y yo le dije a Chamat: ¿si usted no sabe lo que pasa por qué se mete en eso, Chamat?, pero él va para donde está Muñoz y le aconseja que se vuelva a poner el bolsillo, pero ya no se puede y entonces en un esparadrapo una de las compañeras escribe el nombre del doctor Muñoz y se lo pega en la bata para su identificación como médico.

Silvia: Yo al que más recuerdo es al compañero de la guayabera que entró después, en medio del tiroteo; parece que él se había quedado atrás; pero en realidad no se quién es.

Marta: Mire, sobre esto les voy a dar este dato: hubo un combatiente que se llamaba Julio Trigo, él padecía de hemoptisis y sus compañeros no quisieron que él fuera a la toma del Moncada. Como estaba enfermo, con una de sus crisis, lo dejaron en el cuarto de la casa de huéspedes, pero él al sentir los disparos comprendió que algo del plan había fallado, pues la acción iba a ser por sorpresa, y se dirigió al Hospital a unirse al grupo y combatió con ellos allí; por eso él llega un rato después y le muestra a usted la jeringuilla.

Silvia: El entró en pleno tiroteo, a él le dieron el alto. Cuando eso, así de frente estaba el que le llamaban Gómez García, Melba detrás de un pequeño buró que había allí y Haydée parada, al lado y diciendo, gritando; "¡tiren compañeros, disparen...!", bueno los arengaba, y en eso llegó ese joven y dijo: "yo estoy con ustedes", se identificó y lo dejaron pasar y después le dieron armas. Y también lo vimos en el cuarto número ocho donde llevaron a los heridos y allí vimos una vez al hermano de Haydée que era Abel Santamaría; él estaba en la puerta preguntando cómo estaba el tiroteo y decía que las balas se estaban acabando, después se iba para atrás, para el fondo del Hospital donde también estaban combatiendo, nosotros íbamos del cuarto número ocho al Cuerpo de Guardia, ese era nuestro recorrido.

Ahí había otro individuo que fue el que salió después a avisar a los soldados, cuando se acabó el tiroteo; él lo vio todo y después salió por atrás del hospital y entró de nuevo con los guardias; no sé cuando él entró, pero estaba ahí como detenido, sentado en el Cuerpo de Guardia; era un agente del SIM, se llamaba Garay, a él lo fusilaron en enero de 1959.

Marta: ¿Y cómo estaba vestido ese individuo?

Silvia: De civil, andaba con ropa de civil, la camisa de un color y el pantalón de otro. Recuerdo ya al final que el doctor Filgueira que trabajaba en Salubridad en La Habana y hacía un recorrido por el interior, fue el que nos aconsejaba: "váyanse para la escuela, váyanse". Pero nosotras vimos cuando detuvieron al doctor Muñoz y le dieron golpes, él dio un grito y nosotras también y nos viramos de espalda y Filgueira insistió: "váyanse para la escuela, no vean eso, muchachitas".

María Caridad: Y, a este otro muchacho que nosotras curamos y pusimos en la Sala de Pensionistas, en el cuarto número 8, lo sacaron vivito, caminando por sus propios pies hasta el pasillo; por la habitación cinco le arrancaron la cura de la frente y el primer culatazo se lo dieron allí, lo sacaron vivo, pero cuando iba por la puerta estaba desbaratado a golpes.

Silvia: El tiro de ese muchacho fue casi a sedal.

Marta: Micaela, ¿qué usted recuerda de ese hecho, había alguno de los heridos con lesiones mortales por necesidad?

Micaela: Las heridas no eran de gravedad; uno de los jóvenes estaba herido en el epigastrio, esa era la más grave o la más delicada y el que tenía una herida en la pierna o la rodilla; esos fueron los que Ena sacó en la camilla, los otros fueron a pie, pero los sacaron en una forma... ¡bah!, dándoles golpes junto con el doctor Muñoz que se encontraba también en la habitación número 8.

Ena: La parte que yo recuerdo de ese hecho fue cuando sacamos a dos heridos en una camilla, los llevamos hasta la puerta del hospital y de ahí los soldados que vinieron dijeron que si habían venido a pie que se tenían que ir a pie, entonces los bajaron de la camilla y los tiraron en un jeep, en un jeep descubierto; recuerdo a esos dos que llevé en la camilla, pero no puedo decir sus nombres, porque no lo supe y no recuerdo exactamente sus facciones. Un rato después sacaron a los demás detenidos.

Marta: ¿Esos fueron los combatientes que ustedes y las demás compañeras curaron en la habitación número 8?

Ena: Sí.

Marta: María Caridad, ¿qué usted recuerda sobre esa escena? Tenemos referencia de que Uds. tuvieron una actitud de protesta en esos momentos.

María Caridad: Yo recuerdo... lejanamente yo recuerdo de aquella época que en la habitación 8 se

encontraba un joven arrubiado con una herida en la parte izquierda, así lo recuerdo, y que lo curamos, era en la frente, le pusimos un apósito. Ese herido fue sacado por sus propios pies; la herida que tenía en la frente era superficial, sin importancia, lo único que había que usar eran métodos de asepsia; salió caminando y al llegar a la habitación 5 ó 6 por el pasillo de pensionistas le arrancaron la curación que le habíamos puesto, el apósito fue arrancado de su frente y tirado al suelo en el propio pasillo; entonces frente a aquella situación, que le daban tantos golpes—la persona que le digo me parece que podía ser Trigo, Julio Trigo—...su nombre lo he sabido a través de la historia de aquellos hechos, al ver su fotografía después... recuerdo haberme recargado de la compañera Micaela y ya no poder continuar mirando la escena porque era una escena muy desagradable, escena inclusive que... (María Caridad rompe a llorar).

La entrevista se interrumpe un rato y se reanuda en el mismo punto después.

Transcurrido un rato, después que las enfermeras controlaron su emoción, reanudamos la entrevista simultánea a las compañeras Silvia Polo, María Caridad Malo de Molina, Clara, Ena y Micaela Pérez, alumnas de tercer año de enfermería en 1953.

Marta: María Caridad, por favor, siga narrando los últimos detalles que recuerda en relación con el momento en que la soldadesca hizo prisioneros al doctor Muñoz, a Julio Trigo y a los heridos que ustedes curaron en la habitación número ocho.

María Caridad: Fueron fuertemente golpeados él, Julio Trigo, y el doctor Muñoz; ocurrió en una forma grosera que jamás en la vida nosotras podremos olvidar, a pesar de haber pasado muchos años. Nosotras no podíamos seguir viendo en la situación en que eran sacados esos muchachos, y nos retiramos de la puerta gritando: "¡Asesinos!" "¡No, no!", y no vimos nada más.

Ena: Después los guardias lo registraron todo, rompieron puertas de clósets, dormitorios y todo, y dijeron que nosotras éramos unas encubridoras de ese hecho, que íbamos a pasarla muy mal.

Silvia: Cuando empezó todo nosotras creíamos que era una pelea entre grupos del mismo ejército de Batista.

Ena: Cuando desvestimos a uno de los rebeldes que hirieron, fue que nos dimos cuenta que tenían ropa de civil debajo.

Silvia: Una compañera que está en La Habana que se llama **Maruja Palma;** su nombre en realidad es María Luisa Dionisia Palma, pero le decíamos Maruja, habló con ellos, con los revolucionarios y uno le dijo: "No te preocupes que dentro de poco tiempo te voy a decir quiénes somos"; más o menos así le contestó, cuando ella le preguntó quiénes eran.

Micaela: Después de un tiempo de estar ellos allí les buscamos café con leche y se lo dimos, también unos pedazos de cake, de un cake que el día anterior le había regalado a la **super.**

Clara: Y cuando terminó el combate los muchachos fueron para las Salas, una compañera de nosotras llamada **Violeta,** que trabajaba en Oftalmología, refugió a muchos allí, era una Sala que no estaba muy llena y fue donde se pudieron refugiar más.

Silvia: Y entonces Melba y Haydée se fueron con **Camelia** para la Sala de Niños.

María Caridad: Ellas para disimular se pusieron a preparar los biberones a los muchachitos. Es ahí donde detienen a Haydée y a Melba. Y a Abel lo detienen en la Sala de Ojos, u Oftalmología, que era la Sala Octava.

Marta: ¿Cómo es el apellido de Violeta?

Clara: Violeta Moisés, está en La Habana.

Marta: ¿Y qué le contó Violeta a ustedes sobre el desarrollo de las cosas en la Sala Octava?

Ena: Que ayudó a vestirlos y a vendar a Abel.

Clara: Ella los vendó y tapó, los fue acomodando en las camas.

Marta: Es por eso que aparecen —según la descripción de los certificados de médicos forenses y las fotografías y los testigos oculares que vieron los cadáveres el 26 de julio—, muchos combatientes con ropas de enfermo debajo del uniforme que le pusieron nuevamente en el Moncada; y estos trajes de enfermo tienen las iniciales de las salas octava, séptima y sexta. Nosotras también vimos esas ropas.

Silvia: Nosotras tuvimos que irnos para la Escuela y no salimos más. ¿Cuántos días estuvimos sin salir de la Escuela?

Micaela: Como quince días, y los familiares sin poder venir a vernos tampoco.

Marta: ¿Qué advertencia les hicieron?

Silvia: Que no podíamos salir del Hospital, que estábamos presas allí: "Están presas durante 24 horas", nos dijeron.

Micaela: No nos podían ver conversando en grupos, ni con nadie, porque enseguida venían a ver qué hablábamos.

Marta: ¿Y cuando estuvo próximo el juicio, que pasó?

Clara: Nos dijeron que teníamos que hacer la declaración que ellos nos dijeran.

Silvia: Que no irían al juicio más que las que estaban de guardia esa noche.

María Caridad: A ninguna de nosotras nos llevaron a declarar al juicio; del grupo nuestro llamaron a Camelia, porque estaba de guardia esa noche.

Silvia: A ella le dijeron lo que tenía que declarar, pero se negó, dijo que diría la verdad, que Haydée y Melba no habían disparado, que estaban en la Sala de niños sin armas, y que la ayudaron con los niños. Y a esa compañera la separaron de la Escuela por asumir esa actitud y no volvió a la Escuela hasta dos días antes de la graduación.

Clara: Espérate, que ahí pasó algo, no fue fácil; eso como tú lo dices, da otra impresión.

María Caridad: ¡Así, sí, verdad!, eso fue un proceso largo: ellos querían que Camelia declarara lo que a ellos les convenía. Entonces Camelia les dijo que por sus principios, no podía declarar sino la verdad, y es cuando la mandan a retirar; la intimidan y le dicen que eso le iba a costar caro, que le iba a costar la carrera, y que se iba de la Escuela.

Entonces nosotras éramos 22 y nos pusimos en huelga de hambre un día completo, y dijimos que si sacaban a Camelia del Hospital, nos íbamos tras ella las 22. Y eran las 3 de la tarde y nada. La señorita Elisa —la **super**— nos iba convoyando al medio día y a la hora del almuerzo, y nos negamos y a las seis de la tarde no habíamos desayunado, almorzado ni comido, ¿no es así, compañera? "Sí".

A las seis de la tarde nos mandaron a reunir y Mario Porro, supervisor militar, no venía, porque estaba esperando instrucciones de Chaviano; y fue a las nueve de la noche cuando nos dijeron que no iban a sacar a Camelia, y nosotras respondimos que si después no la dejaban graduarse, seguiríamos en huelga, ¿y qué más pasó, muchachitas?

Clara: Al otro día dijeron que Camelia saldría provisionalmente de la Escuela, pero que se graduaría junto con nosotras en La Habana, que era donde nos graduaríamos todas, después de unas prácticas que teníamos que realizar allá. Camelia se fue para su casa, pero se graduó con nosotras.

María Caridad: Aunque la mandaron a La Habana sola, no en el grupo de nosotras. Las razones no las supimos.

Clara: A Camelia le hicieron llegar a través de la **super,** una hoja en blanco para que la firmara, y nosotras le dijimos que no la firmara porque era para su renuncia de la Escuela; Camelia no la firmó.

Silvia: A ellos les convenía que Camelia fuera a declarar lo que ellos querían, porque es en su Sala donde descubren el "delito", allí están refugiadas Haydée y Melba, y creen que la pueden intimidar.

María Caridad: Pero ellos sabían que ése no era un curso suave de dominar.

Silvia: A nosotras no nos dejaron declarar porque lo habíamos visto todo; porque cada enfermera, cuando hay un problema así como el que hubo, lo que hace es mantenerse en su Sala para atender a sus enfermos, calmarlos, y eso, y sólo sale un momento, pero se mantiene en el interior de la Sala si está de guardia. Pero nosotras, como estábamos de descanso, podíamos movernos para un lado y para otro.

Marta: ¿Recuerdan otros detalles en relación con hechos del 26 o que se derivaron de esos hechos, en el Hospital?

Clara: El trabajo que pasábamos con los penados, para los revolucionarios que estaban presos no había medicinas.

María Caridad: Porro jamás me firmó una receta de antibióticos para los revolucionarios que teníamos en el Hospital; para ellos la única medicina que había era la que nosotras podíamos sustraer, poquitos que íbamos recolectando para tener esa reserva.

Así era como cumplíamos las indicaciones de los médicos. Un día yo personalmente le llevé una receta a Porro para que me la firmara y me rompió el papel. Crespo, Abelardo Crespo, era el que más necesitaba los antibióticos, él y Fidel Labrador, porque Crespo tenía una bala alojada en un pulmón y tuvo un problema pleural muy grave y Labrador la enucleación de un ojo; el propio doctor Ruiz Velazco le hizo la operación y le consi-

guió el ojo para ponérselo. Recuerdo que teníamos a un detenido que se llamaba Angel Díaz Soto; a él lo detuvieron con motivo de los sucesos del Moncada, no sé si era participante o no porque detuvieron a muchas personas; pero él estaba junto a los otros y era diabético, teníamos que tenerle la insulina en el refrigerador y en la Sala de penados no había, así que la llevábamos para la octava y cuando se nos descubrió esto nos reportaron y me llamaron a la Dirección; el policía que cuidaba a los presos dio la queja y se formó un gran problema por eso.

Marta: ¿Actualmente ustedes son instructoras de la Escuela?

Ena: Son instructoras: María Caridad, Clara y Micaela, Luisa y yo trabajamos aquí en Santiago, ella en el Hospital y yo en la Clínica Los Angeles.

María Caridad: Ahora, yo quiero decir una cosa; lo que a mí me duele también de todo esto, que es triste, doloroso para la historia de Cuba que un lugar que es monumento nacional de la Revolución lo hayan demolido en la forma que lo hicieron. Primero decían que para hacer una plaza, luego que una Terminal de Omnibus, luego que una cosa u otra. Un día a las personas que estaban demoliendo el Saturnino Lora hace unos años nosotras pasamos por allí y les dijimos: parece mentira que un lugar tan importante como éste lo esten demoliendo así, esto no lo debe saber Fidel, no ha sido autorizado por Fidel en ningún momento de su vida. Cuando vinieron ahora a la Escuela de Enfermeras "María Luisa Aguirre", que así se llama, a pedir la mesa que teníamos en el Saturnino Lora y donde fue juzgado Fidel yo me opuse rotundamente, honestamente así, a que la Directora la entregara, porque tuve desconfianza de que fuera ubicada esa mesa en un lugar donde la puedan desaparecer, y es una mesa de historia para nosotras porque era de nuestra Escuela donde cursamos los estudios, pero sobre todo de historia para la Revolución porque había sido juzgado Fidel en esa mesa. Yo me opuse, lo discutí y le pregunté a los compañeros que dónde iba a ser situada, porque como había visto con mis propios ojos la destrucción tan bárbara que habían hecho en el Hospital, dudé mucho que esa mesa la fueran a conservar en un lugar mejor, por el momento, que nuestra Escuela, honestamente lo digo.

Silvia: Es que a Santiago de Cuba lo están restaurando. Están restaurando los edificios coloniales y lugares históricos y dicen que van a reconstruir esa parte del Hospital, el lugar donde fue juzgado Fidel.

Marta: Afortunadamente están en pie las áreas de alante y la zona de atrás que eran de las más importantes, aunque las salas también tienen historia ¿la habitación número 8 se conserva?

María Caridad: Sí, en pensionistas hay un albergue.

Camila Malo de Molina (la Directora): Se va a restaurar todo lo que está en pie en el Hospital; ahora como viven algunas familias allí, porque creo que cuando el ciclon se refugiaron, la Reforma Urbana tiene que reubicarlas, les va a dar sus casas tan pronto se pueda y como le digo lo van a restaurar.

El material que yo entregué es para colocarlo en el salón que era de las enfermeras donde fue juzgado Fidel; yo se lo entregué al compañero Duque Estrada.

María Caridad: Está bien, pero hay que decirlo para ver si no vuelve a suceder con otras cosas de la Revolución, de la historia.

Marta: Compañeras, agradecemos mucho todos los datos históricos que han aportado y a todos nos emociona la defensa vehemente y justa que ustedes hacen al patrimonio histórico de la Revolución. El hecho de que estén en vías de restauración las secciones salvadas y que se haya despejado aquella área, indica que la mesa del juicio y demás objetos que ustedes entregaron están en buenas manos. Ese mismo sentimiento de ustedes en relación con la demolición inconsulta del Hospital es comprensible, colectivo y alentador por cuanto es una muestra de que el pueblo se convierte en guardián de sus monumentos.

"Esos heridos traían dos ropas"

3

(Entrevista a Mercedes González, alumna-enfermera del "Saturnino Lora" el 26 de julio de 1953)

Mercedes González: Teníamos una compañera enferma en el cuarto No. 8 y las más allegadas estábamos allí con ella frecuentemente. Después de pasar un rato largo con ella la noche del veinticinco de julio de 1953, ya tarde, nos fuimos para la escuela a descansar, pero antes lavamos y todas esas cosas, entonces dije yo: muchachitas no debíamos tender aquí donde se vea porque va a parecer esto feo; si viene alguien aquí, urgente, y ve todo esto así feo... bueno... pues cuando por la mañana —debió haber sido como las cinco— nosotras estábamos completamente ajenas a lo que podía ocurrir, entonces vino Ena y luego la superintendente y nos avisó que pasaba algo y salimos rápidamente afuera, para el pasillo, y nos encontramos que no podíamos pasar para el cuerpo de guardia a través de la sala de pensionistas, fue ahí cuando vimos a un médico, que le deben de haber hablado de ese médico, doctor Muñoz, que no lo conocíamos, como es natural, pero creíamos que era del hospital, que había llegado nuevo, con él vimos a otro señor alto, que hace poco fue que su-

pe quién era, muy preocupado porque él había salido de allá donde ellos estaban... me parece que el nombre de ese señor era Trillo o Trigo... Trigo, pues supimos que había sufrido en ese lugar una hemoptisis, él estaba muy bien vestido, muy elegante con su ropa blanca, con alguna sangre y yo me pregunté ¿y esa sangre?, porque no sabía cuál era su estado de salud ni lo que le había pasado en ese momento. Ellos entraron al cuarto número ocho, y nosotros les decíamos al doctor Muñoz y a ese joven, no se quiten de aquí que nos están tirando; ellos allí en pensionistas y la alumna que estaba enferma también y todo, y entonces en eso nos traen... ¡ah!, habían traído los discos, los discos y unos papeles, los discos de Chibás y todas esas cosas las tenían en el cuerpo de guardia; nosotros no sabíamos qué pasaba pero tuvimos que ir hacia el cuerpo de guardia para buscar una bandeja con los instrumentos de curaciones porque traían dos heridos en una camilla, eran dos muchachos que les habían tirado estando allá atrás, nos los traían para el cuarto número ocho y **al quitarle la ropa a uno de ellos para curarlo vi que traía dos ropas, uno tenía una herida en el vientre, fue cuando pensé que podía haber algo que no era que los mismos guardias se estaban fajando. esos heridos traían dos ropas, una de civil y arriba el uniforme.** Los curamos... el otro tenía una herida aquí a sedal.

Marta: ¿Dónde?

Mercedes: Aquí en la frente, pero leve. Bueno, los curamos y alguien dijo: no se vayan de aquí que después de esta calma puede haber tiros otra vez, y efectivamente en seguida volvió el tiroteo. Entonces pasaron los minutos, no recuerdo qué tiempo pasó; allí había dos médicos: el doctor León Orúe, que se fue de Cuba, y el doctor Chamat.

Siguió el tiroteo y la cosa, y nosotras cayéndonos muertas, pero ahí estábamos ayudando en lo que podíamos a los heridos hasta que venían las muchachitas de por acá y decían que estaban tirando por este lado y por el otro... entonces, de aquel día también recuerdo que dos compañeras nuestras, **Camelia** y **Violeta Moisés** y otras que estaban de guardia ayudaron a los revolucionarios; la que estaba en la sala de ojos ayudó a vendar a los muchachos para ver si se podían salvar y Camelia ayudó a la Santamaría y a Melba, ellas le pidieron que las dejara pasar a la sala, seguramente ellas le contarían lo que pasó.

Después cuando vino el ejército, a nosotras nos maltrató porque querían llevarse a un señor que era practicante, era de apellido Robaina; él se metió en un cuarto de pensionistas. A él le daba un dolor anginoso, el ejército sacaba al hombre y yo le dije que no, que no lo hicieran que ese era un enfermero, pero como los otros muchachos, los revolucionarios, se habían cambiado de ropa, se habían puesto la ropa de enfermos, para ver si podía salvarse alguno, pues decían los del ejército: "¡Ustedes tienen culpa de todo lo que ha pasado!", entonces uno de ellos que parece que era más educado le dijo que nosotras no teníamos culpa de nada. Luego sacaron de allí del cuarto al doctor Muñoz y a Trigo y al que tenía una pierna vendada; nosotras gritamos e incluso cuando lo sacaban del cuarto que iban caminando, le dieron allí con la culata del rifle y lo tiraron contra la pared, se cayó al suelo y una compañera dijo: "¡Criminal...!", y otro que estaba por allí preguntó: "¿Qué es lo que ha pasado?"; y le dijimos: "que le han dado con la culata del rifle a ese señor que estaba aquí con nosotras y al otro y lo han tirado". El doctor Muñoz parece que pensó que se habría podido salvar, pero aquí rebuscamos, allí no pudo, rebuscamos, fíjese que el director era el doctor Machirán, él no estaba allí, pero luego nos preguntó a nosotras, por qué nosotras no guardamos a ese señor, a Muñoz, pero, en primer lugar, nosotras no sabíamos lo que estaba pasando allí, porque en realidad no es como ahora que uno está enterado de la política... en aquel tiempo lo que una se dedicaba era a estudiar y más nada, entonces él inclusive se disgustó con nosotras porque dijo que debíamos haberlo escondido debajo de algo. Al hospital enseguida lo tomaron militarmente, fue un señor muy alto él, de apellido Porro, que tuvo un problema con Camelia, ¿no sé si se lo dijeron? Y como le iba diciendo ese día se terminó todo, tomaron el hospital y nosotras regresamos para la escuela que estaba allí mismo. Ah, y después vinieron las declaraciones, entonces hicieron una historia de lo que nosotras teníamos que decir para que se la entregáramos a ellos, y lo que ellos nos dijeron que pusiéramos, eso fue lo que pusimos; yo creo que todas las declaraciones eran iguales.

Después vinieron al hospital los heridos, entre ellos Pedrito Miret, e inclusive uno que murió que no se le pudo indentificar, uno, un señor campesino, porque nosotras...

Marta: ¿Como de 55 años?, porque nosotras vimos en el libro de registro del hospital que ese día ingresaron en penados a un señor como de 55 años sin identificar.

Mercedes: Sí, era así como de esa edad, y también allí había un muchacho que era diabético, que tomaba mucha agua y él pedía después botellitas de agua y las tenía en hilera en la ventana. En la Sala de penados estaba María Caridad Malo de Molina, de alumna, yo fui después, cuando llegó el día primero nosotras estábamos para graduarnos y ya las muchachas que teníamos tercer año no hacíamos guardia, pero me dijo la Superintendente: "mira, Mercedes, como tú tienes un carácter más calmado, vete a hacer esa guardia a penados, no voy a mandar a una muchachita nueva que no tiene experiencia y eso está ahí endiablado, y María Caridad está muy entusiasmada con los revolucionarios y mira lo que le pasó a Camelia..." Yo fui el día primero de agosto a hacer la guardia y el señor que murió... no recuerdo. ¡Ah sí ya! Por la tarde yo relevaba a María Caridad y vi por la tarde a ese señor que murió y también a otro muchacho que se llamaba, Fidel... ¿Fidel Labrador?, sí Fidel Labrador, y también el del tiro que tuvo un derrame pleural, Abelardo Crespo; la atención era muy deficiente, había orden de no darles atención, ni medicinas a esos muchachos. Pues a ese muchacho Fidel había orden de no suministrarle morfina y nosotras nos quedábamos con morfinas de otros enfermos y con antibióticos para ponérselo. Había orden de que no se entrara a penados si la jefa no entraba con nosotras; la jefa era Ana Luisa Batista que se había graduado un tiempo antes, nos conocíamos y ella me dijo: "las veces que tú tengas que entrar en la sala entra, no me esperes, y lo que necesites para ellos cógelo", y nosotras firmábamos la morfina de otros operados y se la poníamos principalmente al del ojo, que le hicieron una nucleación y era muy dolorosa; cómo sufrió ese muchacho... Bueno, entonces eso es lo que yo recuerdo.

Marta: Le voy a hacer unas preguntas sobre algunos detalles donde hay ciertas dudas, por lo menos para mi. Una cuestión es la siguiente, en cuanto al señor mayor que usted dice que murió sin identificar, ¿puede decirnos, cómo era su figura, para ver si se puede identificar como alguno de los combatientes?

Mercedes: Sí, era un hombre con barbas, pero no barbas largas, sino de barbas, como si no se hubiera afeitado; de pelo, en desorden, los pies callosos y las manos callosas, se veía que de todos los que habían allí, bueno todos eran los otros del grupo, personas jóvenes y finas así, éste tenía más de cuarenta y cinco años, era trigueño como yo, más descuidado, parecía que había cogido mucho sol.

Marta: Es que en el grupo de combatientes había un revolucionario de apellido Rojo, que era más o menos como la persona que usted describe en cuanto a la edad y la figura. Su físico de campesino.

Mercedes: Sí, lo que pasa es que ese señor que yo le digo llegó ya en estado preagónico, muy malo e inclusive no pudieron hacer nada, ni operarlo, llegó inconsciente, pero los muchachos que estaban allí en esa sala no lo conocían, Pedrito Miret y los otros. Los muchachos eran muy entusiastas y hablaban de la Revolución, y contaban lo que hicieron, y yo les decía: "No, no, no, no me digan nada...", porque eso estaba de una manera, yo les decía: "No quiero saber nada, no hablen de esas cosas", se los decía bajito... les tomaba la temperatura y disimulaba...

Marta: ¿Y volviendo a aquel señor, qué heridas tenía, usted recuerda?

Mercedes: El debe haber tenido heridas en el vientre, puesto que tenía el vientre muy alterado, pero muy alterado, él no estuvo muchos días en el hospital.

Marta: Otra cosa, Mercedes, ¿en cuanto al delator o el supuesto delator, una de las compañeras enfermeras decía que no se acordaba si ese individuo vino en una ambulancia que trajo un herido, o en qué forma llegó al hospital?

Mercedes: Yo cuando lo vi fue cuando el cambio de guardia que vinieron... esto... porque cuando nosotras nos levantamos, que fue como a las cinco y media de la mañana o a esa hora... yo no lo vi. Cuando yo vine a verlo estaba ahí junto a nosotras, con el doctor y con este muchacho de la hemoptisis.

Marta: ¿Y cómo estaba vestido?

Mercedes: El estaba vestido de civil, sí, sí, y nosotras nos creíamos que era, no uno de los revolucionarios, porque nosotras no sabíamos nada de eso, sino que era una gente más que había entrado ahí donde estaban esas personas con nosotras.

Marta: ¿Qué tipo tenía?

Mercedes: Era un tipo joven, gordito; deje ver, hágame el favor de pararse (Mercedes le pide al compañero fotógrafo Pedro Beruvides que se ponga de pie), un poquito más envuelto que él, me parece, pero de un tipo así más o menos, con una ropa parecida inclusive (el fotógrafo llevaba una camisa de cuadros y un pantalón claro).

Marta: Nosotros hace un rato hablábamos con un enfermo de la Sala de Ojos y nos decía que era delgado, el que entró en la sala...

Mercedes: Al individuo ese él no pudo haberlo visto, el enfermo de la Sala de Ojos, por que la Sala de Ojos (sala octava), usted sabe que estaba más allá, por atrás.

Marta: Sí, pero él dice que más tarde fue a esa sala un individuo que él supone era policía —que él supone eso— que fue el que identificó a los enfermos.

Mercedes: No, no, el individuo ese estuvo con nosotras allí hasta que llegó ya el ejército, y después, ya después de eso él se desapareció y luego fue que nos dijeron a nosotras que ese individuo que estaba allí dentro era del SIM, pero él se desapareció con la otra gente, con el entra y sale de la gente se desapareció, iría a hacer sus cosas, a decir todo lo que había visto; ese hombre entró directamente para allí y se desapareció después.

Marta: ¿Y el cambio de guardia dónde era?

Mercedes: El cambio de guardia se hacía en presos, era a las seis de la mañana cuando entraba una parte a relevar a la que se había quedado de noche, le decían la confronta o una cosa así, y entonces ahí fue donde supongo que entró este señor.

Marta: ¿No te acuerdas de otra cosa?

Mercedes: Bueno, me acuerdo que el doctor Muñoz, no sé si le dirían, supimos que era el doctor Muñoz porque traía aquí en el bolsillo el nombre, inclusive usted no sabe que yo me quedé con el bolsillo y lo guardé tanto, tanto que se me perdió.

Marta: ¡Qué lástima!

Mercedes: Sí, porque él en ese momento, para que no pudieran identificarlo se arrancó el bolsillo donde decía doctor Muñoz, y yo lo recogí y lo guardé tanto, tanto, porque esas son cosas; recuerdos... lo recogí del suelo y después lo he buscado y no ha habido forma de encontrarlo... porque inclusive unos compañeros médicos que vinieron de La Habana cuando Fidel vino por aquí, por la Sierra, el primer año de la Revolución, me dijeron que buscara el bolsillo para que lo mandara al Museo de la Revolución, y la verdad que lo busqué todavía con más deseo y, ¡qué va! no lo pude encontrar.

Marta: Las otras compañeras me contaron esa anécdota y también que le pegaron en la bata un esparadrapo con el nombre de él escrito a mano.

Mercedes: Sí, las muchachitas le pusieron el esparadrapo o él mismo, donde estaba escrito con tinta azul su nombre.

Marta: ¿Y esa noche usted era del grupo que estaba descansando?

Mercedes: Sí, del grupo que estaba descansando.

Marta: ¿Y no recuerdas, ahí en el cuarto número ocho, cuándo entró Abel Santamaría y las conversaciones de Abel?

Mercedes: La verdad es que ahora, yo no recuerdo, no sé cuál era él... La verdad que yo no recuerdo, porque como una estaba tan confundida y estaba tan asustada y una era joven y en realidad no podía darse cuenta, ahora mismo sí, porque ya han pasado unos cuantos años más y ahora la gente está bien adentrada en todas esas cosas, pero en aquellos tiempos no; y no recuerdo así exactamente...

Marta: A mí me dijeron las otras compañeras que fue Maruja Palma la que habló con Abel en el cuarto número ocho.

Mercedes: Es posible, porque Maruja tenía un carácter distinto, así que ella era más sociable, más dada, y una era más tímida, más joven, y estaba más aparte de esas cosas. Yo salí del cuarto a buscar la bandeja de los instrumentos, que nos decían que no hiciéramos eso porque estaba la cosa muy brava afuera. Era la bandeja de cura para atender a los muchachos, a los revolucionarios que habían llegado. Ahí fue donde yo estaba confundida, porque me decían que los guardias unos a otros se estaban tirando, ¿cómo va a ser eso? —decía—, pero cuando veo eso... que unos traen la ropa de un color y se han puesto otra arriba para ocultar algo ¿no?, ahí fue cuando nos dimos cuenta, pero la verdad que fue cuando el problema se acabó que a nosotras nos hicieron la historia de todo lo que había pasado.

Marta: ¿Entonces fue en ese momento que Uds. se dan cuenta que no son guardias sino combatientes?

Mercedes: Combatientes, sí, por las dos ropas, pero como nosotras no sabíamos lo que venía de atrás... ahí fue donde yo desperté que eran contrarios ¿no? Mira, uno en aquel tiempo no sabía nada de estas cosas, supe que estando nosotras ahí vino lo del 10 de marzo y aquellas cosas... pero habíamos creído que todo se había quedado en las mejores condiciones, pero nada, después se vio que había sido una cosa terrible...

Recuerdo que los muchachos trataban de ocultarse y salían, incluso, detrás de aquel hospital viejo, de eso de salir el agua de las tuberías construidas hace muchos años, y entonces se veían así cuando los traían en grupos, porque cogieron adentro una gran cantidad de esos muchachos y los mataron, matados, matados, los fusilaron en el cuartel, no sé si le habían dicho de un muchacho de apellido Batista, un enfermo que se llevaron.

Marta: Sí, ahora el compañero que vimos nos dijo que en la sala de ojos había un muchacho de apellido Batista.

Mercedes: Era en la sala de vías urinarias, ¿le habían dicho algo de ese muchacho?; él tenía 16 ó 17 años.

Marta: No, nada más que me dijo que se lo llevaron.

Mercedes: Ese muchacho era enfermo, de ésos que están años en el hospital, porque él tenía un problema, una estrechez en la uretra, no sé, y otras cosas, y lo tenían en la sala de vías urinarias y entonces ahí él estaba como un enfermero, porque ayudaba a uno y le ponía el pato a los enfermos, ponía enemas a uno y otro, y entonces se lo llevan también a él preso, porque parece que todo era una confusión, se lo llevan para el cuartel, entonces después llaman a una de las muchachitas a la sala para que pasara estadística de los enfermos que había y los que sobraban; cuando van a pasar lista ven que al muchacho se lo habían llevado, no aparecía Batista y ya por la tardecita viene Batista de nuevo.

Y yo le digo: muchacho ¿qué es lo que ha pasado, que tú te habías perdido? Y él me contesta: "Ay hija, si me llevaron para el cuartel y allá me soltaron, me soltaron porque dije que era familia del coronel, que era Batista de Banes, así que metí una mentira ahí diciendo que era primo, por el apellido, y entonces llamaron aquí al hospital y preguntaron si aquí había un enfermo de apellido Batista y dijeron que sí y entonces me mandaron para acá". El nos contaba que él vio allí cuando mataron a la gente, dijo que todos los muchachos que llevaron vestidos de blanco los mataron, así que eso fue una cosa terrible, terrible.

Marta: Este campesino del que le hablaba, estaba contando que él conocía ese detalle porque a él también se lo iban a llevar.

Mercedes: ¿El estaba ingresado?

Marta: Estaba ingresado, tenía una nube en un ojo, seguramente lo conoce, es de aquí de Manzanillo, se llama **Luis Melecio Rodríguez**, él anda en una bicicleta repartiendo leche.

Mercedes: La verdad, en este momento, no lo recuerdo.

Marta: Te agradecemos muchísimo la información histórica...

Mercedes: ¡Ah, no, no!, lo que siento es no recordar más, no haber estado tan entrada en eso, es que yo soy una persona así, soy una persona callada, pero las muchachitas cuando ese problema ¡era un entusiasmo!, una cosa distinta, tuvieron oportunidad de conversar con los muchachos y esas cosas, pero yo no.

"¡Ah, sí!, conque ¿usted es el doctor Muñoz?, venga"

4

(Entrevistta a Ada Mirtha Menes, alumna-enfermera del "Saturnino Lora" el 26 de julio de 1953)

Ada Mirtha Menes: En esa época yo era alumna de tercer año de Enfermería.

Marta: Le vamos a pedir, Ada Mirtha, que eche a volar su pensamiento y vuelva a aquel momento, que se sitúe en la madrugada del 26 de Julio de 1953.

Ada Mirtha: Antes de las seis de la mañana tocaban el timbre para despertarnos, pero había algunas compañeras que se levantaban antes, porque se demoraban mucho en prepararse, entre ellas, una compañera de nosotros que se llama Ena Pérez; ella fue la primera que se levantó. A eso de las cinco y media comenzamos a sentir los disparos bastante cerca; ella es un poquito viva y corrió por el pasillo y se asomó a la puerta, regresó corriendo a avisarnos que había unos militares dentro del hospital y que estaban tirando tiros y decían que habían matado a Batista; y nosotras, yo, sinceramente, soy un poquito miedosa, me puse nerviosa; todas nos vestimos para salir, porque la enfermera no puede, por unos tiros, aunque sea un poco nerviosa, dejar de ir a cumplir con su deber; nos vestimos todas y salimos; íbamos saliendo una por una, no como siempre.

Lo que yo recuerdo es que cuando salí, como nunca había estado cerca de un hecho así, corrí por todo el pasillo de pensionistas y llegué al Cuerpo de Guardia, y vi que había muchos..., bueno, vestidos de guardia y algunos tirados en el suelo y tiraban para afuera y los de afuera tiraban para adentro. Ahí me gritaron: "¡no venga para acá, corra; váyase, no esté aquí!". Entonces yo volví a correr para atrás y me quedé allí, en el cuarto ocho, donde había una compañera que estaba operada.

Nos quedamos allí porque no se podía salir; por esa parte los tiros eran más fuertes; los cristales estaban en el suelo; nos quedamos allí con la superintendente, que era la jefa de nosotros, y las compañeras; en esa habitación estaba el doctor Muñoz. Luego nos enteramos que era el doctor Muñoz, porque tenía su bata de médico que decía doctor Muñoz. El entró allí, estaba a ratos con nosotras y volvía a salir, también recuerdo a Abel Santamaría, que se paraba en la puerta —eso fue al poco rato— y decía que se estaban acabando las balas, que se estaba acabando el parque, decía: "se están acabando las balas". Estaban un poquito nerviosos, salían y volvían a la puerta. En un momento de esos, un médico del hospital, creo que el doctor Chamat, fue a hablar por teléfono y le gritaron que dejara el teléfono; él retrocedió y volvió al Cuerpo de Guardia; parece que cortaron la comunicación o algo así, no sé. También recuerdo a dos heridos que hubo en el mismo hospital; eran de los muchachos, de los revolucionarios, los que llevaron al cuarto donde nosotras estábamos para curarlos, porque en el Cuerpo de Guardia no se podía, porque los tiros no dejaban, entonces los llevaron ahí a la habitación número ocho donde estaban el doctor León Orúe, que era el médico de guardia, el doctor Chamat y el doctor Muñoz, que se reunía allí de vez en cuando. Entonces, las dos mujeres estaban de intermediarias, iban para un lado y para otro, ellas fueron las que llamaron al médico para que curara a los heridos; entonces, después, no las vi más por allí, parece que estaban ya en la sala de niños. Entonces siguieron los tiros, serían como las nueve de la mañana cuando cesaron. El doctor Muñoz, cuando dijeron que ya se habían acabado las balas, se quitó el bolsillo donde decía: doctor Muñoz. Fue ahí cuando el doctor Chamat le dijo: "doctor, ¿por qué se quita eso, su distintinvo?, mire que eso le puede servir de protección, no se lo quite"; pero él de todas formas se quitó su distintivo.

También llegó allí a la habitación donde estábamos nosotras un blanco alto, no sé cómo se llamaba, de los revolucionarios, que nosotros le buscamos agua, porque él parece que estaba un poco nervioso o algo, le buscamos agua en una botella de la escuela, entonces; cuando ya cesaron los tiros fue que entraron los guardias encañonando a todo el mundo, entonces a una compañera mía que se llama Mercedes González, de la sala de pensionistas, y a mí, que éramos las que estábamos allí, nos pidieron las llaves para abrir un clóset que había en la habitación y donde ellos creían que había guardado algo o que se había metido alguien. Nosotras, nerviosas. Mercedes cogió por un lado y yo por el otro, y al final trajimos una llave, pero no era la llave de ese clóset y los guardias obligaron al médico del hospital a abrir el clóset con su espalda, encañonándolo. Allí no había nadie, lo que había era medicinas.

Recuerdo que cerca había un abogado o un magistrado que estaba preso, tenía una custodia, la custodia se puso una piyama del preso para cuidarse, para que no le pasara nada, digo yo, y entonces cuando vieron que no había nadie en el clóset fueron a la escuela y encañonándonos a nosotras nos hicieron abrir todos los escaparates de la escuela, y mientras nos decían: "Ustedes, esta partida de...", no sé qué cosa...: "Ustedes saben bien...", qué sé yo, qué sé cuando, y abrimos todos los escaparates... eso fue como a las nueve o nueve y media o más. Como a las diez fue que llegó allí el capitán Porro. Primero llegó Tamayo, uno de apellido Tamayo que fue el que se paró en el cuerpo de guardia junto al doctor Rey Parra creo, no recuerdo bien qué médico entró de guardia, y voceó: "Para que se enteren que este hospital está intervenido militarmente, el que esté adentro no puede salir hasta que no se ordene y el que esté afuera no puede entrar". Entonces fue que más tarde el capitán Porro llegó y se quedó de supervisor.

Eso fue el primer día; ya después pasó todo lo que se ha dicho: que nos registraban cuando salíamos y cuando entrábamos y también todos los sucesos que hubo en la sala octava, sexta, séptima y de veteranos; que una alumna le puso vendas de ojos a los revolucionarios para salvarlos y que se los llevaron, y además, también, a otro que no era de los que entraron y se lo llevaban.

Marta: Mira, yo te voy a hacer una pregunta. Cuando el doctor Muñoz se arranca el bolsillo...?
Ada Mirtha: Ah, falta lo más importante, cuando entran los militares estaban los dos heridos, el blanco alto que yo le dije y el doctor Muñoz, allí, en la habitación número ocho, allí estaban los cuatro. Entonces entraron allí, desaforados, y se llevaron a los dos heridos, según tengo entendido, yo no fui hasta la puerta en aquel momento; dicen que los habían matado allí mismo, que les habían dado golpes, tam-

bién al doctor Muñoz, y nosotros aquí y él ahí, les dieron con la culata y los tiraron al suelo y ellos gritaron y nosotros también, y nos hicieron así..., a nosotros, y nos miraron como para intimidarnos; le dieron un culatazo y lo tumbaron al suelo, entonces, así, arrastrándolo, lo llevaron, no sé después; así lo sacaron del hospital.

Marta: ¿Y quién guardó el bolsillo del doctor Muñoz?

Ada Mirtha: No recuerdo, creo que... ahora no recuerdo.

Marta: Ayer, hablando con otras compañeras, nos dijeron que una de ustedes guardó el bolsillo y que también escribió su nombre, el nombre de Muñoz sobre un esparadrapo y se lo pegaron en la bata.

Ada Mirtha: Si. Entonces hubo quien intervino, el doctor Chamat y nosotras y otras personas decían: "Miren que él es médico", y los guardias salieron, ya nosotros creíamos que él se iba a salvar; entonces se fueron, pero por el pasillo, alguien, no sé quién fue, le dio un chivatazo a los guardias y volvieron para acá y dijeron: "¡Ah sí!, ¿conque usted es el doctor Muñoz?, venga", y ahí lo cogieron y fue entonces cuando le dieron el culatazo.

Marta: Ada Mirtha, ¿usted se acuerda de algunas de las conversaciones de allí, del cuarto número 8?

Ada Mirtha: Allí estaban el doctor Muñoz, los heridos, algunas compañeras; nosotras a veces nos metíamos debajo de la cama porque esa era una parte hacia la que venían todos los tiros, los cristales caían; recuerdo que la enferma de ese cuarto estaba sentada dentro del baño, en el servicio. Y cuando Melba y Haydée gritaron por el pasillo: "¡Un médico, un médico!", recuerdo que era el doctor León Orúe el que estaba de guardia, y él dijo: "No; no se puede pasar para allá, que lo traigan para acá", entonces salimos; yo me paré en el pasillo y traían a los dos heridos, ellas dos, Melba y Haydée, y a un hombre lo trajeron en un carrito del cuerpo de guardia, lo metieron adentro del cuarto y entonces al quitarle nosotras la ropa, empezamos a desvertirlo para ver la herida dónde la tenía, y fue entonces cuando nosotras vimos que debajo del uniforme que ellos llevaban, tenían otra ropa, fue cuando nosotras nos dimos cuenta cierta de que ellos no eran guardias; pues decían que eran guardias que estaban peleando contra los guardias.

Pero nosotras ya teníamos versiones de que no podía ser eso y... pero, ahí fue cuando nosotras nos dimos cuenta de que ellos no eran militares, de que ellos eran rebeldes que estaban con sus ropas debajo, ropa de civil, y además, que el cinto no era como el del uniforme del ejército, sino que era un cinto distinto, de civil; entonces se empezó a hacer algo allí, y Abel Santamaría se paraba a menudo en la puerta y le decía al doctor Muñoz que se estaban acabando las balas y el doctor Muñoz fue hacia la escuela; no sé si él quería saber cómo se salía de allí; nosotras le dijimos: "no, por ahí no, estamos rodeados, todo está rodeado de guardias"; entonces volvió a retroceder y estaba ahí con nosotras.

Al final, ahí estaba un auxiliar del hospital que se llamaba Robainas, estaba allí en el cuarto ocho, padecía de angina de pecho; cuando ya todo terminó parece que él se sentía con mucho dolor y nervioso y se metió debajo de una cama quedándose medio dormido, parece que había tomado algo, alguna pastilla, y cuando entraron los guardias al cuarto ocho lo vieron y se lo llevaban. Entonces nosotras les gritamos: "¡No, no; no, no se lo lleven que él trabaja aquí", vinieron también otras personas que lo conocían, él era un hombre mayor, y no se lo llevaron.

Marta: ¿Usted recuerda ese herido que ustedes asistieron, qué tipo tenía?

Ada Mirtha: El era blanco, trigueño, de pelo ondeado, y había otro, de color más trigueño, pero de pelo lacio y las heridas eran superficiales, una por aquí, por el epigastrio y otra en la cabeza, a sedal. A mí me llamó mucho la atención el que tenía la herida en el epigastrio porque se parecía mucho a mi hermano.

Marta: ¿Qué otra cosa recuerdas de aquellos días?

Ada Mirtha: Recuerdo también cuando el juicio de Fidel; había guardias dondequiera, yo estaba trabajando de pensionista ese día, cuando nos comunicaron que era el juicio. La superintendente no nos dejaba salir de la sala pero todo el mundo se alborotó y salió a la puerta y cuando pasó, él iba vestido de negro-azul; lo vimos, esa fue una cosa que nos impresionó mucho a todas. Entonces después, burlando las órdenes que había dado la **super**, nos metimos detrás de la escuela y nos acostamos en el suelo de la habitación de al lado donde juzgaban a Fidel y nos agachamos y nos levantábamos, un ratico cada una, pero era tanto el interés que así oímos parte del discurso de **La Historia me Absolverá.**

Marta: ¿Cuántas eran ustedes?

Ada Mirtha: Éramos veintidós con una alumna que vino de La Habana que se llama Hildelisa. Cuando vino el capitán Porro quería que una lo tratara como si una fuera soldado, que le dijéramos: capitán, entonces una compañera de nosotras tuvo un pro-

blema con él porque él le fue a llamar la atención a ella y ella le contestó: "Sí, doctor..." y él le dijo: "no me diga doctor, dígame capitán", y ella le contestó: "yo no soy soldado para llamarlo a usted capitán".

También hubo el problema de Camelia: las alumnas que estaban de guardia el 26 de julio fueron al juicio, yo no sé por qué motivo, pero ellos pensaban que las declaraciones de Camelia eran para favorecer a Melba y Haydée. No creían que fuera cierto que estaban alimentando a los niños de verdad, sino que quería favorecerlas. Por ese motivo iban a sacar a Camelia. La superintendente le dijo a ella sola que esa era su situación, que iban a sacarla, pero que se fuera y no nos dijera nada a nosotras porque se iba a formar un escándalo, pero Camelia se lo dijo a una de las compañeras más allegadas a ella. Y nosotras nos enteramos y dijimos que ella no se podía ir, y Elisa, la super, con un poco de miedo nos decía: "muchachitas, a acostarse que ustedes se van a buscar un problema", y nosotras le decíamos: "nosotras no nos acostamos hasta que él, Porro, venga a hablar con nosotras", y como a las once y media o doce nos mandó un aviso con el secretario de que nos acostáramos, que él, al otro día, venía a hablar; y cuando vino al otro día empezó a darle vuelta a la cosa, nos decía que ella era buena alumna, pero que se iba a graduar a La Habana, que iban a mandarla en un avión, que esto, que lo otro; recuerdo que una alumna, que se llama Violeta Moisés, le dijo que no, que de ninguna forma, que ella había entrado con nosotras y que ella se graduaba con nosotras; entonces dijo, bueno, vamos a ver lo que se puede hacer, es por el bien de ella. Nosotras insistíamos en que no, que no se podía ir, y el resultado es que se graduó; las veintidós estábamos unidas, no hubo nadie que se echara atrás.

Marta: ¿Qué emoción les causó a ustedes cuando leyeron en **La Historia me Absolverá** que Fidel había reconocido la actitud de ustedes, de solidaridad con los combatientes?

Ada Mirtha: Figúrese, ya usted sabe, todas nos emocionamos mucho, creíamos que él, sinceramente, le daba más valor que el que tuvimos nosotras; nosotras hubiéramos querido hacer más, pero hubo un factor de sorpresa; nosotras estábamos muy emocionadas al ver que en algo habíamos podido ayudar. Más de lo que se hizo, no podíamos.

Marta: Aquellos combatientes sintieron la solidaridad de ustedes. Bien, muchas gracias, sentimos mucho que te hayamos sacado de la cama, tú te vas a operar.

Ada Mirtha: Para mí es un placer, sinceramente, poder contribuir en algo.

Marta: ¿Dónde tú trabajas ahora?

Ada Mirtha: En el banco de sangre.

Marta: El banco de sangre de Santiago lleva el nombre de **Renato Guitart,** ¿no es así?

Ada Mirtha: Sí, Renato Guitart.

La ruta de los detenidos

5

(Entrevista a Antonia Márquez, enfermera-alumna en el "Saturnino Lora" el 26 de julio de 1953)

Marta: Compañera Antonia Márquez, el 26 de julio de 1953 ¿usted estaba de guardia en el Hospital Civil?

Antonia: ¡Cómo no!, me encontraba a esa hora trabajando.

Marta: ¿En qué sala trabajaba? Cuéntenos lo que usted recuerda de aquellas primeras horas.

Antonia: Trabajaba en la sala 6ta., que era la sala de medicina general, en la de cardiología y trabajaba también en la sala de infecciosos y de penados. Esas tres salas me pertenecían para trabajar.

Marta: ¿Qué otras cosas recuerda de aquellas horas? ¿Qué otras compañeras estaban cerca, en salas contiguas?

Antonia: Bueno, la compañera que más cerca yo tenía era a la compañera Camelia Rodríguez, que estaba en la sala de niños y en la sala octava, o sea, la sala de ojos.

Marta: ¿Qué fue lo que usted primero sintió en la madrugada o en las primeras horas de la mañana y aproximadamente a qué hora?

Antonia: Eran alrededor de las 5 ó las 5 y cuarto de la mañana, cuando sentimos una detonación y acto seguido después sentimos ráfagas de ametralladoras y muchos tiroteos y algo como que combatían, sinceramente no sabíamos lo que estaba ocurriendo.

Marta: Y en esos momentos ¿qué usted recuerda haber hecho?

Antonia: Bueno, yo corrí hacia la ventana que estaba en la sala de infecciosos que daba hacia la calle de Trinidad, cerca del cuartel Moncada e incluso veía allí soldados corriendo y pude también desde esa ventana, divisar algún herido, como una guagua que pasaba en esos momentos e hirieron a la conductora.

Marta: Y después de esos primeros momentos que usted regresó a la sala, ¿qué hizo?

Antonia: Bueno, regresé a la sala a darle vueltas a los enfermos y entonces el Dr. Chamat me pidió que no saliera tanto al exterior, pues tenía que pasar al patio para visitar las otras salas, ya se estaba combatiendo, se sentían muchos tiros de la parte de afuera.

Marta: ¿Y qué salas, fundamentalmente, eran las que usted visitaba?

Antonia: Bueno, visitaba parte de la sala de ojos, la sala de niños donde se encontraba la compañera Camelia Rodríguez trabajando.

Marta: Y en la sala de ojos, ¿qué otra alumna, que otra compañera de ustedes trabajó esa madrugada, esa mañana?

Antonia: Vi en esa sala, en dos ocasiones, a la compañera Violeta Moisés dando vueltas por la sala de ojos, ya que eran operados que tenían la vista tapada y había que auxiliarlos en algo.

Marta: Y cuando, una de las veces esas que usted entró en la sala, ¿vio que había algunos combatientes allí dentro de la sala de ojos o no? Es decir, en algunas de aquellas ocasiones ¿usted supo que había combatientes dentro de la sala?

Antonia: Bueno, una de las veces que pasé por la sala vi enfermos acostados, que no los había visto anteriormente y eran combatientes que estaban allí refugiados.

Marta: ¿Qué otras cosas recuerda haber visto?

Antonia: Bueno, recuerdo bien que vi a Abel Santamaría acostado allí, en una cama, con un ojo tapado; no sé quién fue la que le tapó el ojo, qué alumna fue, pero sí lo pude ver allí a él y hubo otros combatientes que también estuvieron refugiados lo mismo en esa sala que en otras. Vi a las compañeras Melba Hernández y Haydée Santamaría en la sala de niños al lado de unas cunitas de niños enfermos, también refugiadas allí y a la vez auxiliando a esos niños.

Marta: Antonia, yo quisiera que tú nos dieras algunos otros detalles del momento de tu entrada en la sala octava y del momento en que tú ves a Abel Santamaría.

Antonia: Bueno, una de las veces que pasé por la sala de ojos vi a Abel Santamaría acostado allí, y luego lo pude ver cuando lo sacaban de allí, porque lo habían delatado.

Marta: Antonia, mira, cuando nosotros hablamos con otras compañeras tuyas allá en Santiago de Cuba, ellas recordaban a un individuo, el nombre de un individuo que se llamaba Garay. Dicen que también fue un delator, o un supuesto delator de los combatientes, parece que hubo más de uno.

¿Tú recuerdas algún hecho relacionado con él?

Antonia: Bueno, Garay era un militar que vivía cerca del hospital y algunas veces ese señor visitaba el hospital, porque creo, incluso, que él tuvo una cuñada o sobrina estudiando en el hospital. Recuerdo a Garay como lo recuerdan los demás compañeros, que fue uno de los soldados de Batista que entró con mucho impulso a agredir a todos los revolucionarios y a todos los que él encontraba, enfermos que estaban caminando que no parecían enfermos.

Marta: ¿Y ese individuo iba vestido de civil o de militar?

Antonia: Bueno, yo no sé si el pantalón que llevaba era de militar, vi la camisa, recuerdo que era una camisa civil, llamativa, de cuadros.

Marta: ¿Y no te imaginas más o menos a qué hora ese individuo entró en el hospital? Porque también los compañeros tenían dudas si estaba dentro, si pudo haber entrado a determinada hora, ¿qué recuerdas de ese hecho?

Antonia: Bueno, si él entró en el hospital entraría en momentos en que vino una ambulancia o no recuerdo si entraría con los soldados, pero nosotros lo vimos, fue de los primeros que vimos cuando pu-

dimos salir de las salas y que entraba ya el ejército de Batista dentro del hospital.

Marta: ¿Y qué tipo tenía más o menos?

Antonia: Era un muchacho blanco, joven, bajito, que no era muy delgado pero tampoco era grueso y tenía el pelo medio rubio, castaño claro.

Marta: ¿Y la actuación principal de ese individuo fue en la parte delantera del hospital o atrás, o en qué lugar fue donde más se destacó su actitud agresiva?

Antonia: Su actitud agresiva él la tuvo en todo el hospital, donde más se destacó fue en el momento en que al doctor Muñoz se lo llevaban, él lo agredió enormemente allí, al lado del telefono y nosotros recordamos muy bien, todos los compañeros lo recordamos, que una de nuestras compañeras gritó: "Asesinos". Cuando él le dio con la culata del fusil al doctor Muñoz, cuando había caído en el suelo de un golpe que le había dado otro soldado.

Marta: Antonia ¿tú recuerdas alguna escena del momento en que sacaron a Abel Santamaría de la sala de ojos?

Antonia: Bueno, yo lo único que recuerdo es que cuando lo levantaron de la cama le quitaron bruscamente el parche que tenía el ojo tapado, como si estuviera operado de la vista, y de ahí pues lo empujaron y lo sacaron de la sala.

Marta: ¿Y por dónde lo condujeron? ¿Por cuál pasillo más o menos? ¿Puedes decir la dirección hasta que llegó a la puerta?

Antonia: Lo condujeron por todo el pasillo que da de la sala 6, a la sala de huesos donde está el teléfono, para sacarlo por esa puerta.

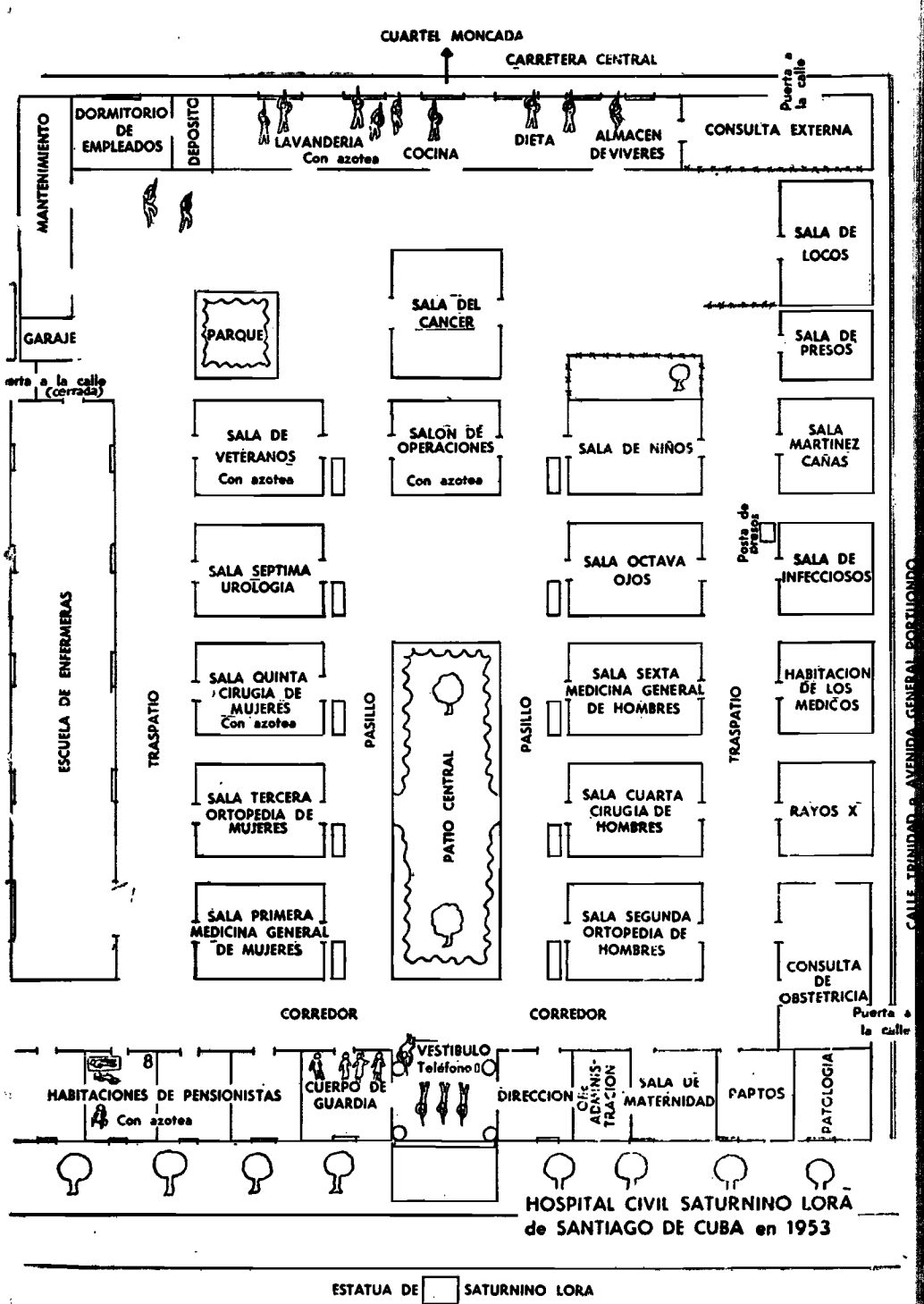
Marta: ¿Eso está entrando al hospital "Saturnino Lora", hacia la derecha o hacia la izquierda?

Antonia: Hacia la derecha, él salió hacia la derecha.

Marta: Hacia la derecha, en esa misma dirección ¿qué otras salas había en ese Hospital?

Antonia: Bueno, comenzando, hacia la entrada estaba la sala 2da. o sala de huesos, después, estaba la sala que le llamaban sala del doctor Mármol, que era sala de cirugía, después sala 6ta., que era la sala de cardiología, después la sala de ojos y después la sala de niños.

Marta: Entonces Antonia, ¿la sala No. 6 que era la sala de medicina general, la 7ma. y la de niños estaban una detrás de la otra o a continuación una de otra?



Antonia: No, estaba primero la sala de huesos por la banda derecha, la de cirugía de hombres que era la sala 4ta., después la sala 6ta:, después la de los ojos, que era 8va. y después la sala de niños. En el pasillo de la derecha, las salas eran pares y en el pasillo de la izquierda las salas eran nones. 1ra., 3ra., 5ta., 7ma., y veteranos.

Marta: Magnífico, porque ya así se tiene una idea más correcta de la trayectoría de los combatientes, tanto cuando entraron como cuando salieron. ¿Y tú recuerdas que allí en el cuarto número 8 de pensionistas hubo siempre unas compañeras tuyas junto al doctor Muñoz y que allí atendieron a unos heridos? ¿qué tú recuerdas de ese hecho?

Antonia: Eso estaba muy lejos de donde yo trabajo, ese era el cuarto No.8 de pensionistas donde había una compañera nuestra que habia perdido un brazo en un accidente y ahí se refugió el doctor Muñoz, pero tengo entendido que el doctor Muñoz salió muchas veces de ahí a curar heridos que cayeron ahí en el hospital, el lugar donde él radicaba era en esa habitación, en el número ocho de pensionistas.

Marta: Hace un momento antes que nosotros comenzáramos esta entrevista, tú hablabas que el doctor Muñoz había ido a atender un herido que llevaron en una ambulancia al hospital. ¿Recuerdas algún detalle sobre esto y aproximadamente a qué hora?

Antonia: Eran como las 5 y media o un poquito más cuando llegó esa ambulancia al hospital y trajo a un herido, el vigilante que estaba en la puerta se vio medio confuso, no sabía si dejar o no al herido, por fin lo llevó al cuerpo de guardia y el doctor Muñoz enterándose de eso, que no había ningún médico en ese momento ahí pues salió del cuarto donde estaba refugiado, salió a atender al herido ese.

Marta: ¿Y cuando eso ocurrió ya los otros combatientes estaban dentro de las salas o se dirigían a las otras salas, protegiéndose?

Antonia: Cuando eso sucedió ya había muchos combatientes dentro de las salas.

Marta: Es decir, que ya en ese momento el combate había cesado o estaba cesando.

Antonia: Ya estaba cesando o había cesado.

Marta: ¿Recuerdas o habías oído decir si en ese momento en que llegó la ambulancia, las compañeras Haydée y Melba ya estaban en la sala de niños?

Antonia: Sí, ¡cómo no!, ya ellas estaban en la sala de niños.

Marta: ¿Qué otra cosa tú recuerdas? ¿Cuando llegaste a la sala de niños hablaste alguna vez con la compañera Camelia? ¿Qué recuerdas de esa sala?

Antonia: Bueno, yo llegué a la sala de niños como llegaron las demás compañeras, a ver si alguna de nuestras compañeras necesitaba alguna ayuda, y vi a la compañera Melba y a la compañera Haydée sentadas al lado de una cunita de niños. Claro, llamaban la atención, puesto que estaban con pantalones largos, y yo no las había visto a ellas pero la señorita de la sala estaba tan ocupada tranquilizando a los niños que no me supo informar o yo no le pregunté, sinceramente me di cuenta que no eran madres de niños, porque anteriormente yo no las había visto.

Marta: Y después de esa ocasión ¿usted pudo entrar, es decir, después que se las llevaron a ellas presas, usted entró a la sala de niños? ¿Qué se comentó allí, qué recuerda?

Antonia: Bueno, allí se comentó entre dos madres que estaban conversando, que una de las madres había denunciado a las dos compañeras que estaban allí como si hubieran sido madres de niños. Una de las madres, había dicho a los soldados que esas dos mujeres no eran madres de los niños, pero eso yo no lo vi.

Marta: Y en relación con una niña que había allí enfermita del corazón, ¿qué nos puede relatar?

Antonia: Nos contó que ella estaba nerviosa, que la señorita que estaba ahí se había portado muy bien, la había tranquilizado mucho, que había refugiado muchos niños en un cuartico de infecciosos que había al final de la sala, los había refugiado allí porque esos cuarticos no estaban tan abiertos como la sala de niños.

Marta: Bien Antonia, y cuando entró el ejército, ¿con el ejército entraron muchos otros agentes del SIM; en fin, más o menos qué cantidad de individuos entró al Hospital Civil "Saturnino Lora" con los guardias?

Antonia: Bueno, cuando entraron los guardias, todos con armas, entraron muchas personas más que nosotros creemos que eran soldados del SIM, personas del gobierno y todos venían armados; bueno, fueron tantos los militares que entraron y tantos los atropellos, que a nosotros entonces nos recogieron y nos llevaron para la sala de enfermeras, y salió el otro turno a trabajar, porque nosotras sinceramente estábamos muy nerviosas.

Marta: Antonia, en la sala de penados ¿había alguna escolta de guardias o de policía?

Antonia: Sí, cómo no, siempre, ahí a los penados los cuidaba un vigilante.

Marta: ¿Y tú recuerdas qué es lo que se dijo de la actitud del policía ese que estaba cuidando a los penados?

Antonia: Bueno, él en cuanto sintió la pelea, que estaban combatiendo, él se vistió de enfermo y no actuó como militar que era; guardó el arma y solamente se vistió de enfermo y estuvo mirando por una ventana y atento a todo lo que estaba pasando.

Marta: ¿Y qué tipo tenía ese individuo?

Antonia: Era un hombre joven, como de unos 30 ó 32 años de edad, blanco, alto y delgado.

Marta: Y cuando llegaron los guardias, ¿qué hizo él?

Antonia: Cuando llegaron los guardias, pues enseguida se quitó la ropa de enfermo y se vistió de policía.

Marta: ¿Dónde tenía el arma?

Antonia: Escondida en un escaparate, donde tenía la ropa uno al que él le había guardado la llave; volvió a coger su ropa y cogió el arma y salió con el arma en las manos, cuando salió del cuarto de infecciosos.

Marta: Antonia, ¿recuerdas otro detalle así que se haya escapado de aquellas horas en el Hospital?

Antonia: Sinceramente cuando nos vinimos a dar cuenta ya casi, como aquel que dice, ya teníamos los militares de Batista ahí dentro del Hospital.

Marta: Y una vez que pasó eso ¿cuál fue la actitud de la Supervisión Militar y en fin, de todo el ejército hacia ustedes?

Antonia: La actitud de los militares cuando entraron al Hospital fue brusca, porque ellos trataban mal a los enfermos que parecían estar perfectamente bien; ya ellos tenían sus dudas pensando que eran revolucionarios y se portaron duros con nosotros, con todo el mundo, con todo el personal, enfermos...

Marta: Y en relación con ustedes específicamente, ¿Cuál fue la actitud?

Antonia: Bueno, con nosotros, sinceramente, ellos lo que querían era que les dijésemos quiénes eran los combatientes que estaban en el Hospital; con algunos enfermos sí se portaron muy incorrectamente, ya que se creía que eran combatientes y que estaban levantados y paseando por allí por las salas y verdaderamente eran enfermos.

Marta: Y una vez que ustedes terminaron, porque otros compañeros nos han dicho que ustedes estaban en el tercer año y terminaban dentro de unos meses, ¿ustedes fueron perseguidas, o se ejerció alguna coacción o algo?

Antonia: Bueno, cada vez que nosotras salíamos nos decían que estábamos perseguidas todas, especialmente las que trabajamos esa madrugada, estábamos perseguidas porque se pensaba que nosotras tuviésemos alguna relación con los revolucionarios, con los combatientes de ese día; entonces, cuando nos llegó la graduación, vimos cierta duda debido a que veníamos para La Habana, y se decía que aquí en La Habana si no hacíamos un examen muy correcto y se sabía de la actuación que habíamos tenido con respecto a los combatientes, era posible que no nos graduaran a ninguna.

Marta: ¿Recuerda algún hecho así, alguna anécdota en particular que demuestre esa actitud de persecución?

Antonia: Sí, a mí me tocó ir a parar al Hospital de Mazorra y a la Escuela de Enfermeras de allí, puesto que todas no cabíamos en el Calixto García, ya que éramos veintidós las que habíamos venido a graduarnos, y siempre los cursos eran de diez enfermeras nada más, y ese año fue que comenzó a aumentarse la matrícula de alumnas; por lo tanto, como éramos más de las que todos los años veníamos, pues todas no pudimos alojarnos en el Calixto, y así nos repartieron; y entre las que fuimos a Mazorra me tocó a mí y allí me sentía mal y cuando terminé de examinarme me fui para la casa de una compañera de curso y allí me enteré que nosotras éramos perseguidas y que en aquel momento había un vigilante del SIM siempre allí en la esquina del edificio, donde nosotras estábamos parando, persiguiendo todos los movimientos de nosotras aquí en La Habana.

Marta: Antonia, y después de todos esos hechos, ¿dónde empezaste a trabajar?

Antonia: Bueno, yo rápidamente, cuando me dieron el título, me fui para Santiago de Cuba y fui a trabajar enseguida, a la semana de haberme graduado; a los 3 meses me casé y vine a vivir para acá para La Habana y desde que comencé a trabajar, trabajé en Maternidad Obrera de La Habana.

Marta: ¿Y te fue fácil empezar a trabajar en Maternidad Obrera?

Antonia: Bueno, me fue fácil porque mi nombramiento fue de suplente en el primer momento, ya que un médico que era amigo de mi esposo me con-

siguió el nombramiento de suplente y al año pude lograr una plaza fija, pero fue comprada.

Marta: ¿Cómo comprada?

Antonia: Sí, porque antes las plazas de enfermeras o de médicos de Maternidad de Marianao se compraban.

Marta: ¿Cómo la pagaste, en cuánto compraste la plaza?

Antonia: A mí me costó la plaza —la enfermera que me la vendió, me la vendió en $700.00; entonces a la persona que me dio los $700.00, yo tuve que pagarle $1,000.00.

Todos los meses, lo que yo cogía de sueldo era para liquidar ese dinero, en 10 meses.

Marta: Ahora, Antonia, ¿en qué departamento estás trabajando?

Antonia: Yo trabajo ahora actualmente en el banco de leche materna de Maternidad de Marianao.

Marta: Antonia, nosotros no queremos ocuparte más tiempo; la información tuya tiene un gran valor histórico, así como la de las otras compañeras. Todo parece indicar que ese curso era un curso muy unido, ¿no es así?, ¿ustedes han seguido en contacto?

Antonia: Cómo no; era un curso que nos llevábamos muy bien y todas eran muy buenas muchachitas, incluso ahora, cuando viene cualquiera de las que están trabajando en el interior, cuando viene a La Habana, trata de comunicarse con nosotras, y las que estamos aquí cuando vamos a Santiago, igual.

Marta: Antonia, y una pregunta que tenía aquí pendiente: tú sabes que en la **Historia me Absolverá,** Fidel se refirió al valor de todas ustedes, de todas las enfermeras en el Hospital "Saturnino Lora" e incluso recordaba que algunas de esas compañeras ayudaron en un momento dado a cargar los fusiles a los compañeros combatientes. ¿Qué sensación causó en ustedes ese reconocimiento de él y qué recuerdas en relación con ese hecho?

Antonia: Hubo muchas de nuestras compañeras que ayudaron mucho a los revolucionarios, pues casi expusieron sus vidas para ayudarlos a todos. Sinceramente, estamos todas muy, pero muy agradecidas de que en la **Historia me Absolverá** se nos haya mencionado, se nos haya recordado el momento aquel en que no titubeamos ni nos echamos hacia atrás, sino siempre hacia adelante.

Marta: Antonia y ¿en qué momento las compañeras de ustedes se dan cuenta de que se trata de una lucha entre combatientes revolucionarios y soldados de la tiranía?, ¿y cuál fue la actitud a partir de ese momento?

Antonia: Poco antes de la llegada del Ejército de Batista, las alumnas que estábamos allí y mucha gente se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. **Sinceramente al principio se estaba actuando sin saber lo que estaba pasando; yo aseguro que si todas las alumnas de enfermeras y algún otro personal hubiesen sabido que se estaba combatiendo contra la tiranía de Batista, se hubiese intensificado más la solidaridad de nosotras con todos ellos, y no se pudo hacer más porque el personal no estaba preparado, no se sabía qué estaba ocurriendo.**

Marta: Antonia, de todos modos la actitud de ustedes se ha registrado en uno de los documentos más grandes de nuestra historia, **La Historia me Absolverá,** y el propio Fidel plantea allí que estaba completamente seguro de que hubiera sido mucho mayor la ayuda del pueblo, si el pueblo se hubiera enterado de que la revolución se había iniciado, de que había comenzado la lucha revolucionaria.

Fue Abel el
que me dijo: "Esto es
la Revolución"

6

(Entrevista a Maruja Palma, enfermera-alumna del "Saturnino Lora" el 26 de julio de 1963).

María Luisa Dionisia Palma, "Maruja".

Marta: Maruja, queremos que usted recuerde todos los hechos del 26 de julio de 1953 en el hospital civil de Santiago de Cuba. Sabemos que fue una de las alumnas que habló con algunos de los combatientes aquella mañana. Díganos lo que recuerde, todos los detalles que le vengan a la mente, por favor.

Maruja: ¿Por dónde empezar?

Marta: Por el principio, o por donde usted desee, tal como recuerde los hechos.

Maruja: Bueno, nosotras estábamos durmiendo, y temprano sonó un disparo que nos alarmó porque no era costumbre en el hospital sentir ninguna clase de ruido. Salí en compañía de la alumna Josefita Lafargue, y nos encontramos con un médico y dos muchachas vestidas con pantalones y pañuelos en la cabeza. El médico nos preguntó si el hospital tenía otra salida, y nosotras le contes-

tamos que sí, por la parte de atrás, pero que daba al Moncada. Fuimos y nos vestimos rápidamente porque empezó el tiroteo intenso; a partir de ahí me quedé en el cuerpo de guardia, que era donde estaban casi todos los revolucionarios que habían permanecido en la entrada del hospital. Pero que en aquel momento nosotras no sabíamos quiénes eran, como estaban vestidos igual que los guardias, no sabíamos. Cuando continuó el tiroteo, comenzaron en ellos las preocupaciones: que no había mucho parque y demás.

Fue ahí que hirieron a un joven que estaba peleando casi a la entrada de la puerta, en la parte de atrás de la columna donde estaba el teléfono. Haydée lo fue a socorrer, y yo la quise ayudar, y ella, parece que para no responsabilizarme a mí de cualquier cosa, no me dejó. Al poco rato, cuando ya hacía bastante, pero bastante rato que estaban peleando, vi a Abel. En ese momento no sabía que era Abel; vino y habló, y una de las frases que recuerdo era que iban a resistir muy poco tiempo, porque al menos por la parte de atrás se estaban acabando las balas; yo vi que cerca de un cantero de flores él guardó una cosa, y luego resultó ser una pistola que estaba descargada porque ya no tenían balas. La parte trágica fue cuando los muchachos tratan de salvar la vida, cuando entró el ejército que cogió al doctor Muñoz y le dio muchos golpes en presencia de todas nosotras y de los enfermos. Yo vi a un muchacho al que le pregunté cómo se llamaba, pero no me dijo su nombre; sino que era natural de Pijirigua, ese pueblecito de Pinar del Río; vi cuando en la parte de atrás del hospital le dieron con una piedra y casi lo mataron. También quise ayudar a un joven que no sé quién es, y casi, casi pudo salvarse, pero parece que hubo alguna delación o algo, y vinieron a buscarlo, y vi cómo le daban culatazos.

Marta: ¿Qué detalles recuerda de ese momento dramático, Maruja?

Maruja: Cuando sacaron a los demás muchachos, vestidos de enfermos, porque cada una de mis compañeras trató de salvarlos, y figúrate, el fenómeno que se formó allí, es una cosa que nosotras no podemos decir con palabras, había que estar allí y ver eso... porque ya han pasado 14 años y nosotras nos emocionamos (llorando) porque aquello fue terrible, terrible...

Marta: Maruja, aunque sabemos que usted tiene que hacer un gran esfuerzo, que verdaderamente es duro, queremos que describa para la historia el momento en que trata de salvar a aquel revolucionario y a otros de aquellos que vio.

Maruja: Bueno, a mí me llamó la atención porque ese muchacho era tranquilo y tan joven, no se apartaba del doctor Muñoz, en el momento en que lo vi, estaba desarmado. Era de estatura regular, pelo rubio o castaño claro, pelado un poco corto y los ojos muy claros, como verdes, no recuerdo bien si azules o verdes, lo que sí se veía que era un rostro muy dulce. Cuando se formó el lío que detuvieron al doctor Muñoz, yo cogí por la mano al muchacho y lo llevé a esa sala y le dije que se quitara la ropa, que escondí; luego lo acosté en una cama de allí de la sala de Urología y todos los enfermos lo vieron, pero nadie dijo nada, unos se viraron de un lado y otros se taparon la cabeza y cuando los guardias pasaron no lo descubrieron y no se lo llevaron. Los guardias entraron dos veces y salieron dos veces. Yo me dije, ahora el problema es sacar al muchacho del hospital porque creo que ya se salvó, pero después al poquito rato, volvieron y fueron derechito, derechito, a la cama donde él estaba y se lo llevaron; y yo vi cuando lo sacaron y le daban con la culata e inclusive le dijeron: "Si tú corres, te salvas", entonces le grité: "¡No corras que te van a tirar por atrás!", pensando que si no corría no lo asesinarían, como lo hicieron luego, sino que lo detendrían y que eso había pasado, pues que no le iban a hacer nada; yo sinceramente no he visto la fotografía de ese muchacho, no la he visto.

Marta: ¿A tu juicio qué edad tenía él?

Maruja: No pasaba de 23 ó 24 años.

Marta: ¿Y la primera vez que lo viste, en qué lugar estaba, en qué parte del hospital?

Maruja: El estaba en el cuarto número 8, con el doctor Muñoz, allí lo vi. En ningún momento se separó del doctor Muñoz.

(Con posterioridad a esta entrevista mostramos a Maruja un grupo de fotografías de los combatientes del Moncada, impresas en el libro "Mártires del Moncada" y ella identificó al joven combatiente como Julio Máximo Reyes Cairo, de Colón, que se incorporó al Movimiento a través del doctor Mario Muñoz y viajó con él a Santiago de Cuba. También logramos un encuentro de la enfermera con la compañera Melba Hernández, combatiente del hospital civil y se confirmó la identidad del mártir, precisando Melba que Reyes Cairo fue retirado del combate después que sufrió una lesión leve en el rostro a consecuencia de la rotura de un cristal de la ventana del cuerpo de guardia. "El rostro se le salpicó de sangre y Julito se puso

un poco nervioso, los compañeros le pedimos que le prestara su arma a Julio Trigo, que en aquel momento no tenía ninguna y estaba ansioso por combatir —relata Melba y confirma: él era así como lo describe Maruja, tenía los ojos verdes y un rostro muy dulce".)

Marta: Maruja, quisiera que usted nos relatara algo en relación con los revolucionarios que combatían en el fondo del hospital, por la parte de la lavandería.

Maruja: No, no, yo en la parte de atrás no estuve, para la parte de la lavandería no fui; yo estaba en la parte de alante por la puerta. Vi cuando entró... vaya, luego nosotros supimos que era Julio Trigo, vi cuando él entró, cuando sus compañeros le dieron el alto; cuando cayó herido un policía que murió, que tenía una ametralladora, que si ese policía hubiera llegado a tirar, nos hubiera matado a todos nosotros. Fue él, Trigo, el que cogió la ametralladora del policía, eso lo vi, lo vi tirar. Los revolucionarios tenían unas armas muy malas, inclusive ellos tenían unos rifles que... ¡ah!, recuerdo que ese con el que conversé me dijo que era de Pijirigua y que no me podía decir nada más, ese **era el que tenía un fusil al que yo le metía las balitas y se lo tiraba y entonces él me lo tiraba de nuevo para donde yo estaba, le volvía a meter las balitas y se lo volvía a tirar, esas eran las armas que ellos tenían de ese tipo, no sé la marca.**

Marta: Unas compañeras suyas me dijeron que usted tuvo la oportunidad de hablar, siquiera poco tiempo, pero que del grupo de alumnas fue la que logró hablar con Abel Santamaría. ¿Recuerda alguna frase de las que él le dijo?

Maruja: Bueno, yo le pregunté, porque me pareció que él era el jefe allí, ya que venía y ordenaba y decía las cosas... yo le pregunté quiénes eran ellos, que si era un golpe de estado que le habían dado a Batista, que cómo andaban vestidos igual que el ejército y con grados y demás, pues entonces uno no sabía, y él, Abel Santamaría me dijo: **"Esto es la Revolución"**, él fue el que me dijo eso y viró la espalda, entonces lo vi que se agachó al lado de una mata y dejó una cosa y luego me dijeron que había sido una pistola descargada.

Marta: Otras compañeras creen haberla visto conversar allí en el cuarto número 8 con algunos combatientes, sentada usted en el suelo con ellos, ¿usted recuerda algo?

Maruja: Bueno, sí, yo lo recuerdo casi todo, lo que pasa es que las cosas se me aglomeran en la mente.

Yo quería saber lo que ellos estaban haciendo, qué habían venido a hacer al hospital; nosotras no sabíamos que en el cuartel se estuviera peleando, porque ellos no decían nada, hablaban muy poco; exactamente las palabras no las recuerdo. Estando nosotras allí en el cuarto número ocho hirieron a uno en la cabeza, que después nos enteramos que lo habían sacado del hospital y lo habían matado al igual que a los otros heridos. Yo recuerdo al de una herida a sedal en el vientre y a otro del tiro en la cabeza, porque el doctor Chamat lo iba a operar, inclusive se le preparó el salón, pero no dio tiempo de llevarlo al salón, lo sacaron antes.

Marta: Maruja, hay una anécdota que las compañeras atribuyen a usted en relación con un combatiente al que usted le preguntaba qué ocurría; cuentan que él tenía una sortija y que él le contestó: "Después te diré, si esto triunfa". ¿Usted se acuerda?

Maruja: Sí, ese era el joven que yo le conté que traté de salvar, él tenía una sortija y me la iba a dar a mí; me dijo que me la cogiera de recuerdo, que a lo mejor eso me serviría para identificarlo después. En ese momento llegó una enfermera que estuvo siempre allí en todos los momentos, inclusive yo la veía en "cuatro pies" por los corredores corriendo por donde estaban los muchachos, pero ella se suicidó o murió quemada. Ella fue la que se quedó con la sortija de ese muchacho y con varias cosas de ellos que hubieran servido para identificarlos ahora. Yo te digo que ellos no hablaban, yo les pregunté mucho: cómo se llamaban, que qué era aquello, y no hablaban, ninguno me decía nada, sólo Abel, lo que le dije.

Marta: ¿Esa enfermera a la que usted se refiere era la que hacía la guardia de recorrido?

Maruja: Yo no recuerdo si esa noche era ella la que estaba de guardia de recorrido, lo que sí recuerdo es que era de apellido Valiente. Que era muy gruesa, ella conversó con los muchachos. Recuerdo que una vez, le dije a los muchachos, refiriéndome a un balón de oxígeno que estaba allí: "ustedes ven, nosotros estamos aquí y podemos reventarnos todos porque hay este balón de oxígeno y si viene una bala calibre 50 —que estaban pasando la pared—, no vamos a quedar uno solo aquí", entonces entre dos o tres me ayudaron a acostar ese balón, y me senté sobre el balón, era allí donde yo le cargaba el fusil al muchacho ese que me dijo que era de Pijirigua y se lo tiraba porque él estaba en el vestíbulo, casi en la puerta del hospital.

Marta: ¿El balón de oxígeno estaba en el cuerpo de guardia?

Maruja: En el cuerpo de guardia, en el vestíbulo no había quien estuviera, si frente por frente estaban las ametralladoras emplazadas, creo que calibre 50. Yo las vi porque cuando hirieron al muchacho ese por el vientre, que yo vi que él se dobló, dije: "a ese le han dado tremenda herida", entonces fui por el pasillo, agachada, y lo traté de halar y él me puso la mano en el hombro, entonces lo trajimos para el cuerpo de guardia que era donde se podía estar malamente porque lo que entraba por allí era terrible, lo que venía de afuera.

Marta: Trate de describir con el mayor lujo de detalles posible, otros hechos que usted vivió aquella mañana en el hospital, primero en la entrada y después en el momento en que se llevan a los combatientes.

Maruja: Bueno, allí en la entrada había unos cuantos, no eran muchos; creo que la cantidad más grande estaba atrás, frente al Moncada. Delante había pocos, recuerdo que estaban Haydée y Melba con ellos, en ningún momento yo las perdí de vista, hasta el momento en que empezaron a llegar los soldados o un rato antes, cuando cesó el fuego.

Hubo un muchacho, al que le dieron un tiro en el vientre, pero fue lo que le expresé ahorita; la herida no era de peligro; lo recuerdo, no era bajito, pero tampoco muy alto, tenía estatura mediana, y la cara, vaya, las facciones, bastante finas y el muchacho era delgado, eso sí lo recuerdo bien.

(La descripción anterior corresponde al combatiente Gerardo Antonio Alvarez Alvarez, uno de los tres héroes que peleaban en la puerta principal; los otros eran Tomás Alvarez Breto, que por las señas, según recuerda Melba, era a quien Maruja cargaba la escopeta, y Horacio Matheu. En esa misma posición, es decir, en la zona del frente interior del hospital, también combatieron Julio Reyes Cairo, Raúl Gómez García y Julio Trigo. Haydée Santamaría, Melba Hernández y el doctor Mario Muñoz Monroig permanecieron casi todo el tiempo en esa área del hospital).

Y después, allá delante recuerdo —prosigue Maruja— el problema ese, que fue un momento de mucha tensión porque es la entrada de un policía. Al poco rato de comenzar el combate quiso entrar ese policía. (Era el sargento Luis Oliva).

En un diálogo actual con Melba Hernández ella confirma: "Sí, se llamaba Oliva, él, empuñando una ametralladora, avanzó cuatro o cinco pasos dentro del vestíbulo del hospital; fue el único que se atrevió a acercarse. Oliva cae mortalmente herido, al caer rueda la ametralladora, Julito Trigo, desesperado por un arma la toma".

Maruja: Había otro del ejército muerto allí a la entrada del hospital, inclusive se le iba a socorrer, Haydée quiso ir y entonces recuerdo que le dije que para qué iba a ir a recogerlo, que se veía a las claras que estaba muerto porque se había desangrado, con la cantidad de sangre que echó allí no podía vivir.

Marta: Maruja, y el instante en que agrupan a los detenidos, a los combatientes...

Maruja: Cuando yo estaba allí vinieron y avisaron que ya no había balas, que ya no se podía resistir más, que aquello estaba perdido, entonces vi... cuando el ejército empezó a entrar, venían descalzos y sin camisa, bueno aquello parecía una horda de bárbaros lo que entró allí. Yo en los momentos anteriores no tenía miedo, cuando vi entrar a esa gente fue cuando sentí verdadero temor, pero yo nunca, nunca pensé que ellos iban a hacer lo que hicieron después, nunca, nunca; entonces vi cuando cada muchacho trató de buscar un lugar seguro y trató de meterse por aquí y por allá. Fue cuando casi todas las alumnas salieron a ayudarlos; la cantidad más grande fue la que se llevaron para la sala de ojos; en ningún momento anduve por allí; siempre estaba para acá.... Fue el momento en que traté de salvar al muchacho, y hubiera dado cualquier cosa porque se hubiera salvado.

Vi cuando al doctor Muñoz lo sacaron, primero que a ellos; estaba parada en el pasillo cuando se lo llevaron; fue en el instante que cogí por la mano al muchacho y me lo llevé; él vio cuando se llevaban a Muñoz, y eso, figúrate, lo emocionó de una forma que inclusive tenía los ojos llenos de lágrimas. Cuando me lo llevé él se metió en el baño de la sala, se cambió de ropa y se acostó. Después vi cuando lo sacaron a él, era una cosa terrible, me parecía una película, es que cogían a uno por aquí, a otro por allá... Los pararon a todos a la entrada del hospital, con sus uniformes de enfermos, también a ese mismo muchacho que le dieron culatazos allí, eso fue lo más grande... allí, delante de mí (llora), la forma en que él me miraba cuando se lo llevaron, aquello fue terrible, y las descargas, como a las tres de la tarde, se sentían de ahí, del Moncada. Inclusive aquella mañana se llevaron enfermos equivocados, muchachos jóvenes, enfermos, se los llevaban; el doctor Machirán tuvo que ir a sacarlos. Después fue que empezó el problema de nosotras.

Marta: Maruja, ahora que te refieres a ese aspecto, dinos qué actitud asumió la tiranía hacia ustedes en las horas subsiguientes, y en los días sucesivos.

Maruja: Ellos sabían bien que las alumnas habíamos ayudado, sobre todo las de mi año que estábamos afuera. Por eso trataron de tomar varias represalias, nos quisieron obligar a irnos al Moncada con ellos, a mí fue a una de las que quisieron llevarse; la actitud de todas las compañeras hizo que me dejaran porque nosotras nos metimos en el cuarto, al lado de donde fue el juicio de Fidel, ahí nos metimos. Si me llevaban a mí, había que llevarse a todo el mundo, decían mis compañeras. Luego vinieron cuando el problema del juicio para tratar de coaccionarnos, para que dijéramos cosas que no eran verdad; nosotras no nos prestamos a eso, todas dijimos que no, que no y que no. Hubo una compañera que tenía un carácter diferente a nosotras, un carácter dulce, vaya, un carácter así... parece que ellos creyeron que podían hacer que ella dijera lo que no era, pero fallaron porque nosotras siempre le decíamos: "Camelia, acuérdate como tú tienes que portarte, hay que decir toda la verdad y las cosas que se vieron", y esa muchachita no dijo lo que ellos querían que dijera. Además, no nos querían mandar a graduar, dijeron que no, que nosotras no nos íbamos a graduar, y una serie de amenazas. Entonces cuando vinimos aquí, a La Habana, a graduarnos, porque protestamos y nos tuvieron que mandar a graduar, me vigilaban; tal fue así que tuve que irme del hospital Curie, y eso fue mucho tiempo después, y fueron a mi casa y me llevaron dos o tres veces por eso mismo, por el problema del veintiséis de julio.

Marta: Nosotros tenemos entendido que en una oportunidad Chaviano la mandó a buscar a usted, por la madrugada.

Maruja: El vino personalmente a buscarme y entonces yo le dije que no, que no me iba, que yo no iba, y que yo no iba y que me matara ahí, pero que yo al cuartel, si era verdad que no iba a ir. Las compañeras mías se agruparon conmigo y dijeron que si me llevaban a mí, había que llevárselas a todas y que había que cargar allí con todo el mundo. Recuerdo que había una enfermera graduada que se unió al grupo de nosotras y dijo: "si se llevan a Maruja yo también voy con ustedes", fue la señorita Rosina Santiesteban. Nosotras estuvimos dos o tres días metidas en ese cuarto de la escuela, sin salir, estábamos acuarteladas, no salíamos para nada; no nos movíamos y ella era la única que estaba con nosotras las alumnas en todo momento, ella vino y se metió en el cuarto y de allí no salió hasta que ya se pensó que había pasado el peligro, porque a tantos días creíamos que no nos iban a hacer nada.

Marta: Maruja, por favor, siga relatando otras cosas que recuerde en relación con esos hechos.

Maruja: Cuando Chaviano vino ese día a buscarme, después que se fue, es que nos dimos cuenta de que lo que él quería era buscar testigos del hospital a favor de ellos, para que dijéramos lo que ellos querían. Yo les dije a mis compañeras que quería ir al juicio porque cuando fuera al juicio, aunque ellos me mataran a tiros allí, iba a decir todas las cosas que vi, vaya... la cantidad de muchachos que se llevaron vivos, que después aparecieron muertos, que yo creo que a esos los deben haber matado en el Moncada; porque yo le digo que a esa hora como a las tres de la tarde, sonó un tiroteo que parecía que era el tiroteo de por la mañana. Siempre, durante esos años, no ahora, sino en la época de la tiranía, hablé con mis compañeras sobre esto y deseé haber dicho todo lo que pasó en el hospital, porque era una cosa tan grande que tenía por dentro, que aquello era horrible. Cuando empezaron a salir los muchachos de la cárcel, traté de encontrarme con alguno.

Ya te digo, esto era una cosa dura, ya hace 14 años y según tú, que has visto a mis demás compañeras, todas se han emocionado mucho, mira como yo me puse, porque verdaderamente fue una cosa terrible y el que vio eso nunca en la vida se le olvida. Allí dentro no mataron a nadie, todos salieron vivos y después aparecieron muertos. En el "Saturnino Lora", adentro, a nadie mataron porque yo me pasé todo el tiempo en el cuerpo de guardia, a la entrada, y allí no le pasó nada a nadie, salvo los heridos que dije.

Marta: Eso era lo que la tiranía temía que ustedes dijeran en el juicio y por eso no las citaron. Está clara esta situación y Fidel lo plantea en **La Historia me Absolverá**, recordarás que él decía que aun cuando ustedes estaban allí en el Hospital no las llevaban al juicio a declarar como testigos. (1).

Maruja: Sí, cómo no, recuerdo perfectamente cuando trajeron a Fidel que estaba en el pasillo del hospital, el pasillo estaba lleno, la gente asomada a las puertas de los cuartos; yo vi cuando él venía, y nosotras no podíamos estar allí. Me encontraba dentro de la escuela, me acosté en el suelo junto a la puerta de la oficina que era donde estaba Fidel y en la primera habitación de nosotras —que fue donde nos metimos el día que me quería llevar Chaviano— ahí oímos la defensa de él, que fue después cuando te vi a ti.

Marta: Quisiera que ahora me contara algo del grupo de alumnas de aquel año, ¿cómo estudiaban, cómo eran?

Maruja: Nosotras fuimos un grupo que ingresamos todas junticas en la escuela de enfermeras del "Saturnino Lora". Estudiábamos y trabajábamos en unas condiciones muy malas, en el hospital civil, entonces había tres enfermeras graduadas nada más; así que nosotras teníamos que aprender lo que nos enseñaban las otras compañeras, que estaban en años superiores a nosotras, en el momento de nuestro ingreso. Cuando nos tocaba la guardia de noche, desde las 7 de la noche hasta las 7 de la mañana, teníamos que ir de ahí a las clases y cuando el grupo que estaba afuera tenía que tomar sus clases a la 1 de la tarde, las que trabajábamos la noche anterior debíamos ir a reemplazarlas. En el pasillo de la escuela, que tenía como una cuadra de largo, no había ni un sillón, no había nada y como entraba mucho aire por la noche, había mucho frío; teníamos que ponernos las colchas por la cabeza y sentarnos en el suelo a estudiar ahí, porque nosotras no teníamos sillones para sentarnos más que en el pequeño recibidor sola y exclusivamente.

Nosotras éramos como hermanas, yo nunca oí en el grupo una discusión, ni vi un problema; a la que le hacía falta un vestido, y la otra lo tenía, se lo daba y compartíamos las cosas que traíamos de la casa para comer. Eramos un grupo tan unido que me salvé del mal rato que iba a pasar cuando lo de Chaviano, por la unión de todas nosotras. A nosotras, nombrarnos el Moncada o Chaviano, era morirnos, era tanta la unión que hoy nos vemos y seguimos siendo como hermanas, hay muchas que no nos hemos visto más, otras sí y si algo yo quisiera en la vida es volvernos a reunir todas las compañeras, yo creo que eso es un poco difícil porque la mayoría tiene obligaciones en su trabajo, otras están lejos, en distintos lugares.

Marta: ¿De dónde es usted, Maruja?

Maruja: Yo nací en Gibara, pero me crié en Santiago de Cuba.

Marta: ¿Y usted tiene niños?, porque yo veo aquí en su casa unas fotografías de niños.

Maruja: Sí, tengo dos, una hembra que tiene 17 años y un varón que tiene 15, están estudiando, el varón, becado en el preuniversitario, premédica "Julio Antonio Mella" porque él va a ser médico, digo que va a serlo, porque tengo la seguridad que va a ser médico; y mi hija está en el instituto del Vedado, estudiando el segundo año de preuniversitario.

Marta: Esa es la Revolución de que le habló Abel.
Maruja: Eso mismo creo yo, la Revolución de que hablaba Abel, eso lo estamos viendo aquí cada día, si volviera él a vivir cinco minutos yo creo que él moriría satisfecho de ver lo que él y sus compañeros comenzaron.

(1) "Faltaron por ejemplo, todas las enfermeras del hospital civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión; no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos 20 hombres vivos, además del doctor Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonios muy peligrosos". Fidel: La Historia me Absolverá).

Los testimonios de un enfermo, una acompañante y dos empleados

7

"SALIO AL TELEFONO UNA PERSONA QUE NO ERA LA ENFERMERA NI LA EMPLEADA", relata **Miló.**

(Entrevista a Emilia Jiménez —conocida por Miló—, empleada del "Saturnino Lora", en 1953).

Marta: Cuando se escucharon los primeros disparos, ¿usted estaba en el hospital o en su casa?

Miló: Estaba en mi casa, yo pensaba que eran voladores por el asunto de los carnavales, salí de mi casa y me encaminé al hospital cerca de las seis de la mañana, pero me dijeron que era un asalto al cuartel y que no podía seguir, y entonces me decidí a llamar por teléfono al hospital, y la persona que atendió mi llamada me comunicó que no fuera a trabajar ese día; pero, la que hablaba no era ni enfermera ni la empleada ni nadie conocido. Después supe que la que me había salido al teléfono era Haydée Santamaría o Melba; dijo: "No venga a trabajar...", y yo volvía a comunicar y me repetían lo mismo.

Marta: ¿Cuándo pudo entrar al hospital?

Miló: Al día siguiente; cuando llegué, los enfermos de la sala de ojos, que era donde yo trabajaba,

me contaron que los revolucionarios habían estado allí y se cambiaron de ropa, y metieron los uniformes en los refrigeradores.

Marta: ¿Qué otra cosa recuerda?

Miló: Lo que no se me puede olvidar es esa voz del teléfono que me preguntaba: "¿Y usted, es empleada de aquí?" Yo le decía: "Sí, soy empleada y quiero ir a trabajar", y me contestaba: "No venga ahora, no se puede venir al trabajo".

Pregunté si ya estaba tranquilo todo, porque no sentía muchos tiros, y también preguntaba por la señorita de la sala y me contestó: "Sí, está tranquilo, pero no puede venir ahora; la señorita de la sala está muy ocupada, no puede venir al teléfono en estos momentos".

Marta: ¿Cómo se desenvolvieron las cosas después?

Miló: No dejaban entrar ni salir del hospital, y lo registraron todo. Luego, cuando se acercaron unas elecciones, el capitán Porro me dijo que quería que le buscara cédulas; yo le dije que no era de Santiago y que no podía dárselas y él me contestó que si no las tenía que las buscara debajo de la tierra, que me daba tres días para que las consiguiera; "...le doy tres días de permiso para que busque las cédulas". No era a mí sola.

Marta: ¿En qué departamento usted trabaja ahora en el hospital?

Miló: En el de esterilización central.

Marta: ¿Cómo usted se llama?, ¿por qué todos le dicen Miló?

Miló: Me llamo Emilia Jiménez, tengo 56 años de edad.

● Los veteranos le contaron sobre la bravura de las mujeres

(Entrevista a Isabel Moré, empleada de la sala de veteranos del "Saturnino Lora", en 1953).

Marta: Isabel, ¿a qué hora usted debió haber entrado a trabajar en el hospital el 26 de julio de 1953?

Isabel: A eso de las seis y media de la mañana, pero como a las cinco y media escuché los disparos. Creía que era por la fiesta de Santa Ana, pero un ratico después puse el radio de La Habana, la RHC Cadena Azul, y oí que decían que habían asaltado el cuartel; pero salí para el trabajo. Ahora bien, a medida que me acerco al hospital oigo los disparos más cerca y no pude seguir, me quedé cerca de allí en casa de unas amistades y después regresé a mi casa.

Marta: ¿Entró al día siguiente al hospital?

Isabel: Sí, entré; estaban los guardias todavía allí. Fui para mi sala, que era la de veteranos, y allí enseguida me contaron todo lo que había pasado; lo primero que me dijeron fue que dos mujeres que estaban con los revolucionarios, que después supimos que se llamaban Haydée y Melba, dijeron en el hospital: "Parece que ésta no es la tierra de los Maceo, o que los hombres de aquí no son como los Maceo... aquí no hay hombres...", eso me contaron los veteranos.

(La anécdota de los veteranos narrada por Isabel tiene la distorsión natural que origina el tiempo. En realidad, lo que ocurrió nos ha sido descrito por Haydée y Melba de la siguiente manera: en el momento en que cae herido en el propio hospital uno de sus compañeros, ellas reclaman un médico para que le preste atención inmediata. A unos pasos de ellas se encuentra el Dr. Mauricio León Orúe, médico de guardia aquella madrugada, pero éste se niega rotundamente a asistir al herido en el lugar en que cayó, alegando peligro para su vida, y dice que se lo lleven donde está él. Su actitud las indigna, y Haydée, apretándolo por el brazo, le dice:

"Si Martí y Maceo hubieran tenido que contar con hombres como usted para liberar a Cuba, jamás lo hubieran logrado; parece mentira que sea hijo de la tierra de los Maceo, es una vergüenza". Melba lo increpó en el mismo sentido: "¿Qué pasa, pero en la tierra de los Maceo no hay hombres?", le dijo, y una de las alumnas-enfermeras que se percata de la situación avanza a ayudarlas. Una actitud semejante la observan también en el propio médico, cuando cae herido el teniente del ejército de apellido Fereaud, al que Haydée trata de arrastrar hacia el interior del hospital para que se le atienda. Es a esa anécdota a la que los testigos del hospital se refieren en distintas ocasiones, sobre todo los que provienen de la sala de veteranos, que fue donde parece que más se comentó).

Isabel: Y los veteranos me decían: "¡Tienen un valor esas muchachas, una bravura igual que los hombres!" También supe por los veteranos que los guardias se iban a llevar a un muchacho que se había escondido allí; pero uno de los viejos lo apadrinó y se lo quitó de las manos a los guardias.

Marta: ¿Cómo se llamaba ese veterano?

Isabel: Tomás se llamaba. Creo que vivía en Santiago, por vuelta de San Pedrito, por ahí abajo... (No cabe duda que se trata de Tomás Sánchez, el que salvó al combatiente Pez Ferro).

Isabel: Ah, le iba a decir que recuerdo que después me encontraba limpiando, y me siento un ratico, cuando veo un rifle detrás de un banco de carpintería, y por la lavandería un pañuelo ensangrentado. Y también recuerdo que un veterano me dijo que había hablado con ese doctor que fue al hospital, al que le llaman Muñoz, y que el veterano le aconsejó que se fuera y le dijo cómo se podía ir, pero el doctor le contestó que no, que él no se iba porque estaba cumpliendo un deber.

● "Había un revolucionario que se llamaba igual que yo, Abelardo Crespo

(Entrevista al enfermo Abelardo Crespo, paciente de la sala de ojos el 26 de julio de 1953).

Abelardo: A las cinco de la mañana yo estaba en el baño, y unos minutos después sentimos disparos, y decían los demás enfermos: "Esos son cohetes de los carnavales", pero a mí me parecían tiros, y lo vine a comprobar por dos cosas: primero, porque ahí en la sala había un compañero que peleó en la guerra de España y él decía: "...Son balas de escopeta, de pistola, de ametralladora..." y segundo, porque mi cama estaba en una posición que la ventana quedaba en dirección del Moncada, y yo en esa fecha todavía veía un poco. Entonces —no pasó casi ningún tiempo—, vimos que por el pasillo unos rebeldes (fue después que nos enteramos que eran rebeldes, porque estaban vestidos igual que los guardias de entonces, de amarillo) corrían para atrás y hacia los lados.

Marta: ¿Dónde se protegieron ustedes?

Abelardo: Nos tiramos en el suelo; cuando pasaba la señorita por la sala decía que nos acostáramos en el suelo. Pero cuando se terminó todo, que cesó el tiroteo, entonces yo vi, recuerdo así que pasó un individuo que dijeron que era policía, pero vestido de enfermo y luego, después, entró el piquete armado y se fijaba en la hoja de la temperatura que cada enfermo tenía en el pie de la cama, y decían los guardias: "...Este, éste, aquél..." y los iban levantando, aunque los revolucionarios se habían puesto ropa de enfermos y estaban con apósitos y mercurocromo. Había uno de ellos que no se vistió de enfermo, andaba con ropa de civil, creo que de color beige, me parece, yo no veía bien, estaba operado; ese yo creía que era Almeida, porque era un pardo así como él, más o menos.

Marta: No pudo haber sido Almeida porque a todos los que detuvieron en el hospital los asesinaron en el Moncada, y Almeida fue detenido unos días después. Quizás, por las señas que usted ofrece, pensamos que pudo haber sido el mártir Osvaldo Socarrás, que según las fotos tiene un parecido a la persona que usted describe.

Abelardo: Era alto, pero no mucho, más bien mediano, y pardo, más claro que yo, bastante más; yo digo que pensé que podía ser Almeida por el tipo, pero por lo que usted explica se ve que no era él; yo no los conocía.

Marta: Sí, es lógico.

Abelardo: Luego llevaron al hospital a un herido de los revolucionarios que se llama igual que yo, **Abelardo Crespo,** e incluso unas cartas que le llegaban de su novia que estaba en La Habana, o fuera de Santiago, me las entregaban a mí; yo se las di a los "Leones", que eran los que tenían apadrinada esta sala; se las di, recuerdo, al doctor Ruiz Velazco y a Esperanza Bravo de Ruiz Velazco, que venían por aquí siempre.

(La familia Ruiz-Bravo a partir de esa fecha prestó valiosos servicios a la Revolución, sobre todo en la lucha clandestina; varios de sus hijos fueron combatientes en la ciudad o en la Sierra, y hoy son militantes revolucionarios activos; uno de ellos alcanzó el grado de comandante del Ejército Rebelde en las campañas serranas).

Marta: ¿Qué otros detalles usted recuerda?

Abelardo: Por ejemplo que a esa sala entraron las compañeras Haydée y Melba Hernández, y que cuando una alumna de enfermera que estaba allí iba a hablar por teléfono para la calle, Haydée no la dejó, le dijo que no se podía, con un revólver en la mano, pero después hablaron ellas, conversaron (no por teléfono) y ayudaron allí en la sala; parece que era como una medida de seguridad para que no viniera nadie.

Marta: ¿Recuerda qué alumna era?

Abelardo: Ahí a la sala iba la señorita Camelia, pero me parece que no era ella; también estuvo allí una mulatica y otra que se llamaba Violeta.

● Estas manos que usted ve aquí le dieron de beber al doctor Muñoz su último traguito de agua

(Entrevista a Isabel Mafobrio Prato, acompañante de la enferma Enriqueta Antúnez, recluida en la sala de pensionistas).

Marta: Señora, como usted y su otra hija estaban tan alertas por la situación de Isabel, recién operada, seguramente recordarán muchas cosas de las que ocurrieron en la sección de pensionistas. Quisiéramos que nos relataran esas incidencias; todo lo que vieron esa mañana del 26 de julio en el hospital.

Isabel: Yo me acuerdo del doctor Muñoz, pobrecito, lo tengo en mi mente, mire: **¡estas manos que usted ve aquí, mis manos, fueron las que le dieron el último traguito de agua que tomó el doctor Muñoz!** (llora y repite) "¡Pobrecito, lo tengo en mi mente, esta mano le dio a beber su último traguito de agua!"

Marta: ¿Puede narrar los detalles desde los primeros momentos? Si usted se siente mal, podríamos dejarlo para otra oportunidad...

Isabel: Es que recuerdo tanto al doctor Muñoz, era tan simpático... Yo le voy a decir: nosotras localizamos al médico que atendía a mi hija recién operada del cerebro, para que le mandara unas inyecciones que la calmaran, y él se las mandó; la pobrecita se durmió profundamente, así que me alegro porque no sintió nada de lo que sucedió; pero nosotras estábamos muy alertas. En el momento que él pasaba lo vimos, y le dijimos: **"¡Doctor, entre, entre, pase, pase...!"** Esta hija mía y yo se lo dijimos. Y él entró al cuarto que teníamos nosotras en pensionistas, y me dijo: "Señora, déme un poquito de agua". Y le dije: "Cómo no, doctor, pero anoche no me trajeron agua filtrada y la que tengo es esta de la pluma, no tengo agua filtrada". El me contestó: "No importa"; entonces tomé un vasito de esos de coca cola y se lo ofrecí lleno de agua, y lo que lamento en el alma es no haber guardado ese vasito de recuerdo, lo lamento en el alma.

¡Pobrecito, lo tengo en mi retina, lo tengo en mi retina! Entonces, como a las ocho y pico de la mañana, se lo llevan, se lo llevan delante de nuestros ojos... (llora). Después de eso, nosotras tratamos de salir del hospital, y antes de las setenta y dos horas yo saqué a mi hija. Yo sufrí eso intensamente.

Marta: ¿Y ustedes vieron a algunos de los otros revolucionarios?

Isabel: No; no los vimos, nosotras estábamos muy nerviosas atendiendo a mi hija, que si se despertaba era un problema, pero con tan buena suerte que no sintió nada.

La otra hija: Estábamos amparando a mi hermana, porque las balas que venían del cuartel rompían la pared de la habitación.

Isabel: Yo le decía al doctor Muñoz: "No salga de aquí, que las balas están entrando, quédese aquí con nosotras", y luego, cuando cesaron los tiros, se lo dijimos, pero...

La otra hija: El me dijo a mí: "No, yo me debo a mis pacientes, me debo a mis pacientes", y salió. Y yo quería salir y ver, pero no me lo permitieron porque era intenso el tiroteo.

Isabel: Yo el orgullo que tengo, es que estas manos que usted ve aquí fueron las que le dieron su último traguito de agua al doctor Muñoz, eso lo llevo aquí dentro, muy dentro.

Marta: En el libro del hospital aparece su nombre como acompañante de la enferma Enriqueta Antúnez, y al margen una nota que dice: "nacionalidad argentina".

Isabel: Yo soy argentina.

Marta: De la tierra de Che.

Isabel: Sí, de la tierra de Che Guevara. Yo soy argentina, pero mi esposo era cubano, y mis hijos nacieron en Cuba, mi nombre es Isabel Mafobrio Prato.

Trataron de "orientarla"
sobre lo que
tenía que declarar...

8

Marta: Camelia, ¿esa madrugada usted estaba de guardia?

Camelia Rodríguez: Sí, yo estaba trabajando en la sala de niños. Yo estaba frente al patio central que tiene el hospital, estaba frente a una ventana de tela metálica cuando vi pasar los militares, parecían militares de antes, hasta que comencé a escuchar el tiroteo. Como esa sala estaba al final del hospital, el tiroteo asustó tanto a los niños como a mí, así que me daba a la tarea de cuidar a los niños; llevé a los más grandes a un cuarto al final de la sala y a los chiquitos los dejé en la cuna. Así estuve hasta que a mi puerta tocaron dos mujeres, la puerta era de tela metálica, tenía un pestillito alto para que los niños no pudieran abrirla. Abrí la puerta y conversé con ellas, y me dijeron más o menos en lo que andaban y que querían resguardarse. Había unos biberones sobre la mesa, que yo estaba preparando; entonces ellas me preguntaron, ¿de quiénes son esos biberones?, y me ayudaron en ese momento en el problema de darles la leche a los niños.

Marta: ¿Y ellas se identificaron?, ¿le dijeron quiénes eran?

Camelia: Me dijeron que estaban en una Revolución, yo las había visto antes pasar de un lado para otro, pero fue ya al final cuando surgió esta conversación que le digo.

Marta: ¿Y ellas se cambiaron de ropa o se quedaron como estaban?

Camelia: Se mantuvieron como estaban, con la misma ropa, eso fue lo que las hizo más visibles; porque las madres de aquella época no andaban con slacks; cuando entraron buscándolas las conocieron, y de ahí se las llevaron.

Marta: ¿Ellas tomaron en la mano biberones o cargaron niños durante el tiempo que permanecieron en su sala?

Camelia: Sí, ellas fueron a las cunitas de los niños que quedaban, porque como le dijo ya, los grandes estaban en un cuarto rezagado.

Marta: ¿No se acuerda más o menos cerca de qué cunas estaban, qué hicieron?

Camelia: Ellas se quedaron ahí junto a las cunas y me ayudaron con los biberones. Los biberones estaban a la izquierda sobre un buró que había a la entrada de la sala, en esa posición. Pero yo las recuerdo a ellas paradas a la derecha.

Marta: Yo le pregunto todos estos pequeños detalles porque como de esas escenas no existen fotografías, en un futuro algún dibujante podría lograr un cuadro representativo de ese momento histórico, así como de otros que se produjeron ese día.

Camelia: Recuerdo que el total de los niños era grande en aquella época, eran alrededor de cincuenta y ese día no fue la empleada de la sala porque era día de carnaval. A los niños mayores los llevé a una habitación aislada que era usada para los casos infecciosos, pero no había ninguno en aquel momento.

Marta: Camelia, ¿y qué ocurrió después que se llevaron a Melba y a Haydée de su sala?

Camelia: Me quedé con los niños todo el día y la noche porque no vino relevo y no había cocineros en el hospital, ¡figúrese!

Marta: ¿Y cuál fue la actitud del supervisor militar hacia usted? Nosotros tenemos información de que fue bastante violenta.

Camelia: Más tarde, cuando viene el momento de declarar, porque se aproximaba el juicio, es cuando el capitán Porro trata de "orientar" a uno en lo que debía decir en el juicio. Yo me quedaba callada cuando él hablaba y comprendió que yo no estaba de acuerdo con lo que él decía. Me prometió villas y castillas, "yo le daré, yo le haré..."

Yo desde chiquita había sido cristiana, me eduqué en un hogar evangélico, que siempre a uno los padres le enseñan a decir la verdad y yo le dije que diría de acuerdo con lo que me preguntaran en el juicio, que en ese momento aún no sabía qué iba a decir. El quería que yo dijera que ellas tenían armas, Haydée y Melba, dentro de la sala, que él había llegado temprano al hospital y que había restablecido el orden, cosas que no eran ciertas porque él llegó más tarde, y ellas, armas dentro de la sala no tenían. Eso hasta que llegó el juicio en que relaté lo mismo que le he dicho. Al abogado defensor de ellas le favorece la declaración mía, le sale poco tiempo a ellas, en parte por la declaración mía; y entonces Porro decide sacarme del hospital. En esos días yo me graduaba, en el 53. Yo me moví para que no me sucediera nada y poderme graduar, era un primer expediente de la escuela, pero al principio no tenía trabajo. Pasada la intervención de Porro me dieron trabajo, por ese motivo, porque yo me había ganado una medalla de oro, era expediente.

Marta: Camelia, las compañeras con las que yo he hablado, las alumnas de enfermera, compañeras suyas en 1953, me han referido que su actitud fue esa que usted ha descrito, y nosotros recordamos su declaración en el juicio que fue muy importante y valiente, más en aquellos momentos en que la represión era tremenda; pero ellas también me contaron que eran un grupo muy unido...

Camelia: Así es, ellas dijeron que no iban a permitir que me sacaran a mí del hospital, dijeron que teníamos que graduarnos juntas. La verdad que ellas estuvieron bien, las muchachitas respondieron muy bien y recuerdo que un cuñado mío vio a un magistrado de la Audiencia, de apellido Nieto, y le preguntó qué me podía pasar.

Marta: Nieto era el Presidente del Tribunal.

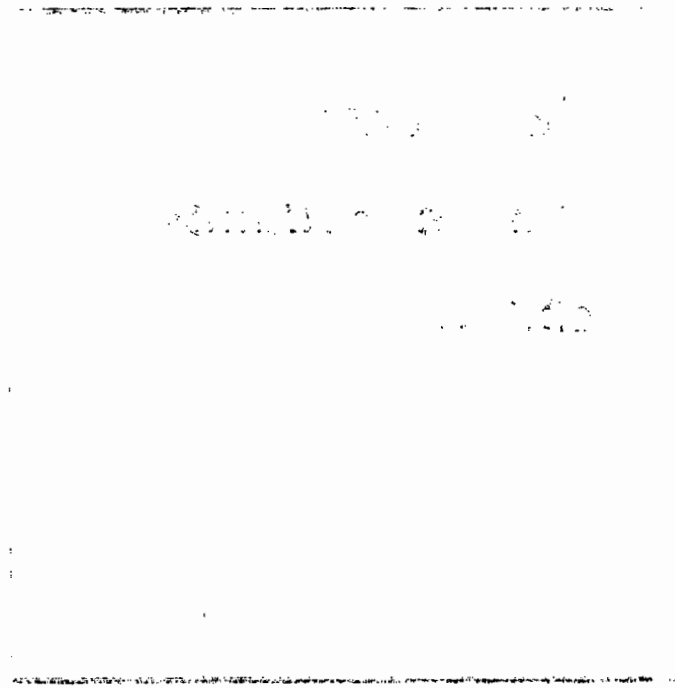
Camelia: Efectivamente, ése era. Pues él le dijo que un testigo tenía siempre todas las garantías, pero que también en esos momentos así yo estaba en peligro: "Está en peligro a pesar de tener todas las garantías posibles. Que trate de tener una actitud pacífica, que trate de ganar y no perder". Entonces nos dirigimos a la jefa del negociado de enfermeras del ministerio de Salubridad de aquel entonces, que se llamaba Hortensia Pérez, y se le contó todo, y como ella tenía en sus manos el poder fijar la fecha

de nuestra graduación, y como ya se había cumplido el tiempo nuestro, pues sin que se enterara Porro se adelantó esa fecha: pasaron muchísimas cosas, pero al fin nos graduamos todas, nos mandaron a buscar a todas de La Habana.

Marta: Pues muchas gracias Camelia por su valioso testimonio. ¿Usted es dietista del Hospital Oncológico de Santiago?

Camelia: Sí.

"La puerta que no pudimos abrir..."



Josefita: Usted me pregunta acerca de aquel día, yo no quisiera acordarme, los jóvenes iban, iban..., pero a mí se me olvida, y es que cuando yo empiezo a hablar de ese día 26 de julio me siento muy mal por todo lo que vimos allí en el hospital. Recuerdo que en el vestíbulo había un policía muerto, tenía grados; recuerdo a los jóvenes allí, y también el cuarto número ocho, pero me recuerdo sobre todo del doctor Muñoz. Cuando entraron los guardias empezaron a golpear a los muchachos, incluyendo a los heridos que las compañeras habían curado, y eso me hizo muy mal efecto. Me parece que estoy viendo a un joven que venía de la parte de atrás por el pasillo de la izquierda, rodeado de guardias, y cuando iba por la sala primera lo golpearon tal salvajemente que brotó la sangre; han pasado 14 años, y me parece que lo estoy viendo.

Pero eso del doctor Muñoz, para mí es tremendo, porque él se dirigió a mí cuando al final entró a la escuela otra vez, se dirigió a mí, vino donde estaba yo para que le buscara la llave para abrir una puerta que había en la parte de atrás por la morgue; no sé si la compañera Ena se lo habrá contado, porque ella estaba allí cerca, es la rubita que trabaja en la clínica "Los Angeles".

Pero yo no pude hacer nada... nada, nada; atrás, efectivamente, había una puerta con candado; pero los guardias tenían rodeado el hospital, estaban detrás, a los lados, en todas partes; y Muñoz se dirigió a mí —como le dije— pero yo no pude hacer nada, y no quiero pensar en eso porque no pude hacer nada por él (emocionada llora intensamente).

Ena estaba allí, y yo con él, no podía sacarlo, y si sale lo matan los guardias, entonces él se volvió al pasillo de pensionistas y vino la guardia y lo cogió delante de nosotras, sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo; le dieron golpes, y él gritó, fue un grito terrible.

Marta: Fefita, ¿usted conoció a alguno de los otros combatientes?

Josefita: De nombre, no, los vi, pero no sabría decirle quiénes eran. Me acuerdo que una enfermera llamada Magdalena, que murió en un accidente, habló con ellos, y uno le dio su reloj y otros objetos, una sortija... no sé exactamente; pero le dieron a guardar varias cosas, ella era muy buena y servicial.

Me fijé mucho en el joven que trajeron de la parte de la lavandería y que lo golpearon por la sala primera, venía vestido de civil y los demás casi todos estaban vestidos de enfermos. Vi también a las mujeres: Haydée y Melba, una de las dos, no sé cuál era, llevaba un pantalón blanco.

Marta: Cuando los guardias se llevaron a los prisioneros, ¿qué otra cosa ocurrió en el hospital?

Josefita: Después que terminó todo, la policía nos llevó para la escuela, y allí nos amenazó; nos viraron los escaparates y los colchones al revés, lo registraron todo, al no encontrar nada, nos mandaron a reunir en lo que servía de aula magna en la escuela, y allí nos amenazaron y nos dieron papel y lápices para que hiciéramos una declaración en la cual dijéramos que ese día, o esa madrugada, nosotras habíamos estado en nuestro descanso y que permanecimos en la escuela sin ver nada. Realmente no le puedo decir lo que dictaron con exactitud, pero ése era el sentido de la declaración; ninguna de nosotras quería, pero era bajo coacción, bajo amenaza; pero, ahora bien, cuando llegó el caso de Camelia, querían que ella declarara otra cosa, que prácticamente acusara a Melba y Haydée de entrar con armas a la sala de niños y todas esas cosas, pero ella fue muy cívica y se negó a mentir. Ella tenía mucha fuerza de voluntad y dijo la verdad. Ninguna de nosotras estaba de acuerdo con los conceptos de ellos, de los guardias, pero estábamos prácticamente presas allí. La verdad es que todas nos pusimos del lado de los muchachos y cooperamos en lo que se pudo, ninguna se puso frente a ellos; cuando terminó el tiroteo, el afán nuestro era ayudarlos a salir de allí para que se salvaran, ¡pero ya ve lo que sucedió!; y lo que a mí me queda por dentro es que a lo mejor el doctor Muñoz hubiera podido salvarse.

Marta: ¿Recuerda algún otro detalle?

Josefita: No, la verdad que no, cuando quiero recordar algo me viene a la mente enseguida ese momento terrible y ya no puedo pensar en otra cosa sino en la puerta, en la puerta que no podíamos abrir.

Trasladó
a los heridos del
Hospital Militar

9

(Entrevista a Gerardo Hernández Font, enfermero del Hospital Militar, que trasladó a Miret, a Crespo y a Labrador al hospital civil).

Marta: Gerardo, ¿en qué momento llegan los heridos civiles, es decir, los combatientes, al Hospital Militar del Moncada?

Gerardo: Oigame, a mí nunca me han hecho entrevistas, esto me pone nervioso, si no es porque el comandante Miret me dice hoy que sí, que dé los datos sobre ese particular, no digo nada, porque yo nunca he hecho esto... pero, mire, le voy a contar desde el momento en que yo me entero que llegan los heridos al Hospital Militar: me refiero a Pedro Miret, a Abelardo Crespo y a Fidel Labrador; la llegada de ellos, a su hora exacta no la sé, porque a su vez llegaban también muchos heridos militares; yo, el nombre que supe primero fue el de Miret, los otros nombres los vine a saber al otro día. En relación con ellos es que puedo hacer la narración.

Marta: Hable según vengan a su mente los recuerdos y refiérase a aquellas cosas en las que usted, de un modo u otro, intervino.

Gerardo: Cuando entró Pedrito Miret, herido, entró por la parte posterior del hospital, allí hubo una gran discusión, se formó una verdadera agitación entre los aforados, porque se trataba de los tres primeros heridos civiles que llegaban, civiles que habían combatido en el Moncada. Después que pasó ese momento no lo volví a ver; a los otros dos no recuerdo haberlos visto en ese momento, fue en ese tiempo cuando les dieron golpes y los maltrataron para llevarlos a la obediencia. Entonces, no sé exactamente si fue ese mismo día o al otro, bien temprano, cuando al inspeccionar varias salas que estaban a mi cargo, vi que en una habitación estaban ellos tres. Fidel Labrador, el que tenía el ojo herido, estaba completamente inconsciente, yo en ese momento los identifico por las heridas y no por los nombres, que ignoraba. Crespo tenía una herida en el tórax que le había perjudicado el pulmón, y Miret, contusiones en la cabeza y una herida. Yo entré en esa habitación y salí, luego volví a entrar y me di cuenta de que pasaba algo, me parece, porque no lo vi, que a Miret le habían introducido alcanfor en las venas, él se encontraba en un estado de desesperación, de ansiedad, tenía mucha sed, pero mucha. El me lo dijo, que le habían inyectado alcanfor en las venas y yo se lo negué, le contesté que me parecía que nadie podía hacer esa barbaridad en un hospital, y como él ve que yo tengo una bata blanca, me dice: "si fue uno igual que usted", y yo le dije: no, y le aclaré que yo no había sido, porque yo me sentía y me siento orgulloso de mi profesión por lo humanitaria que es. Pero hice caso a lo que él me decía y pude constatar que era verdad; efectivamente, había olor a alcanfor, olor a aceite alcanforado en aquella habitación, y Miret me enseñó donde había sido hecha la introducción de la aguja de la jeringuilla. Veía que la sed que él tenía era muy intensa y que se encontraba desesperado, y rápidamente salí y fui a buscar una jarra de jugo de naranja que se la bebieron en cinco minutos por la sed tan grande; Fidel Labrador no tomó, porque estaba inconsciente.

Viendo esa situación, fui a ver al comandante Edmundo Tamayo, que era el director del Hospital Militar, y le dije lo ocurrido en la habitación, para asombro de él... dijo que no podía ser, pero le contesté que sí, y que había que sacar de allí a los prisioneros heridos, porque si ya habían hecho eso con ellos, los iban a matar, y era un cargo de conciencia; él dijo que veríamos eso, que veríamos qué se podía hacer, y traté de llevarle una idea a la cabeza, idea que él aceptó; esa idea era la de llevarlos al hospital civil. Bueno, eso era fácil decirlo, pero no hacerlo, tenía sus dificultades, pero se resolvió, y sin perder tiempo se situó la ambulancia y procedimos a sacarlos.

Los heridos se asustaron, sobre todo Miret, que estaba más consciente, tuve que apaciguarlo y decirle que no se preocuparan que era por el bien de ellos. Así, los llevamos al hospital "Saturnino Lora". El capitán Porro, que era el supervisor militar en el hospital civil, cuando me vio llegar con los heridos preguntó qué era eso, y yo le respondí que era una orden, que se trataba de tres prisioneros muy valiosos, que así se lo dejaba hacer saber, que para Chaviano eran muy valiosos y que había que cuidarlos; eso no era exactamente la verdad, pero como le dije, desde el principio, que era una orden y él sabía que yo venía enviado por el comandante Tamayo, que era superior a él, pues obedeció.

Tamayo hizo valer su autoridad en el hospital y por eso los heridos pudieron ser trasladados y se salvaron.

Al dejarlos en el hospital, Pedro me quiso hacer un gesto de agradecimiento con la mano, y a mí me dio muchísima pena, pero lo rehusé porque lo perjudicaba y me perjudicaba. Al salir del hospital civil me encontré a un periodista de Santiago y me preguntó: "¿qué trajiste?", y yo le dije: tres heridos, y di sus nombres, menos el de Labrador, que no lo sabía.

En el periódico del día siguiente aparecieron los nombres y también la foto de los heridos; ya después de eso no les podían hacer nada.

(La determinación de trasladar a los heridos al hospital "Saturnino Lora" fue respaldada por una disposición del Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba en ese sentido. En **La Historia me Absolverá,** Fidel se refiere a la correcta actuación del médico militar Edmundo Tamayo. Tamayo falleció años después).

Marta: Gerardo, ¿Miret habló algo con usted, además de decirle que le habían inyectado aire y alcanfor?

Gerardo: Sí, su preocupación en aquel momento era su mamá, quería que se le hiciera saber que él estaba con vida; él me dio un recado para su familia, me dijo la dirección de su casa, yo fui, pero la casa estaba vigilada y no pude llegar; eso lo siento todavía, pero... creo que debí arriesgarme.

Después, cuando el juicio, lo vi y me dio tanta alegría encontrarme con él, verlo caminando sano, que lo saludé, no pude aguantarme; claro, que tuve inmediatamente que justificar ese saludo ante mis compañeros entonces.

Marta: ¿Usted era miembro del ejército?

Gerardo: Sí, yo pertenecía al ejército, era aforado; había estudiado en el hospital "Carlos Finlay" en La Habana, y en 1951 me trasladaron a Santiago como enfermero y técnico de Rayos X.

Marta: ¿Actualmente está trabajando?

Gerardo: Sí, como enfermero, pero enfermero civil, yo me licencié; hacía años que quería licenciarme, pero no me lo permitían, y en febrero de 1959 lo logré.

Marta: ¿Después del triunfo de la Revolución se encontró alguna vez con aquellos heridos?

Gerardo: Sí, con Pedro Miret. Fue muy emocionante para mí. Yo trabajaba como enfermero en una compañía americana, en Moa; allí se presentaron unos problemas y tuvo que ir de La Habana un ministro; se esperaba que llegara el comandante Fidel Castro u otro; pero un día avisaron que había llegado al aeropuerto una avioneta; y yo fui para allá con mi automóvil, porque eso era una expectación por allí. El compañero del sindicato me llamó y me preguntó si yo tenía inconveniente en prestar mi automóvil para trasladar a ese comandante, que era el ministro de Agricultura, porque el único vehículo disponible era el de la compañía americana, y ése él no lo iba a usar; yo le contesté que sí y le pregunté quién era. Mi sorpresa fue tremenda cuando me dijo que era Pedro Miret; yo dije para mí mismo: "**¡Alabao,** Gerardo!, tú verás que Miret, como han pasado tantas cosas, cuando me vea, se acuerde de aquello y se crea que yo fui el que le hizo tantas cosas..." bueno, pensé mucho, pero cuando él se acerca a donde yo estaba, me mira fijo, y yo le digo: ya sé por qué usted me mira así, yo soy el enfermero que lo atendió a usted y a sus otros compañeros el 26 de julio en el Hospital Militar.

Y en eso Miret me reconoce y me abraza allí delante de todos en Moa, imagínese mi alegría, se había acordado de la parte buena y no de la parte mala que pasó allí; yo creí que él no se iba a acordar de aquel detalle tan pequeño.

"Es verdad, me iban a llevar"

(Entrevista a Luis Melecio Rodríguez, un paciente recluido en la sala octava (ojos) el 26 de julio de 1953).

Luis Melecio: Hacía un mes que yo había ingresado en la sala octava para operarme de una nube que tenía en un ojo. Como a las cinco y media de ese día 26 de julio sentí unos disparos; había un señor recluido allí, que se llamaba Abelardo Crespo, y él nos dijo que nos tiráramos al suelo porque las balas pasaban por arriba de nosotros; eran balas procedentes del cuartel Moncada. Recuerdo que después que cesaron los tiros, había uno que vio pasar a los revolucionarios, era un policía que se vistió de enfermo y pasó por la sala, al poco rato pasaron los guardias. Cuando ese pasó, ya estaban allí los revolucionarios vestidos de enfermos.

Marta: ¿Usted vio a los revolucionarios en la sala?

Luis Melecio: Sí, después del combate. Ellos se vistieron allí en la sala; hubo uno que no se vistió de enfermo, era trigueño, parecía de más edad que los otros, ese se sentó al lado de un enfermo que se llamaba José, que era natural de Palma Soriano;

la primera vez, los guardias no se lo llevaron, pero la segunda sí.

Marta: ¿Recuerda algún otro detalle?

Luis Melecio: Había uno de los revolucionarios que era blanco, más bien alto, que parecía el jefe. El se acostó en una de las primeras camas, entre la primera y la segunda; tenía un vendaje en el ojo y cuando llegaron los guardias se lo quitaron allí mismo y le dijeron: "apúrate, anda..." dándole golpes, no lo dejaron ni abrocharse los zapatos, lo empujaron...

Marta: ¿Algunos de los combatientes mencionó su nombre o algún nombre?

Luis Melecio: A mí me parece que a ese que parecía el jefe le preguntaron cómo se llamaba, y él dijo que su nombre era Frank.

Marta: ¿Recuerda a la enfermera o alguna alumna que atendía la sala?

Luis Melecio: La de esa sala se llamaba Noris, creo que Noris Marzo, pero ese día ella no estaba allí, había otra que me parece que era de Camagüey, yo no sé, era más gordita y un poco más alta.

Marta: ¿Es cierto que a usted también se lo iban a llevar detenido?

Luis Melecio: Es verdad, me iban a llevar, me arrancaron la venda del ojo que tenía operado, pero parece que eso no lo convencía; vino la enfermera y explicó entonces; ellos vieron mi boleta y no me llevaron.

También se iban a llevar a un enfermo que era de Banes, y a otro, de Manzanillo. Al de Banes se lo llevaron, pero después lo trajeron de nuevo, era un muchacho de 17 años.

Marta: ¿Qué edad usted tenía en esa época?

Luis Melecio: 31 años.

Marta: Le hemos ocupado parte de su tiempo, gracias por los datos.

Luis Melecio: No hay de qué, es un deber.

Estaba hablando con el portero cuando entraron los jóvenes

(Entrevista a Josefina Milet, alumna-enfermera, de guardia el 26 de julio).

Josefina: Ese día yo estaba trabajando en la sala cuarta; como a las cinco de la mañana, o un poquito más, fui al vestíbulo para hablar con el portero porque entraba un caso en ese momento, un caso que iban a ingresar posiblemente en mi sala, y en ese momento vi que entraba un grupo de jóvenes, vestidos de militares, dijeron algo, en alta voz, como que mataron a Batista... la revolución... exactamente no me acuerdo; yo tengo muy mala memoria y no puedo recordar las cosas en detalles.

Me asusté mucho y pensé en mis pacientes, así que volví a mis salas, ya que atendía las salas segunda, cuarta y sexta, y estuve con los enfermos todo el tiempo que duró el combate.

Marta: ¿Qué otro detalle recuerda?

Josefina: Me acuerdo que en la sala sexta había un enfermo, de los más viejos, que tenía la llave de los armarios donde se guardaba la ropa de los enfermos, y él los abrió para dárselas a los revolucionarios.

Marta: ¿Recuerda a alguno de los combatientes?

Josefina: Al único que recuerdo, y que conocí, fue al doctor Muñoz, que luego lo detuvieron cuando entraron los guardias, al igual que detuvieron a los demás, y todo lo que pasó después, que los maltrataron allí mismo, en el hospital. Yo no pude ver mucho porque tenía tres salas que atender y no podía dejar a los enfermos; las demás compañeras se encontraban en el cuarto número 8 y en el cuerpo de guardia. Luego, lo de Camelia, que ya ella misma ha narrado. Las demás cosas las sé por referencias, y sinceramente hago esfuerzos por recordar más, pero eso es todo lo que me viene a la mente.

Los llevaban con las manos detrás del cuello

10

(Entrevista a la alumna-enfermera Violeta Moisés, que ayudó a los combatientes del hospital en la sala octava donde se refugió Abel)

Marta: Violeta, otras alumnas del hospital civil "Saturnino Lora" han mencionado su nombre y la relacionan con el momento en que se ofrecen ropas a los combatientes para que se refugien en las salas; nosotros deseamos que usted aporte otros datos sobre los hechos del "Saturnino Lora" el 26 de julio de 1953.

Violeta: Sí, otras compañeras, según usted me ha contado, se han referido a aquello, si ellas ya hablaron, yo no creo que tenga mucho que agregar, ¿qué cosa le contaron?

(Nos referimos a distintas anécdotas).

Violeta: Primero estábamos en el cuarto número 8 y de ahí no salíamos, pero llevaron a unos heridos que nosotras curamos y recuerdo que estaban Haydée y Melba, y Haydée decía: "Ahorren balas, ahorren balas", recuerdo su voz. La **super** no quería que saliéramos del cuarto ése; cuando el caso de los heridos, se llamó al doctor Mauricio León

para que fuera a curarlos, pero él dijo que se los trajeran. Uno de los heridos tenía una herida en la cabeza, venía sangrando.

Marta: ¿Ustedes se mantuvieron allí hasta que se llevaron a los heridos?

Violeta: Sí, estábamos allí. A esos heridos se los llevaron a la fuerza, sin consideración de ninguna clase. Recuerdo que Muñoz estuvo un rato sentado en el suelo, ahí, en el cuarto de cura, conversando. Pero, ya le digo, otras han hablado de todo eso.

Marta: Las alumnas entrevistadas han hablado de los mismos hechos, pero siempre cada una ha aportado un dato nuevo. El objetivo de estas entrevistas es recoger el mayor número de detalles sobre el combate del hospital; no se trata de que ustedes den opiniones, por supuesto, si lo desean pueden darlas, pero lo que deseamos son datos históricos, que cuenten lo que vieron.

Violeta: Ya había pasado un rato cuando nosotras fuimos a la cocina, porque allí había un cake que la noche antes le habían llevado a la **super,** y yo le di un pedazo de cake a Muñoz, y un poco de agua; recuerdo que él tomó el agua con las manos; estaba... no sé, yo lo veía preocupado, parece que había pasado algo distinto a lo que ellos pensaban; ya habían cesado los tiros cuando yo vi que Muñoz se arranca el bolsillo donde está su nombre, me parece que su idea era que no lo identificaran, pero después piensa que es mejor que sepan que es el médico, y es cuando viene lo del esparadrapo con su nombre; ¿dice Mercedes que ella lo guardó?, a mí me parece que él se lo metió en el bolsillo del pantalón.

Marta: Es posible que haya hecho el gesto, que se le cayera y Mercedes lo tomara del suelo.

Violeta: Bueno, lo único que yo vi que se llevó la mano al bolsillo.

Marta: ¿Qué otra cosa recuerda?

Violeta: Como a la media hora llegó la gente de la dictadura y comenzaron los atropellos; al pobre Robainas, que era enfermero, lo agarraron por el cuello y le dijeron: "Tú quieres ser coronel, quieres ser general..."; después lo soltaron porque les dijimos que era el enfermero que estaba enfermo. La verdad que vimos cosas que a una le parecen mentiras, y han pasado 14 años, ¡14 años! y a ninguna de nosotras se nos pueden olvidar. Porque después de lo del Moncada pasamos horrores. Yo salí del cuarto algunas veces y me iba a ver a los enfermos; una de esas veces fui a la sala de huesos y les descolgué a todos los pacientes las piernas que las tenían amarradas; usted sabe cómo es eso en la sala de huesos; y les dije que se metieran debajo de la cama y se quedaran ahí tranquilitos. Recuerdo a Haydée y a Melba también, así, delgaditas, Haydée me decía: "Vete, vete para la sala y cuida a los enfermos, tranquilízalos" y así lo hice. Los enfermos me decían: "Oiga, señorita, tenga usted cuidado", porque las balas estaban... pero la verdad es que no pensé nunca... yo pensaba en los enfermos, esa es la realidad.

Usted sabe que se comentó muchas veces que los revolucionarios fueron allí con armas blancas a matar a los enfermos a punta de cuchillo, nada de eso es verdad. Si ellos mismos decían... se lo oí a la propia Haydée: "Cuiden a los enfermos, cuiden a los enfermos".

Marta: ¿Sobre las salas sexta, séptima y octava, que parece que fueron aquéllas donde más combatientes se refugiaron, qué recuerda?

Violeta: Recuerdo mucho a Abel; por cierto que miraba, así, como dormido, y el pelo sobre la frente, pelo lacio, arrubiado. Recuerdo que Haydée le puso un apósito sobre el ojo para que pareciera como si fuera un enfermo, como si estuviera operado; ella intentó ponérselo bien, pero yo le dije, deme acá, porque tenía más experiencia, más práctica y me quedé un rato ahí, en la sala octava.

Cuando llegué a la sala octava, llegué allí con la idea de llamar a los primos míos. Tengo unos primos en Santiago de Cuba, uno era catedrático de la escuela de comercio, se llama Santiago Moisés; pensé llamarlo para decirle que no se asustaran porque ya hacía dos horas que había comenzado el tiroteo, pero en eso, cuando voy al teléfono, Haydée sacó una pistola, no sé si fue Haydée o fue Melba, y me dijo: "No trate de hablar, no se puede llamar" y ahí fue cuando más me impresioné porque mi idea sólo era llamar a la familia por los tiros.

Después fue que yo ayudé en el problema de la sala octava. A Abel lo acostamos en una cama y Melba y Haydée fueron a la sala de niños donde estaba Camelia; y recuerdo que cuando se acostaron unos cuantos en las camas, los otros preguntaron: "¿Y para nosotros no hay ropas?". Entonces fuimos a la sala sexta donde había un escaparate con ropas de enfermo, ese escaparate no pertenecía al hospital sino a un patronato de damas, por que había varias salas que las apadrinaban instituciones. Como yo había sido alumna-jefa de esa sala me conocían y pude sacar la ropa.

Marta: ¿Y permanecieron en la sala octava o en la séptima?

Violeta: Se acomodaron en varias salas; en la sexta había un enfermo que se llamaba Miguelito; yo le dije: "Miguelito, dame las llaves del escaparate que hay que vestirlos porque aquí no se sabe lo que va a pasar".

Después que Abel se acostó allí en la octava, en la segunda o tercera cama, me parece que lo estoy viendo ahora, él preguntó: "¿Y los otros, y los otros?", preguntaba si los otros compañeros se habían podido refugiar; le contesté: "ya están acomodados"; recuerdo que él me tocó las manos, así, con cariño. Cuando se acomodaron todos, volví para el cuarto 8 y la super me preguntó: "Moisés, ¿dónde te metiste?", y le dije: fui a ver unos enfermos.

También me viene a la mente cuando le están dando a Muñoz, que yo me le voy a tirar a ellos y Carmita me dice: "¿Pero tú estás loca?" y la super y León me llevan a un rincón porque yo estaba muy nerviosa.

Cuando empezó a venir la soldadesca y empezaron a sacar a la gente, dicen que hubo quienes denunciaron a los enfermos que estaban en las camas, digo, a los revolucionarios que estaban acostados como enfermos, yo padecí una crisis de nervios y me parece todavía que me están persiguiendo.

(En 1959 fue juzgado por delación de los combatientes del hospital, y condenado un individuo de apellido Carabia que entró al hospital con los guardias de la tiranía y perteneció a un cuerpo represivo del régimen. También fue juzgado y ajusticiado el agente del SIM cuyo nombre se menciona en distintas entrevistas: ambos tenían una larga hoja de **servicios** que respaldaba sus ascensos en el odiado cuerpo represivo).

Violeta: En realidad lo que nosotras hicimos, yo no sé por qué lo hice; fue por la juventud, creo yo.

Marta: De todos modos fue un gesto noble.

Violeta: Uno no sabía de política, uno tenía veinte años, hacía lo que humanamente podía como enfermera y como mujer; yo pensaba en mis hermanos, y en los padres y pensaba si algún día uno tiene un hijo. Fidel habló de las enfermeras, de lo que hicimos, que ayudaron; sí, es verdad; yo, la verdad, que fui muy atrevida, no sé si es porque tengo esa sangre extranjera, de libanesa, que uno siempre ha tenido antecedentes guerrilleros.

Marta: Y de cubana.

Violeta: Cubana, porque nací aquí, pero mi sangre, no. Entonces recuerdo también que atrás, por la lavandería, sí es verdad que ayudamos a los muchachos a cargar armas; yo no sabía de balas, pero ellos decían: "Tírame aquella caja", y uno viendo el tiroteo como en una película, porque si le digo que peleé, no sé por qué, ni por qué las cosas que hice, no sé, ya le digo, tal vez porque eran jóvenes y eran muchachos que uno los vio desde el primer momento, tres horas, cerca de ellos.

Marta: ¿Usted se acuerda de otras de las compañeras suyas que estaban allí por la lavandería?

Violeta: Ahora no recuerdo.

Marta: Violeta, ¿en qué lugar se encontraba usted cuando los soldados hicieron prisioneros a los revolucionarios?

Violeta: Yo estaba cerca de la sala octava, donde estaba Abel; María Antonia Márquez estaba cerca de mí, y a mí me entró una tembladera en la pierna, que no me contenía, y María Antonia me decía: "¿Qué te pasa?" Y yo le contestaba, estoy nerviosa, muy nerviosa; no sé, me parece que me va a pasar algo. "Pero contrólate", me decía ella, y yo: es que no puedo, es que no me alcanzó la ropa y a uno le dije que se sentara como acompañante y en este momento lo acaban de sacar y si ese hombre habla, ¡ay, Dios mío! No me quiero acordar, es que me siento mal; y la realidad fue que pasé una semana que comía e iba para el servicio, todo lo vomitaba, hasta octubre que llegamos a La Habana a graduarnos. Me parecía que Abel, o el otro, o alguno de ellos podía decir que sí, que una alumna les había dado la ropa.

Marta: ¿Usted recuerda el momento en que sacaron a Abel de la Sala?

Violeta: Lo llevaban con la mano así, detrás del cuello. Cuando lo vi por el pasillo ya le habían quitado el apósito del ojo. A todos les dijeron: "Pónganse las manos detrás del cuello". Yo en ese momento, cuando vi que sacaban al joven que estaba vestido de civil, porque no alcanzó la ropa, al que senté de acompañante, me puse muy nerviosa y me fui para la escuela.

(Violeta relata otros pasajes referentes a la detención del doctor Muñoz, los maltratos a los prisioneros y los problemas en torno a la alumna Camelia, que por encontrarse recogidos en otras entrevistas, sin omisión de detalles, no repetimos).

A las doce del día en el hospital nació un niño

(Entrevista a la alumna-enfermera del "Saturnino Lora", Cristina Rodríguez).

Cristina Rodríguez.

Marta: ¿El 26 de julio usted trabajó o era su día de descanso?

Cristina: Por la madrugada descansé, pero debí comenzar a trabajar en las primeras horas de la mañana.

Marta: ¿Qué recuerda de aquella mañana?

Cristina: Si usted supiera que siempre había pensado que un día alguien nos preguntaría a nosotras sobre estos hechos, y me dio mucha alegría ver que se estaban recogiendo estos recuerdos. Yo le contaba a mi esposo que a medida que pasa el tiempo a una se le van olvidando detalles y esa es una fecha histórica que todos debemos recordar. Mire, cuando la compañera Ena dijo que había ocurrido algo en el hospital, el grupo salió para empezar a trabajar; y en ese momento nos encontramos con los jóvenes revolucionarios, que ya en el vestíbulo habían dicho que Batista había muerto, abajo

Batista, viva la Revolución, creo que dijeron eso también.

Nosotras pensamos que era un grupo de soldados que peleaba contra otro porque estaban vestidos igual... Desde afuera tiraban constantemente para dentro del hospital y desde el hospital respondían ellos; los de fuera tiraban con fusiles y con granadas, ¡que si llegan a explotar allí dentro! Bueno, yo vi en el vestíbulo a un policía muerto, parece que pretendió entrar en el hospital, creo que él llegó a la hora en que se cambiaba la posta de presos que era sobre las seis de la mañana.

Para llegar a mi sala yo tenía que pasar por el vestíbulo, pero ante la situación de los tiros, no pude; no me dejaron proseguir y me quedé un tiempo en el cuerpo de guardia.

Marta: ¿Cuál era su sala?

Cristina: Maternidad. Sí, le voy a decir una cosa muy interesante, a las doce en punto del día 26 de julio nació un niño en el propio hospital civil. Yo asistí a la madre en el parto.

Marta: ¿Recuerda el nombre de ella?

Cristina: Tengo todos los datos anotados, yo los escribí en mi álbum, porque tenía costumbre de registrar los distintos partos en que había intervenido. Lo hacía como un recuerdo de mis años de estudiante de enfermería; conservo ese álbum que me firmó el director del centro y la super. La madre era una muchacha joven, tenía 18 años, su nombre es Caridad Domínguez; el niño pesó siete libras y media. Ese parto jamás se me olvidará.

Marta: ¿Fue el único niño que nació en el hospital ese día?

Cristina: Sí, el único que nació en el "Saturnino Lora" el 26 de julio del 53, porque todas las madres se fueron después que cesaron los disparos. Las recién paridas y las que estaban a punto de dar a luz; pero aquella se quedó y le nació su hijo a las doce del día.

Marta: ¿Fue un parto natural?

Cristina: Natural, y sin problemas.

Marta: ¿Cuál era la ubicación de la sala de maternidad?

Cristina: Entrando al hospital había que tomar a la derecha, estaba al lado de la dirección; para llegar a ella procedente de la escuela de enfermeras tenía que atravesar el pasillo de pensionistas y el vestíbulo, donde el combate era más duro. Cuando llegué a ese punto, los cristales de la puerta de entrada estaban rotos, y el policía muerto a la entrada.

Marta: ¿Qué vio en el cuerpo de guardia?

Cristina: Vi dos jóvenes que estaban apostados en el suelo y tiraban hacia afuera y ellos me dijeron que no siguiera, que no fuera a pasar por el frente, que dentro de poco, o en esos momentos, desde afuera, iban a tirar granadas. Entonces me acerqué a una esquina donde estaban los balones de oxígeno y me volvieron a advertir en cuanto a esto, me dijeron que me separara porque si estallaban las granadas que el ejército estaba lanzando podían explotar los balones. Di unos pasos y vi que sobre un banquito había unas cajas que habían llevado los revolucionarios, vi muchos discos, me puse a revisarlos porque a mí me gusta mucho la música y noté que entre esos discos estaba el de: **El último aldabonazo**, el último discurso de Chibás; también había unos valses y el Himno Invasor, entre los que vi. Me quedé mirando los discos y comenté con uno de ellos: ¡qué discos más bonitos ustedes traen!, y él me contestó: "Los vamos a poner cuando termine esto".

Marta: ¿Recuerda quién dijo esa frase?

Cristina: No, no recuerdo; por allí había cinco o seis de ellos, entre la entrada y el cuerpo de guardia, además de Melba y Haydée. Uno de los que estaban apostados debajo de la persiana nos pidió agua a la compañera Ena Pérez y a mí; ella dijo: "Acompáñame al comedor, vamos a buscarle el agua" y fuimos y se la trajimos.

Seguimos allí un rato y antes de que se fueran a las salas, llegó Abel a ese lugar; él era de espalda ancha, un muchacho fuerte, joven, medio arrubiado; vino allí y dijo: "Ya queda poco parque, ¿cómo están ustedes de balas?", y los de aquí delante le contestaron que estaban más o menos igual, que se les estaba agotando el parque. Abel Santamaría estaba triste, recuerdo que venía caminando echándose el pelo para atrás con la mano y el antebrazo, porque le caía en la frente. Cuando ya cesó el fuego, porque en realidad no tenían balas, uno de ellos recogió una cajita de balas marca U y nos dijo: "Cojan esas balitas de recuerdo", nos regalaron dos o tres; pero cuando los guardias registraron la escuela tuvimos que deshacernos de ellas, que era un recuerdo, porque el ejército llegó gritando y diciendo que nosotras teníamos la culpa porque los habíamos dejado entrar y que los apañamos.

Vi también a uno de los revolucionarios que preguntaba cómo podía subir a la azotea para desde allí disparar para el Moncada; una de las salas, o varias, tenían azotea, pero una tenía la escalerita para subir, pero la puerta de acceso estaba cerrada con llave. También vimos a Muñoz con su bata de médico que se interesó por conocer la puerta de atrás, pero esa puerta tenía unos barrotes de hierro muy gruesos y un candado para que nosotras no pudiéramos salir de la escuela, y tampoco se pudo abrir esa puerta.

Marta: ¿Recuerda algo de lo que ocurrió en las salas?

Cristina: En ese momento yo me encontraba en maternidad atendiendo a las paridas. A las doce, como le dije, fue el parto que no se me olvidará nunca, aunque fue un parto bueno. Al día siguiente, o al otro, vi a los tres prisioneros que llevaron al hospital, a los tres revolucionarios, y unos días después pasé al salón de operaciones a hacer mis prácticas. Estando de alumna en el salón llevaron al herido Abelardo Crespo para operarle el ojo herido, y como alumna participé en esa operación.

Me vienen a la mente varios recuerdos, pero dispersos, por ejemplo, cuando llegó Trigo, que al entrar se abrazó a otro compañero. Vi a los revolucionarios que fueron heridos en el propio hospital, pero no los asistí porque otras compañeras se ocuparon de ellos y yo estaba esperando la oportunidad para pasar a maternidad.

A nosotras, al final, nos dijeron los guardias: "Pónganse en esa esquina, todas, que las vamos a ametrallar", dijeron eso para intimidarnos, pero uno que entró dijo: "Déjenlas tranquilas", él era hermano de una compañera, creo que de Noris Marzo. Después pude ver, desde la puerta de mi sala, cómo agrupaban a los revolucionarios cerca del vestíbulo y los maltrataban. También vi que en algunos arbustos del hospital los jóvenes colgaron rifles para que el ejército no los viera. Hubo un grupo que fue a las salas; otros, a la parte de atrás, y también se metieron en los tubos, unos tubos grandes de acueducto que había en el hospital.

Por la tarde llegó al "Saturnino Lora" un soldado, ese que era hermano de una compañera, y nosotras le preguntamos por los muchachos y él nos dijo: "Los van a fusilar" y al poco rato escuchamos unos disparos en el Moncada y él nos dijo: "Es que están fusilando a los que cogieron aquí".

A mí no se me olvidan los muchachos, ellos conversaron con nosotras, pero no de lo que estaba

ocurriendo; en eso eran muy discretos, hablaban del hospital, nos preguntaban cosas y nos prometían que después que terminara todo nos contarían. Ellos eran muy decentes, estaban bien vestidos, llevaban reloj, en fin, parecían estudiantes...

Marta: Entre ellos había estudiantes, profesionales modestos, campesinos, obreros desempleados; a través de sus biografías sabemos que eran jóvenes decentes, estudiosos, y patriotas, sobre todo, pero no pertenecían a una clase privilegiada, era gente del pueblo, su composición social era homogénea, no había desclasados entre ellos, pero tampoco, ricos ni poderosos.

Cristina: Sí, y de ellos lo que más me impresionó a mí era ver que no tenían miedo, miedo ninguno, parecía que estaban seguros que iban a vencer y nos hablaban así, dulcemente, nos decían: "Muchachitas, tengan cuidado", lo recuerdo.
Las demás cosas que conozco las han dicho otras compañeras.

Marta: ¿En qué departamento trabaja ahora, Cristina?

Cristina: En el salón de operaciones de este hospital; aquí, en Mayarí.

Los guardias andaban por la escuela "como Pedro por su casa"

11

(Entrevista a Hilda Galán, alumna-enfermera del "Saturnino Lora").

Hilda: Fui del grupo que descansaba esa madrugada, hacía tres días que realizaba mis prácticas en el salón de operaciones, cuando salí de la escuela, me dirigía por el pasillo de pensionistas hasta el cuerpo de guardia, me acerqué al vestíbulo y vi al policía muerto, el que había avanzado con la ametralladora. En el cuerpo de guardia había varios combatientes, también vi a Melba y a Haydée y al doctor Muñoz. En el cuarto número ocho había tres heridos, a uno de ellos lo iban a operar, el médico mandó a preparar el salón, pero antes de que los trasladaran para allí lo hicieron prisionero.

Del pasillo de pensionistas pasé al salón de operaciones que estaba justamente frente a la puerta de entrada aunque mediaba un patio largo que tenía a los lados bancos y donde había varios arbustos.

(Hilda Galán narra la entrada de Muñoz a la escuela de enfermeras, la búsqueda de la puerta de salida y otros aspectos ya relatados).

Marta: ¿Qué otra cosa recuerda?

Hilda: Después de ese día seguí en el salón de opera-

ciones, como no trabajaba en salas no tuve la oportunidad de conocer las versiones de los enfermos; pero la situación del hospital era distinta, los guardias entraban a la escuela de enfermeras como "Pedro por su casa", se sentaban en el comedor, comían allí y no respetaban nada. Antes no podía entrar ningún hombre a la escuela a no ser que estuviera autorizado, la disciplina era muy respetada, pero ellos hacían allí lo que querían; el hospital fue tomado militarmente.

Marta: ¿Dónde usted trabaja ahora?

Hilda: En el Hospital de Palma Soriano. Recuerdo otras cosas, por ejemplo, cuando me acerqué al vestíbulo, por el cuerpo de guardia vi y escuché que Haydée y Melba arengaban a sus compañeros, decían: disparen, protéjanse en la columna, en esos momentos atacaban con mucha fuerza desde fuera. También recuerdo haber visto los discos que luego supe iban a trasmitir por radio, los vi sobre un banco.

"Me preguntaron si sabía manejar armas"

(Entrevista con Francisco Anglada, empleado del "Saturnino Lora")

Anglada: Entré casi en los momentos en que ellos empezaban a parapetarse en la puerta; yo debía comenzar a trabajar a las cinco y media de la mañana. Primero me dieron el alto, me identifiqué, dije que trabajaba en el hospital y que tenía que echar a andar las calderas pues se necesitaba el vapor de agua en el hospital y ese era mi trabajo. Me dijeron "bien, pase", pero quisieron que permaneciera allí. Uno de los jóvenes me preguntó si yo estaba con el pueblo y le dije que sí, y me preguntó también si yo sabía manejar armas, pero le contesté que no. Como me sentía muy mal, nervioso, fui a refugiarme en la sala primera y allí estuve; luego cuando terminó todo, en el pasillo, desde la ventana vi como detenían a todos los que habían entrado y los iban reuniendo. Por los disparos del cuartel se rompieron las calderas y ese día no trabajó la cocina porque no había vapor.

Ahora yo estoy aquí, hago guardias, estamos con la Revolución, aunque enfermo, un poco viejo pero si para algo sirvo, la Revolución puede disponer de mí.

"Entré donde estaba Fidel"

(Entrevista a Rosina Santiesteban, enfermera graduada).

Rosina: Yo era enfermera graduada en aquel tiempo, estuve con las muchachitas en la escuela porque después se pusieron muy nerviosas y yo las acompañaba. Mi trabajo era en el salón de operaciones. Lo que nunca se me olvidará es el día que juzgaron a Fidel allí en la escuela; yo me arriesgué y entré donde él estaba y lo saludé, los soldados me empujaron y desde ese día no me miraron con buenos ojos; después, en la época de la insurrección, seguí ayudando, ahora estoy muy enferma y tengo que retirarme, aunque quiero no puedo seguir trabajando.

(Las alumnas recuerdan el gesto solidario de Rosina Santiesteban hacia ellas).

"Me preocupaba por las muchachitas"

(Entrevista a Elisa Hernández, superintendente de la escuela en 1953).

Elisa: Yo era la **super,** las muchachitas se acuerdan de mí y le habrán dicho que no las dejaba andar por ahí, yo me preocupaba por ellas porque el combate no cesaba, los tiros entraban en el hospital y tenía la responsabilidad de velar por ellas. En el cuarto número 8 curamos a los heridos, ellas se portaron muy bien; yo me puse muy nerviosa, estaba hecha un manojo de nervios y desde entonces me enfermé, no me paraba nada en el estómago, vivimos unas horas terribles... y luego cuando se los llevaron... le dieron a Muñoz... yo no quiero recordarlo.

Yo estaba en el baño cuando ellos empujaron la puerta

(Benita Naranjo, anciana enferma, operada de la vista).

Benita Naranjo: Me levantaba muy tempranito, como a las cinco o cinco y media, y lo primero que hacía era ir a bañarme, ese día me demoré un poco, pero cuando yo estaba dentro del baño entró un joven y yo pegué un grito: "Ay, me estoy bañando". No lo vi bien porque yo me encontraba operada de la vista, pero escuché que dijo con mucha delicadeza: "Perdone señora, perdone". "Perdone señora que la hayamos molestado, no vamos a hacerle nada". Después se quedaron en la sala de hombres y guardaron la ropa en el **refrigidaire.**

"Después Porro me pidió diez cédulas"

(Entrevista a Ricardo Velazco, auxiliar del hospital).

Ricardo: Cuando eso yo trabajaba por el patronato, no era empleado del hospital. Lo que hacía era labores de auxiliar en la Sala de Ojos. Recuerdo que allí se refugiaron varios jóvenes y uno se sentó al lado de la cama de un enfermo que se llamaba Cuqui, que era de Caimanera; de un lado estaba Cuqui y del otro un tal José. Ese combatiente se quitó su cinturón y se lo dio a Cuqui, además le dijo "Mira chico, de aquí no vamos a salir...", primero no lo vieron, pero después sí y se lo llevaron.

Luego pasó todo y vino Porro a mandar con insolencia y en cuanto se acercaron las elecciones me pidió 10 cédulas, a mi diez a otros veinte, cinco, bueno lo que él creía; si no se la buscábamos nos dejaba cesantes, esa era su amenaza y lo hacía porque él era un tipo muy insolente y se inyectaba morfina, murió de tétanos a consecuencia de una inyección que se puso.

"Caí preso. Tu hijo"
decía el mensaje
que portó
Bienvenido: era la
prueba del crimen

12

(Entrevista a Bienvenido Sánchez, auxiliar de limpieza en 1953, técnico de la Revolución y militante del Partido en 1967).

"Soy un testigo del hospital, tengo algunos datos que estoy dispuesto a ofrecerle porque creo que pueden ser útiles para el trabajo que ha emprendido. He leído los primeros relatos de las alumnas y puedo agregar algo más, me llamo Bienvenido Sánchez"; así me dijo el testigo una mañana, a través del hilo telefónico.

Su testimonio sería admirable, revelaría aspectos no tratados hasta ese momento, por ninguno de los testigos.

Bienvenido se convierte en el primer mensajero de la nueva gesta; a él se le entrega una nota que en sí misma constituiría la prueba más rotunda de que los prisioneros fueron asesinados en el Moncada. "**Caí preso**, tu hijo", dice el mensaje que este testigo envió a La Habana, escrito por Raúl Gómez García. Su relato minucioso y profundo ofrece una panorámica de la situación hospitalaria en Cuba en esa época, revela los vicios y abusos practicados por la "democracia representativa" en su afán de recolec-

tar votos, y concluye exhibiendo los mejores valores del pueblo resumidos en el ejemplo de su propia vida, de su pensamiento revolucionario actual.

Bienvenido: Yo trabajaba en 1953 en el hospital civil "Saturnino Lora", como auxiliar de limpieza en la sala de cáncer que sostenía la **Liga contra el cáncer,** no era empleado del hospital sino de esa institución; empecé a trabajar allí desde 1948 a la edad de 14 años, ganaba quince pesos mensuales.

Marta: ¿En qué lugar del hospital estaba situado ese departamento?

Bienvenido: Muy cerca de la sala de veteranos, frente a la cocina del hospital. Más claro, por la parte del fondo del hospital.

Marta: ¿Usted se encontraba en esa área el 26 de julio de 1953?

Bienvenido: Como le dije, trabajaba en la sala de cáncer pero por mis condiciones económicas tenía necesidad de vivir en el propio hospital. Allí se me facilitó una habitación donde dormían otros dos compañeros; así que yo trabajaba, dormía y comía en el "Saturnino Lora", ya que el sueldo que devengaba no me permitía trasladarme en guagua a mi casa y no podía ir a pie porque era muy lejos.

Marta: ¿Y ese dormitorio, dónde estaba situado?

Bienvenido: En la misma esquina del hospital, por el fondo, a mano izquierda, frente al Moncada; nuestra habitación era el final de una serie de departamentos, depósitos, útiles del hospital, mantenimiento..., quedaba, con relación al cuartel, en lo que podía ser la línea divisoria media, y el espacio de terreno entre un edificio y otro era la calle, la carretera central; asomado a la ventana de ese cuarto lo que se divisaba era el Moncada, el campo de tiro del cuartel.

Marta: ¿Entonces usted sentiría los primeros disparos con absoluta claridad?

Bienvenido: Sí, mire, nosotros dormíamos allí en compañía de dos ancianos trabajadores del hospital, serían aproximadamente las cinco o las cinco y pico de la mañana cuando sentimos los disparos. En Santiago estábamos acostumbrados a sentir el ruido de los cohetes durante los carnavales y no nos alarmamos al principio; pero eran muy repetidos y me dio por asomarme a la ventana y mirar hacia el cuartel y el Palacio de Justicia y comprobé que eran tiros que estaban disparando desde ambos puntos; vi que los guardias se movían, corrían por el interior del cuartel, y los tiros en ese momento eran muy continuados por el Palacio de Justicia. Los guardias corrían locamente, pude verlos; comprobé que frente a mí, por el campo de tiro había una ametralladora calibre 30 que disparaba incluso hacia la ventana donde yo estaba y las balas desconcharon la pared, y luego penetraron; tuvimos que tirarnos al suelo, "jugamos suelo", como se dice vulgarmente. La primera etapa del combate se prolongó con la misma intensidad como hasta las seis de la mañana.

Marta: ¿En qué momento usted se percata que dentro del hospital hay otras personas y que también se está librando un combate en esa posición?

Bienvenido: Cuando pasan los primeros momentos de intenso tiroteo, o el momento de sorpresa, podemos ver que dentro del hospital había un grupo de militares, pero me extrañó que tuvieran ropa de militares y sin embargo los zapatos fueran de diferentes colores; ellos venían avanzando hacia la esquina, cerca de mantenimiento, cuando les pregunté qué había pasado; uno de ellos me respondió que habían matado a Batista y que "tenían que proteger esto". Ellos se parapetaron en esa parte del edificio, pero pude darme cuenta que otros se habían situado en diferentes lugares.

Había transcurrido un tiempo desde el momento que sentimos los primeros disparos, pero no sé exactamente cuánto. Después que ese grupito se parapeta en esa zona, sale del mismo un joven y se pone a conversar conmigo para tratar de conocer la situación del hospital; él me pidió que le dibujara un plano del "Saturnino Lora"; sobre todo, los lugares donde estaban las puertas del hospital; le hice las indicaciones que él pedía y le señalé las dificultades de la salida, por cuanto el hospital estaba frente al Moncada, y además le dije que el uso de las otras puertas era difícil porque las llaves estaban en un llavero que se colocaba en la pared del vestíbulo, a la entrada del hospital.

El siguió preguntando..., y yo le informé que había azoteas, pero que, por ejemplo, para llegar a la azotea del salón de operaciones había que subir por una escalera pequeña que siempre permanecía con la puerta cerrada con llave y que, además, una vez en la azotea, el dominio era del cuartel porque desde cualquier parte alta del Moncada se dominaba el hospital. Esa misma persona se volvió hacia sus otros compañeros y conversó con ellos y les explicó que parecía que algo había fallado, porque: "Miren el tiempo que llevamos aquí y parece que los guardias se acercan más y nosotros no nos podemos comunicar con el mando", eso les dijo a los otros. Hubo un receso, una calma, pero en la parte anterior del

hospital se seguía combatiendo, sentíamos los tiros. Después pasaron unos minutos y ese mismo joven dijo: "Aquí nos van a coger presos" y luego dijo: "Nos van a coger presos y dar patadas", y es en ese momento que el grupo decide cambiarse de ropa; ya apenas se sentían tiros, cada vez eran menos.

Por esa zona del hospital, por donde estaban ellos, que era el área de mantenimiento, depósitos y otras cosas, había ropas de pintores, albañiles y carpinteros del hospital, y el que siempre hablaba conmigo me preguntó si los viejos que estaban por allí, los que dormían en el mismo cuarto que yo, podían cambiar sus zapatos por los de ellos, pues se notaban mucho en contraste con las ropas sucias y raídas. Se lo dije a los viejos y ellos estuvieron de acuerdo en hacer el cambio.

Después que se cambiaron de ropa me preguntó el que parecía el responsable de ese grupo, que era el que hablaba más conmigo: **"¿Tú tienes algo en qué escribir?"**; yo tenía una pluma y tomé un pedazo de papel de la matriz de los vales que estaba en la basura y se lo ofrecí; allí él escribió unas cuantas líneas, yo no las leí pero él me entregó ese papelito y me dijo la dirección donde debía enviarlo por correo, y me dio el dinero de los sellos; igual hizo otro de los compañeros que estaba con él, este otro expresaba que tenía unas niñas o dos niños, de 3 y 4 años, que le habían regalado la sortija que él tenía puesta en el dedo meñique. Pues me entregaron esos papeles y me eché cada uno en un bolsillo para que no se confundieran.

Marta: ¿Ese combatiente habló algo más con usted?, ¿recuerda alguna otra frase?, ¿le pidió ayuda de algún tipo?

Bienvenido: Me dijo: Nosotros nos vamos a esconder debajo de los escombros que están en el garaje; el garaje estaba al lado de la puerta de entrada de vehículos, en un lugar donde antiguamente había una carbonera. Me llamó a un lado y me dijo que desconfiaba del viejo que estaba allí parado, uno de los que dormían en mi cuarto, que tratara de llevármelo para que no viera dónde ellos iban a esconderse. Llamé al señor y me lo llevé, dimos una vuelta, pero esa área era tan reducida que forzosamente él tenía que darse cuenta de la operación. Se metieron allí y me alejé para no llamar la atención porque ya estábamos convencidos de que los guardias entraban o estaban entrando al hospital.

Se me olvidaba algo, lo que más presente tenía: antes de entrar en el garaje él me regaló su reloj y una cartera, una billetera de piel negra, esta que usted ve aquí (Bienvenido nos muestra la cartera ajada por el tiempo y el uso); me dijo: "Usalos"; también me entregó una pistola y me dijo: "Guárdala"; no la guardé en el escaparate porque pensé que en el primer registro la ocuparían y la coloqué debajo del colchón, pero los guardias la hallaron. Fui a mi sala y desde la ventana observé los movimientos. Me extrañó que el viejo aquel caminara hacia la parte de la entrada del hospital y luego regresara por el pasillo hasta pararse frente a la entrada del garaje; cuando regresaba lo seguía un policía; al poco tiempo transcurrido unos segundos, los guardias y el policía dijeron: "Salgan de ahí", como si estuvieran convencidos de que se habían escondido en el garaje, y los sacaron; en la misma puerta comenzaron a darles culatazos. Ese viejo murió al año siguiente, no me cabe duda de que su actuación delató a los combatientes; si él no se para allí, frente a la entrada, los policías no pueden encontrarlos, porque estaban bien tapados. Cuando Raúl me entregó el reloj y la cartera me dijo: "Nosotros vamos a caer presos y nos van a quitar todo lo que traemos arriba". El reloj no lo conservo, lo usé un tiempo, se rompió y no tuve la precaución de guardarlo bien.

Marta: Después de ese hecho, del momento en que hacen prisionero a Raúl, ¿qué usted hace?

Bienvenido: Me dirigí a la sala de urología, allí me encontré a un policía interrogando a un joven que estaba vestido de enfermo; en la sala estaba la alumna, el policía le preguntó si el joven era enfermo y ella contestó afirmativamente, pero él fue a buscar la cuadrícula en los pies de la cama y se dio cuenta que no coincidían los nombres; ellos se acaloraron y empezaron a darle golpes al muchacho, le dieron un culatazo en la frente. Cuando me ven a mí, como yo no tenía uniforme del hospital porque no me alcanzaba el dinero para comprarlo, me miran fijamente y me echan para el lado donde estaba el detenido, iban a llevarme también, pero en eso entró un oficial, el capitán Izquierdo, que era el jefe de la policía, y pidió ecuanimidad a los guardias, dijo que no maltrataran a los detenidos, pero los guardias no le hacían caso; ese oficial me conocía a mí desde que yo era niño y al verme me tomó por el cuello y me sacó de allí, por eso no me llevaron.

Yo quería destacar que el policía que estaba interrogando allí en esa sala era el que se encontraba de posta en la sala de penados. El policía manifestaba después que no lo habían visto antes porque cuando entraron los revolucionarios él se metió en la sala de infecciosos; esa sala tenía las puertas y ventanas forradas de tela metálica y se podía ver perfectamente de dentro para fuera pero no a la inversa.

El vio al grupo que pasó al fondo, así como todas las operaciones dentro del hospital.

Marta: Bienvenido, hace un momento usted mencionó el nombre de Raúl, ¿es que alguno de los combatientes que le entregaron mensajes escritos se identificó?

Bienvenido: En los momentos en que el primero me da la nota, el que había hablado conmigo anteriormente oigo que otro de sus compañeros se dirige a él y le dice Raúl; el nombre de Raúl se me quedó grabado, y su gesto, fue una persona que habló con uno y a mí me penetró su carácter, era una persona atractiva, sencilla y con cultura, se expresaba bien, en su forma de hablar era correcto. Eché al correo los papeles como él me había indicado que lo hiciera, pero no supe los apellidos de él hasta que leo por primera vez la relación de los nombres de las personas que habían atacado el Moncada y que el ejército decía que habían muerto en combate; claro, nosotros sabíamos que eso era incierto, aunque podían haber muerto algunos, pero no todos, y yo estaba seguro que Raúl no había muerto en el combate, hice conjeturas y saqué su apellido. Luego pude leer parte de su biografía.

En una oportunidad —después del triunfo de la Revolución— apareció retratado el sobre que yo le envié a su familia y así vi la dirección porque yo la había olvidado; me dirigí a esa dirección y conocí a la madre de Raúl Gómez García, ella se emocionó mucho y yo también, le entregué la cartera, pero dijo que él me la había regalado y que me quedara con ella, sacó de su interior unos papeles, unos pensamientos de Martí, y me la devolvió; ahora yo la quiero donar al Museo de la Revolución. Mi amistad siguió estrechándose con la madre de él, ella me ha escrito y yo le he contestado, es una señora admirable, con sus años, ¡admirable!

Después que leí la biografía de Gómez García y vi cómo se comportó allí, sereno, firme, vi que era sin dudas un revolucionario muy valioso y su nombre se me ha hecho familiar.

Marta: ¿En aquellos días de julio supo algo en relación con los prisioneros?, ¿cómo se enteró que los habían asesinado en el Moncada?

Bienvenido: Nosotros les preguntábamos a los soldados que iban a hacer la posta de la sala de penados, qué había pasado, y ellos nos contaban; tratábamos de sacarles las cosas con mucha cautela pero siempre nos decían algo; fueron ellos los que nos revelaron que a todos los prisioneros los habían fusilado en el cuartel y que los torturaban antes de asesinarlos.

Marta: Usted habló del policía de la sala de penados, ¿en qué lugar hacía su posta ese policía?

Bienvenido: La sala de penados estaba a la derecha, casi al final del pasillo, pero antes de llegar a esa sala se encontraba la de infecciosos, aunque en el medio de ambas estaba ubicada la sala de "Martínez Cañas" que en realidad era un "depósito" de personas enfermas. Allí los pacientes pasaban mucho trabajo, las condiciones de la sala eran pésimas, había muy pocas camas, se alojaba allí a muchas personas que esperaban para ser atendidas en las especialidades; por esa razón, por el gran número de enfermos que había allí y la falta de higiene, no se podía resistir el mal olor en la puerta de esa sala y el policía de posta optaba por correr su silla hacia la puerta de la sala de infecciosos, desde donde podía dominar la entrada de penados y estaba resguardado del mal olor de aquel "depósito".

Marta: ¿Qué número de enfermos tenía el hospital por aquella fecha?

Bienvenido: En aquel entonces el presupuesto que tenía el hospital "Saturnino Lora", que era un hospital provincial y tenía que recibir enfermos de toda la provincia de Oriente, era para 33 enfermos, sin embargo, el hospital tenía 670 y pico de camas y a veces había que colocar a los pacientes de dos en dos en las camas. Por ejemplo, se veía incluso en la sala de Cardiología, que era una de las más organizadas; y en la sala "Martínez Cañas" no era extraño ver a los enfermos en el suelo. Si había 670 y pico de camas y el presupuesto era para la mitad, pues todo andaba muy mal.

Marta: ¿Y cuántos empleados había?

Bienvenido. En esa época había 62 empleados, entre ellos 18 médicos en nómina, aunque generalmente los médicos que se graduaban iban allí a realizar prácticas, hacían trabajo honorario, pero en nómina sólo había 18 médicos; había 4 enfermeros graduados únicamente, el resto era personal empírico y alumnas de enfermería de los distintos años, pero siempre pequeños grupos, por supuesto.

(Estos testimonios, que son parte muy importante de la historia, es bueno contrastarlos con la realidad actual, después del triunfo de la Revolución. La situación de 1967 en cuanto a hospitales y personal en la provincia de Oriente, ofrece a grandes rasgos este impresionante cambio:

Ahora en 1967 hay en Oriente dos hospitales con carácter provincial, el de Santiago de Cuba, y el "Lenin" de Holguín. En el de Santiago de Cuba que sustituyó al "Saturnino Lora", existen 49 plazas de

médicos, presupuestadas, aunque laboran en él mayor número de médicos, ya que muchos tienen su plaza básica en otros centros, pero dedican la mitad de su tiempo al hospital; las plazas de enfermeras, presupuestadas (enfermeras graduadas), son 88 y las de auxiliares 82 (las auxiliares de enfermeras son un producto de la Revolución), antes lo que existía eran los empleados empíricos a los que se refiere Bienvenido en su testimonio.

(En cuanto a los empleados, de 62 que había en 1953, su número asciende hoy a 893. Ni allí ni en ningún hospital de Cuba existen salas ni departamentos de ningún tipo subvencionados por un patronato de caridad pública como los había en el "Saturnino Lora", por ejemplo la sala de la Liga contra el Cáncer donde hasta los empleados eran pagados por la institución; la sala octava (oftalmología) que tenía la atención del "Club de Leones", y la sala de Cardiología, apadrinada por un grupo de damas, entre otros. El presupuesto actual de este hospital es de $2'472,935.00.

(El hospital "Lenin", también con características de hospital provincial, cuenta con 900 camas presupuestadas; 1.196 empleados, 54 plazas médicas para personal cubano y 27 plazas cubiertas por médicos soviéticos; 83 plazas de enfermeras y 234 de auxiliares de enfermería.

(A estos cambios fabulosos hay que añadir que ambos hospitales son docentes; el de Santiago es de docencia a todos los niveles, desde estudiantes de medicina hasta la docencia superior, tanto entre médicos como entre enfermeras.

(El panorama de 1967 en materia de enfermeras arroja este balance: dos grandes escuelas de enfermeras en la provincia de Oriente, una en Santiago y otra en Holguín. Un alumnado total de 393 estudiantes de las que se preparan 291 como enfermeras generales; 75 como enfermeras obstetras y 27 como enfermeras pediátricas; más un número de 493 estudiantes para auxiliares de enfermería general y 102 pediátricas. Estas auxiliares de enfermeras pueden continuar sus estudios en un plan especial dentro de la propia escuela y hospital y alcanzar el grado superior de enfermeras.

(Sólo la escuela de enfermeras de Santiago "María Luisa Aguirre" que sustituyó la del hospital Saturnino Lora, cuenta con un alumnado de 316 estudiantes de enfermería general, contra 22 que componían la "masa" de alumnas en 1953 y esas eran para toda la provincia, contando con que muchas por mejoras económicas venían a trabajar a La Habana.

(Obviamente se circunscriben estos datos a la provincia de Oriente. Debe señalarse que las escuelas de auxiliares no sólo existen en Santiago y Holguín, sino en Guantánamo, Palma Soriano, Manzanillo, Bayamo, Victoria de las Tunas, Mayarí y Banes.

(En 1967, Oriente sur cuenta con 6,128 camas asistenciales y Oriente norte con 9,088, contando los hospitales provinciales y otros centros regionales.)

Marta: Bienvenido, actualmente ¿qué función usted realiza en el hospital?

Bienvenido: Mire, en 1954 me puse a prueba en la sala de urología donde había que desempeñar las labores de un enfermero que faltaba, pude demostrar que sabía hacerlo y me dieron la oportunidad de seguir allí, dos años después empecé a trabajar en un laboratorio particular de anatomía patológica, sin dejar el hospital porque ganaba muy poco sueldo y tenía necesidad de mejorar mi economía, esto fue así hasta el año 1960. Ya en esa fecha se inaugura el laboratorio de anatomía patológica en el hospital nuevo, pedí una plaza allí y la obtuve.

Marta: ¿Usted está estudiando ahora en La Habana?

Bienvenido: Sí, ahora estoy en un curso que va a calificar la calidad de técnicos en esa materia, somos un grupo de compañeros. Esta rama de Anatomía Patológica es muy importante para las investigaciones de la medicina; a través de estos cursos la Revolución está formando técnicos capaces de resolver problemas científicos que se presentan en nuestra patria donde se desarrolla la anatomía patológica como otras tantas ramas de la ciencia y la técnica.

Marta: Alguien nos dijo a nosotros, creo que una de las alumnas, que usted fue elegido obrero ejemplar, ¿es así?

Bienvenido: Sí; fui elegido obrero ejemplar en mi centro de trabajo, el hospital de Santiago de Cuba, en 1963 y luego militante del Partido, desde entonces tuve varios cargos en la dirigencia del núcleo y de la sección sindical, antes de venir a estudiar; ocupaba el cargo de secretario general del referido núcleo, primero fui organizador; me inicié allí en el hospital como militante del Partido; claro, con muy poca experiencia porque nosotros tenemos que aprender mucho para ser buenos comunistas. Hasta ahora, primero estamos tratando de desarrollarnos en nuestro trabajo y estudiando en lo político para poder enfrentar bien las cosas y darles soluciones justas, para poder jugar nuestro papel; sobre todo hoy día en que nuestra patria está solidarizada con todos los movimientos de liberación; que en eso te-

nemos que estar claros los cubanos, y eso lo hemos aprendido de nuestro guía Fidel.

No hay momento en que Fidel hable, que su principio revolucionario no sea el de la solidaridad, así que luchamos para que haya muchos pueblos libres y esa es nuestra primera batalla; vencer al imperialismo que tanto daño y tantos crímenes está cometiendo.

COLOFON:

Del hospital ha dicho Haydée...

Del hospital ha dicho Haydée: "Fue un combate chiquito, pero muy grande. Fue un combate en el que se planteó, al ver que no había salida, morir sin una bala en el rifle. Cuando se vio que ya no había forma de salir de allí y que el combate había terminado —eso se oía y se notaba por los tiros— nos dimos cuenta de que de allí no se podía salir, entonces Abel, que es quien dirigía aquello, planteó que había que luchar hasta que no tuviéramos una bala más. Yo misma le pregunté qué razón había para seguir luchando y peleando si ya había terminado el combate. Entonces me dijo: "porque mientras más tiempo estemos combatiendo aquí podremos salvar a más y porque siempre un combatiente tiene que morir sin una bala en el rifle, si una bala no lo ha tumbado antes".

Eso recuerdo que me impresionó de una manera tremenda en el hospital, pues no había esa conciencia de hoy, no había las escuelas ni las universidades de hoy. Y oir aquello allí era tremendo. Hoy lo dice cualquier maestro, hoy lo dice cualquier niño. Pero en aquel tiempo no.

"Me impresionó porque aquellas enfermeras sin saber quiénes éramos —porque no se lo dijimos— nos

ayudaron, porque distinguieron que éramos buenos y no malos, porque a pesar de ir vestidos con el mismo uniforme que usaba el ejército profesional de la tiranía sabían que no éramos soldados de la tiranía".

"En un momento me acerqué a una de ellas y le dije: "¿y por qué nos ayudas?" Dijo: "porque son buenos". "¿Y por qué tú sabes que somos buenos?" Dijo: "porque no son de Batista". "¿Y por qué tú sabes que no somos de Batista?" "Porque son buenos". "¿y por qué tú sabes que somos buenos?" "Porque no son de Batista". Y no la pude sacar de ahí".

Y aquello fue algo que me impresionó de manera tremenda; que me dije, me plantée que merecía la pena todo tipo de sacrificio. Porque ¿cómo una persona, una mujer que era alumna enfermera sabía distinguir allí lo bueno y lo malo sin que nadie se lo hubiera dicho? Y también me sentí orgullosa porque pensé: "no nos han confundido con los malos aunque venimos disfrazados de malos".

INDICE:

CAPITULOS:

1 Los testigos del hospital..... 7

2 Golpearon a los heridos ante sus ojos 15

3 "Esos heridos traían dos ropas" 29

4 "¡Ah, si!, Conque ¿usted es el doctor Muñoz? venga 41

5 La ruta de los detenidos 51

6 Fue Abel el que me dijo: "Esto es la Revolución" 65

7 Los testimonios de un enfermo, una acompañante y dos empleados 79

8 Trataron de "orientarla" sobre lo que tenía que declarar 89

"La puerta que no pudimos abrir" ... 95

9 Trasladó a los heridos del Hospital Militar 101

"Es verdad, me iban a llevar" 107

CAPITULOS:

Estaba hablando con el portero cuando entraron los jóvenes 111

10 Los llevaban con las manos detrás del cuelo 115

A las doce del día en el hospital nació un niño 123

11 Los guardias andaban por la escuela "como Pedro por su casa" 131

"Me preguntaron si sabía manejar armas" 135

"Entré donde estaba Fidel" 139

"Me preocupaba por las muchachitas 143

"Yo estaba en el baño cuando ellos empujaron la puerta" 147

"Después Porro me pidió diez cédulas" 151

12 "Caí preso. Tu hijo" decía el mensaje que portó Bienvenido: era la prueba del crimen 155

Colofón: Del hospital ha dicho Haydée 167

Este libro se terminó de imprimir en Julio de 1967 Año del Viet Nam Heroico en la imprenta Abel Santamaría de Ediciones GRANMA La Habana, Cuba.

La edición consta de 3,000 ejemplares

para reconstruir la posición en el combate y nombres de los revolucionarios parapetados en el vestíbulo del Saturnino Lora.

Por último es el tema escogido, su originalidad y fuerza histórica el factor decisivo para determinar la importancia de esta obra que marca un hito en el periodismo revolucionario ya que termina de imprimirse a las pocas horas de aparecer publicada en el periódico GRANMA la última de las entrevistas de esta serie. Ello es posible por el esfuerzo realizado por los obreros de la imprenta del periódico y los talleres "Abel Santamaría" de la editorial "Granma".

Son palabras de Fidel tomadas de la Historia me Absolverá, las que fundamentan la Introducción de Testigos del Hospital y como colofón este libro recoge palabras de Haydée Santamaría, sobre el combate del Saturnino Lora, pronunciadas recientemente en un conversatorio en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad de La Habana.

Las páginas de este libro se mantienen abiertas para incluir otros testimonios en ediciones posteriores.